FOMENTO ALUMNI MONTEALTO

CURSO DE RETIRO ANTIGUAS ALUMNAS

ENERO 2020

#¿Y SI EMPEZAMOS CON BUEN PIE?

50 preguntas sobre Jesucristo y la Iglesia

50 preguntas frecuentes sobre Jesucristo y la Iglesia, respondidas por un equipo de profesores de Historia y Teología de la Universidad de Navarra.

El equipo que ha realizado este trabajo está compuesto por los profesores Francisco Varo (director), Juan Chapa, Vicente Balaguer, Gonzalo Aranda, Santiago Ausín y Juan Luis Caballero.

1. ¿Qué sabemos realmente de Jesús? (En PDF)

2. ¿Qué fue la estrella de Oriente? (En PDF)

3. ¿Por qué se celebra el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre? (En PDF)

4. ¿Qué significa la virginidad de María? (En PDF)

5. ¿Estuvo casado San José por segunda vez? (En PDF)

6. ¿Qué fue la matanza de los inocentes?, ¿es histórica? (En PDF)

7. ¿Jesús nació en Belén o en Nazaret? (En PDF)

8. ¿Dónde y cómo nació Jesús? (En PDF)

9. ¿Estaba Jesús soltero, casado o viudo? (En PDF)

10. ¿Quiénes fueron los doce Apóstoles? (En PDF)

11. Situación actual de la investigación histórica sobre Jesús (En PDF)

12. ¿Qué actitud mostró Jesús ante las prácticas penitenciales? (En PDF)

13. ¿Quiénes fueron los evangelistas? (En PDF)

14. ¿Cómo se escribieron los evangelios? (En PDF)

15. ¿Cómo se transmitieron los evangelios? (En PDF)

16. ¿En qué idioma habló Jesús? (En PDF)

17. ¿Qué relaciones tuvo Jesús con el imperio romano? (En PDF)

18. ¿Se puede negar la existencia histórica de Jesús? (En PDF)

19. ¿Qué son los evangelios canónicos y los apócrifos? ¿Cuáles y cuántos son? (En PDF)

20. ¿Qué diferencias hay entre los evangelios canónicos y los apócrifos? (En PDF)

21. ¿Qué dicen los evangelios apócrifos? (En PDF)

22. ¿Qué son los gnósticos? (En PDF)

23. ¿Qué datos aportan sobre Jesús las fuentes romanas y judías? (En PDF)

24. Fariseos, saduceos, esenios, celotes ¿Quienes eran? (En PDF)

25. ¿Qué aportan los manuscritos de Qumrán? (En PDF)

26. ¿Qué es la biblioteca de Nag Hammadi? (En PDF)

27. ¿Jesús tuvo hermanos? (En PDF)

28. ¿Quién fue María Magdalena? (En PDF)

29. ¿Qué relación tuvo Jesús con María Magdalena? (En PDF)

30. ¿Qué dice el “Evangelio de María [Magdalena]”? (En PDF)

31. ¿Era normal que tantas mujeres rodearan a Jesús? (En PDF)

32. ¿Qué influencia tuvo San Juan Bautista en Jesús? (En PDF)

33. ¿Jesús era discípulo de San Juan Bautista? (En PDF)

34. ¿Qué relaciones tuvieron Pedro y María Magdalena? (En PDF)

35. ¿Qué pasó en la Última Cena? (En PDF)

36. ¿Por qué condenaron a muerte a Jesús? (En PDF)

37. ¿Quién fue Caifás? (En PDF)

38. ¿Qué era el Sanedrín? (En PDF)

39. ¿Cómo fue la muerte de Jesús? (En PDF)
40. ¿Cómo se explica la resurrección de Jesús? (En PDF)

41. ¿Pudieron haber robado el cuerpo de Jesús? (En PDF)

42. ¿Quién fue José de Arimatea? (En PDF)

43. ¿En qué consiste sustancialmente el mensaje cristiano? (En PDF)

44. ¿Quién fue San Pablo? ¿Cómo trasmitió las enseñanzas de Jesús? (En PDF)

45. ¿Qué dice el Evangelio de Felipe? (En PDF)

46. ¿Cómo se explican los milagros de Jesús? (En PDF)

47. ¿Jesús quiso realmente fundar una Iglesia? (En PDF)

48. ¿Qué es el Santo Grial? ¿Qué relaciones tiene con el Santo Cáliz? (En PDF)

49. ¿Quién fue Poncio Pilato? (En PDF)

50. ¿Qué afinidades políticas tenía Jesús? (En PDF)

51. ¿Quién fue Constantino? (En PDF)

52. ¿Qué fue el Edicto de Milán? (En PDF)

53. ¿Qué sucedió en el Concilio de Nicea? (En PDF)

54. ¿Qué dice el Evangelio de Judas? (En PDF)

INDICE:

1- Portada
2- 50 Preguntas sobre Jesucristo y la Iglesia
3- Hacia la Santidad – Homilia San José María Escrivá de Balaguer
4- 15 Minutos con Jesus Sacramentado 1
5- Textos para adorar 1
6- 15 Minutos con Jesus Sacramentado 1
7- Textos para adorar 1
8- Textos para adorar 2
9- Examen de Conciencia
10- Hacer hogar: una tarea común que da sentido al trabajo
11- Un susurro en el alma, el silencio de Dios
12- Amoris Laetitia: Sobre el amor en familia: Exhortación apostólica del Papa Francisco
13- Gaudete et exultate: Sobre la Santidad en el mundo actual- Papa Francisco
14- Crecer en Familia
15- Carta del Prelado del Opus Dei sobre la amistad
16- Elogio a la caridad
17- Libro: Para mi vivir es Cristo
18- La fe de Dios Personal
19- Dale gracias por todo lo bueno
20- Artículo Munilla: Dios existe y no eres tú ¡Relájate!
21- Artículo Munilla: Qué planes tienes para después de tu muerte
22- Videos que te pueden interesar
23- Mensaje Cuaresma Papa 2019
24- Notas
25- Letras Hakuna Vela

1- portada 2020.pdf
2- 50 preguntas sobre Jesuscristo y la Iglesia.pdf
3- Hacia la santidad - Homilia de San Jose María .pdf
4- 15 min Jesús Sacramentado (2).pdf
4- 15 min Jesús Sacramentado.pdf
5- Textos para adorar 1.pdf
5- Textos para adorar 2.pdf
6- Examen de conciencia.pdf
7- Hacer hogar, una tarea común que da sentido al trabajo.pdf
7- Un susurro en el alma, el silencio de Dios.pdf
8- Amoris Laetitia.pdf
8- Gaudete et exultate.pdf
9- Crecer en Familia.pdf
10- Carta del Prelado sobre la Amistad.pdf
11- Elogio de la caridad.pdf
12- LIBRO Para-mi-vivir-es-cristo.pdf
13- Tu rostro, Señor, buscaré, la fe en el Dios personal.pdf
14- Dale gracias por todo lo bueno.pdf
15- Dios-existe-y-no-eres-tú-¡relájate_munilla.pdf
16- Qué-planes-tienes-para-después-de-tu-muerte_munilla.pdf
17- VIDEOS QUE TE PUEDAN INTERESAR PARA REZAR (sobre el matrimonio).pdf
18- Mensaje Cuaresma papa 2019.pdf
19- Notas.pdf
Letras Hakuna Vela.pdf
Letras Hakuna.pdf

Hacia la santidad

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal. En mis charlas con gentes de tantos países y de los ambientes sociales más diversos, con frecuencia me preguntan: ¿Y qué nos dice a los casados? ¿Qué, a los que trabajamos en el campo? ¿Qué, a la viudas? ¿Qué, a los jóvenes?

Respondo sistemáticamente que tengo un solo puchero. Y suelo puntualizar que Jesucristo Señor Nuestro predicó la buena nueva para todos, sin distinción alguna. Un solo puchero y un solo alimento: mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra. A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén. Hay un solo modo de crecer en la familiaridad y en la confianza con Dios: tratarle en la oración, hablar con El, manifestarle —de corazón a corazón— nuestro afecto.

Hablar con Dios

Me invocaréis y Yo os atenderé. Y le invocamos conversando, dirigiéndonos a El. Por eso, hemos de poner en práctica la exhortación del Apóstol: sine intermissione orate; rezad siempre, pase lo que pase. No sólo de corazón, sino con todo el corazón.

Pensaréis que la vida no es siempre llevadera, que no faltan sinsabores y penas y tristezas. Os contestaré, también con San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes; ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor. Nada nos puede alejar de la caridad de Dios, del Amor, de la relación constante con nuestro Padre.

Recomendar esa unión continua con Dios, ¿no es presentar un ideal, tan sublime, que se revela inasequible para la mayoría de los cristianos? Verdaderamente es alta la meta, pero no inasequible. El sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso.

Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido de niños: son frases ardientes y sencillas, enderezadas a Dios y a su Madre, que es Madre nuestra. Todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: ¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón... ¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación,

demostración evidente de confiado abandono? ¿Qué se cuentan los que se quieren, cuando se encuentran? ¿Cómo se comportan? Sacrifican cuanto son y cuanto poseen por la persona que aman.

Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto.

Os libraré de la cautividad, estéis donde estéis. Nos libramos de la esclavitud, con la oración: nos sabemos libres, volando en un epitalamio de alma encariñada, en un cántico de amor, que empuja a desear no apartarse de Dios. Un nuevo modo de pisar en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso. Recordando a tantos escritores castellanos del quinientos, quizá nos gustará paladear por nuestra cuenta: ¡que vivo porque no vivo: que es Cristo quien vive en mí!.

Se acepta gustosamente la necesidad de trabajar en este mundo, durante muchos años, porque Jesús tiene pocos amigos aquí abajo. No rehusemos la obligación de vivir, de gastarnos —bien exprimidos— al servicio de Dios y de la Iglesia. De esta manera, en libertad: in libertatem gloriæ filiorum Dei, qua libertate Christus nos liberavit; con la libertad de los hijos de Dios, que Jesucristo nos ha ganado muriendo sobre el madero de la Cruz.

Es posible que, ya desde el principio, se levanten nubarrones de polvo y que, a la vez, empleen los enemigos de nuestra santificación una tan vehemente y bien orquestada técnica de terrorismo psicológico —de abuso de poder—, que arrastren en su absurda dirección incluso a quienes, durante mucho tiempo, mantenían otra conducta más lógica y recta. Y aunque su voz suene a campana rota, que no está fundida con buen metal y es bien diferente del silbido del pastor, rebajan la palabra, que es uno de los dones más preciosos que el hombre ha recibido de Dios, regalo bellísimo para manifestar altos pensamientos de amor y de amistad con el Señor y con sus criaturas, hasta hacer que se entienda por qué Santiago dice de la lengua que es un mundo entero de malicia. Tantos daños puede producir: mentiras, denigraciones, deshonras, supercherías, insultos, susurraciones tortuosas.

La Humanidad Santísima de Cristo

¿Cómo podremos superar esos inconvenientes? ¿Cómo lograremos fortalecernos en aquella decisión, que comienza a parecernos muy pesada? Inspirándonos en el modelo que nos muestra la Virgen Santísima, nuestra Madre: una ruta muy amplia, que necesariamente pasa a través de Jesús.

Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo. Por eso, aconsejo siempre la lectura de libros que narran la Pasión del Señor. Esos escritos, llenos de sincera piedad, nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero, que ama y que sufre en su carne por la Redención del mundo.

Fijaos en una de las devociones más arraigadas entre los cristianos, en el rezo del Santo Rosario. La Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios: para que se grabe en

nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, el ejemplo pasmoso del Señor, en sus treinta años de oscuridad, en sus tres años de predicación, en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección.

Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con El nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo.

En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos.

Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que El nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos.

Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios.

Es la hora de amar la mortificación pasiva, que viene —oculta o descarada e insolente— cuando no la esperamos. Llegan a herir a las ovejas, con las piedras que debieran tirarse contra los lobos: el seguidor de Cristo experimenta en su carne que, quienes habrían de amarle, se comportan con él de una manera que va de la desconfianza a la hostilidad, de la sospecha al odio. Le miran con recelo, como a mentiroso, porque no creen que pueda haber relación personal con Dios, vida interior; en cambio, con el ateo y con el indiferente, díscolos y desvergonzados de ordinario, se llenan de amabilidad y de comprensión.

Y quizá el Señor permite que su discípulo se vea atacado con el arma, que nunca es honrosa para el que la empuña, de las injurias personales; con el uso de lugares comunes, fruto tendencioso y delictuoso de una propaganda masiva y mentirosa: porque, estar dotados de buen gusto y de mesura, no es cosa de todos.

Quienes sostienen una teología incierta y una moral relajada, sin frenos; quienes practican según su capricho personal una liturgia dudosa, con una disciplina de hippies y un gobierno irresponsable, no es extraño que propaguen contra los que sólo hablan de Jesucristo, celotipias, sospechas, falsas denuncias, ofensas, maltratamientos, humillaciones, dicerías y vejaciones de todo género.

Así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo, porque entienden muy bien que —con cien mentiras juntas— los demonios no son capaces de hacer una verdad: y graba en sus vidas el convencimiento de que sólo se encontrarán cómodos, cuando se decidan a no serlo.

Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura, se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo: y veremos que su modo de conversar es apacible y su rostro hermoso, porque los que conocen que su voz es suave y grata, son los que recibieron la gracia del Evangelio, que les hace decir: Tú tienes palabras de vida eterna.

No pensemos que, en esta senda de la contemplación, las pasiones se habrán acallado definitivamente. Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables. Aunque no os falte experiencia, dejadme, sin embargo, que os lo recuerde. El enemigo de Dios y del hombre, Satanás, no se da por vencido, no descansa. Y nos asedia, incluso cuando el alma arde encendida en el amor a Dios. Sabe que entonces la caída es más difícil, pero que —si consigue que la criatura ofenda a su Señor, aunque sea en poco— podrá lanzar sobre aquella conciencia la grave tentación de la desesperanza.

Si queréis aprender de la experiencia de un pobre sacerdote que no pretende hablar más que de Dios, os aconsejaré que cuando la carne intente recobrar sus fueros perdidos o la soberbia —que es peor— se rebele y se encabrite, os precipitéis a cobijaros en esas divinas hendiduras que, en el Cuerpo de Cristo, abrieron los clavos que le sujetaron a la Cruz, y la lanza que atravesó su pecho. Id como más os conmueva: descargad en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es apetecer la unión, sentirse hermano de Cristo, consanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús.

La Santa Cruz

Afán de adoración, ansias de desagravio con sosegada suavidad y con sufrimiento. Se hará vida en vuestra vida la afirmación de Jesús: el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno de mí. Y el Señor se nos manifiesta cada vez más exigente, nos pide reparación y penitencia, hasta empujarnos a experimentar el ferviente anhelo de querer vivir para Dios, clavado en la cruz juntamente con Cristo. Pero este tesoro lo guardamos en vasos de barro frágil y quebradizo, para que se reconozca que la grandeza del poder que se advierte en nosotros es de Dios y no nuestra.

Nos descubrimos acosados de toda suerte de tribulaciones, y no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, no desesperados o sin recursos; somos perseguidos, no desamparados; abatidos, pero no enteramente perdidos: traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús.

Imaginamos que el Señor, además, no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz. Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del cielo, nos encontramos. Sin embargo, es verdadero y práctico nuestro horror al pecado, aunque sea venial. Con la tozudez de la Cananea, nos postramos rendidamente como ella, que le adoró, implorando: Señor, socórreme. Desaparecerá la oscuridad, superada por la luz del Amor.

Es la hora de clamar: acuérdate de las promesas que me has hecho, para llenarme de esperanza; esto me consuela en mi nada, y llena mi vivir de fortaleza. Nuestro Señor quiere que contemos con El, para todo: vemos con evidencia que sin El nada podemos, y

que con El podemos todas las cosas. Se confirma nuestra decisión de andar siempre en su presencia.

Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos —incluso de sus enemigos—, ¡cuánto más cuidará de sus amigos! Nos convencemos de que no hay mal, ni contradicción, que no vengan para bien: así se asientan con más firmeza, en nuestro espíritu, la alegría y la paz, que ningún motivo humano podrá arrancarnos, porque estas visitaciones siempre nos dejan algo suyo, algo divino. Alabaremos al Señor Dios Nuestro, que ha efectuado en nosotros obras admirables, y comprenderemos que hemos sido creados con capacidad para poseer un infinito tesoro.

Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: Yo soy el camino. Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su Costado, se cumplirá la promesa del Maestro: cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.

El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criaturica que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!

Hemos corrido como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas; con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas.

No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en la senda estrecha que conduce a la vida!.

¿Ascética? ¿Mística? no me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia. Fe y hechos de fe: hechos, porque el Señor —lo has comprobado desde el principio, y te lo subrayé a su tiempo— es cada día más exigente. Eso es ya contemplación y es unión; ésta ha de ser la vida de muchos cristianos, cada uno yendo adelante por su propia vía espiritual —son infinitas—, en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera hayan caído en la cuenta.

Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores.

Así actúa Nuestro Dios. Cuando aquel hijo regresa, después de haber gastado su dinero viviendo mal, después —sobre todo— de haberse olvidado de su padre, el padre dice: presto, traed aquí el vestido más precioso, y ponédselo, colocadle un anillo en el dedo; calzadle las sandalias y tomad un ternero cebado, matadlo y comamos y celebremos un banquete. Nuestro Padre Dios, cuando acudimos a El con arrepentimiento, saca, de nuestra miseria, riqueza; de nuestra debilidad, fortaleza. ¿Qué nos preparará, si no lo abandonamos, si lo frecuentamos cada día, si le dirigimos palabras de cariño confirmado con nuestras acciones, si le pedimos todo, confiados en su omnipotencia y en su misericordia? Sólo por volver a El su hijo, después de traicionarle, prepara una fiesta: ¿qué nos otorgará, si siempre hemos procurado quedarnos a su lado?

Lejos de nuestra conducta, por tanto, el recuerdo de las ofensas que nos hayan hecho, de las humillaciones que hayamos padecido —por injustas, inciviles y toscas que hayan sido—, porque es impropio de un hijo de Dios tener preparado un registro, para presentar una lista de agravios. No podemos olvidar el ejemplo de Cristo, y nuestra fe cristiana no se cambia como un vestido: puede debilitarse o robustecerse o perderse. Con esta vida sobrenatural, la fe se vigoriza, y el alma se aterra al considerar la miserable desnudez humana, sin lo divino. Y perdona, y agradece: Dios mío, si contemplo mi pobre vida, no encuentro ningún motivo de vanidad y, menos, de soberbia: sólo encuentro abundantes razones para vivir siempre humilde y compungido. Sé bien que el mejor señorío es servir.

Oración viva

Me alzaré y rodearé la ciudad: por las calles y las plazas buscaré al que amo... Y no sólo la ciudad: correré de una parte a otra del mundo —por todas las naciones, por todos los pueblos, por senderos y trochas— para alcanzar la paz de mi alma. Y la descubro en las ocupaciones diarias, que no me son estorbo; que son —al contrario— vereda y motivo para amar más y más, y más y más unirme a Dios.

Y cuando nos acecha —violenta— la tentación del desánimo, de los contrastes, de la lucha, de la tribulación, de una nueva noche en el alma, nos pone el salmista en los labios y en la inteligencia aquellas palabras: con El estoy en el tiempo de la adversidad. ¿Qué vale, Jesús, ante tu Cruz, la mía; ante tus heridas mis rasguños? ¿Qué vale, ante tu Amor inmenso, puro e infinito, esta pobrecita pesadumbre que has cargado Tú sobre mis espaldas? Y los corazones vuestros, y el mío, se llenan de una santa avidez, confesándole —con obras— que morimos de Amor.

Nace una sed de Dios, una ansia de comprender sus lágrimas; de ver su sonrisa, su rostro... Considero que el mejor modo de expresarlo es volver a repetir, con la Escritura: como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío!. Y el alma avanza metida en Dios, endiosada: se ha hecho el cristiano viajero sediento, que abre su boca a las aguas de la fuente.

Con esta entrega, el celo apostólico se enciende, aumenta cada día —pegando esta ansia a los otros—, porque el bien es difusivo. No es posible que nuestra pobre naturaleza, tan cerca de Dios, no arda en hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz, de regar todo con las aguas redentoras que brotan del Costado abierto de Cristo, de empezar y acabar todas las tareas por Amor.

Os hablaba antes de dolores, de sufrimientos, de lágrimas. Y no me contradigo si afirmo que, para un discípulo que busque amorosamente al Maestro, es muy distinto el sabor de las tristezas, de las penas, de las aflicciones: desaparecen en cuanto se acepta de veras la

Voluntad de Dios, en cuanto se cumplen con gusto sus designios, como hijos fieles, aunque los nervios den la impresión de romperse y el suplicio parezca insoportable.

Vida corriente

Me interesa confirmar de nuevo que no me refiero a un modo extraordinario de vivir cristianamente. Que cada uno de nosotros medite en lo que Dios ha realizado por él, y en cómo ha correspondido. Si somos valientes en este examen personal, percibiremos lo que todavía nos falta. Ayer me conmovía, oyendo de un catecúmeno japonés que enseñaba el catecismo a otros, que aún no conocían a Cristo. Y me avergonzaba. Necesitamos más fe, ¡más fe!: y, con la fe, la contemplación.

Repasad con calma aquella divina advertencia, que llena el alma de inquietud y, al mismo tiempo, le trae sabores de panal y de miel: redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu; te he redimido y te he llamado por tu nombre: ¡eres mío! No robemos a Dios lo que es suyo. Un Dios que nos ha amado hasta el punto de morir por nosotros, que nos ha escogido desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, para que seamos santos en su presencia: y que continuamente nos brinda ocasiones de purificación y de entrega.

Por si aún tuviésemos alguna duda, recibimos otra prueba de sus labios: no me habéis elegido vosotros, sino que os he elegido yo, para que vayáis lejos, y deis fruto; y permanezca abundante ese fruto de vuestro trabajo de almas contemplativas.

Luego, fe, fe sobrenatural. Cuando la fe flojea, el hombre tiende a figurarse a Dios como si estuviera lejano, sin que apenas se preocupe de sus hijos. Piensa en la religión como en algo yuxtapuesto, para cuando no queda otro remedio; espera, no se explica con qué fundamento, manifestaciones aparatosas, sucesos insólitos. Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada.

Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!

Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.

Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirnos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria.

Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho Hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda con ademán de continuar adelante. No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos

entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo por fuerza y rogarle: continúa con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída, se hace de noche.

Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume. Porque entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios.

Y Jesús se queda. Se abren nuestro ojos como lo de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque El vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de El, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra.

Con los Santos Angeles

Pido al Señor que, durante nuestra permanencia en este suelo de aquí, no nos apartemos nunca del caminante divino. Para esto, aumentemos también nuestra amistad con los Santos Angeles Custodios. Todos necesitamos mucha compañía: compañía del Cielo y de la tierra. ¡Sed devotos de los Santos Angeles! Es muy humana la amistad, pero también es muy divina; como la vida nuestra, que es divina y humana. ¿Os acordáis de lo que dice el Señor?: ya no os llamo siervos, sino amigos. Nos enseña a tener confianza con los amigos de Dios, que moran ya en el Cielo, y con las criaturas que con nosotros conviven, también con las que parecen apartadas del Señor, para atraerlas al buen sendero.

Terminaré repitiendo con San Pablo a los Colosenses: no cesamos de orar por vosotros y de pedir a Dios que alcancéis pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. Sabiduría que proporciona la oración, la contemplación, la efusión del Paráclito en el alma.

A fin de que sigáis una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos de toda especie de obras buenas y adelantando en la ciencia de Dios; corroborados en toda suerte de fortaleza por el poder de su gracia, para tener siempre una perfecta paciencia y longanimidad acompañada de alegría; dando gracias a Dios Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con su luz; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado.

Que la Madre de Dios y Madre nuestra nos proteja, con el fin de que cada uno de nosotros pueda servir a la iglesia en la plenitud de la fe, con los dones del Espíritu Santo y con la vida contemplativa. Cada uno realizando los deberes personales, que le son propios; cada uno en su oficio y profesión, y en el cumplimiento de las obligaciones de su estado, honre gozosamente al Señor.

Amad a la Iglesia, servidla con la alegría consciente de quien ha sabido decidirse a ese servicio por Amor. Y si viésemos que algunos andan sin esperanza, como los dos de Emaús, acerquémonos con fe —no en nombre propio, sino en nombre de Cristo—, para asegurarles que la promesa de Jesús no puede fallar, que El vela por su Esposa siempre: que no la abandona. Que pasarán las tinieblas, porque somos hijos de la luz y estamos llamados a una vida perdurable.

Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni alarido; no habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas. Y dijo el que estaba sentado en el solio: he aquí que renuevo todo. Y me indicó: escribe, porque todas estas palabras son dignísimas de fe, y verdaderas. Y añadió: esto es un hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al sediento, le daré de beber graciosamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere poseerá todas estas cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo.

QUINCE MINUTOS EN COMPAÑÍA DE JESÚS SACRAMENTADO

(Extraído del Devocionario del P. Manuel Agudo Gimena. Editorial Galduria. Pág. 87. 1980)

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, o a tu hermano.

* **¿Necesitas hacerme en favor de alguien alguna súplica cualquiera?** Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse en cierto modo de sí propios para atender las necesidades ajenas. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quien quisieras consolar; de los enfermos a quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver al buen camino; de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

* **¿Y para ti no necesitas alguna gracia?** Hazme, si quieres, como una lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia. Dime francamente que sientes orgullo, amor a la sensualidad y al regalo, que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente..., y pídeme luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad, ... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios y estudios,... Todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

***¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto?** Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas?, ¿qué puedo hacer por tu hermano, tu hermana, por tu amigo, por tu superior?, ¿qué desearías por ellos?.

Y por mí, ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos a quienes amas tal vez mucho y que viven quizá olvidados de mí?

Dime: ¿qué cosa llama hoy particularmente tu atención? ¿qué anhelas más vivamente y con qué medios cuentas para conseguirlo? Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras pedirme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

* **¿Sientes acaso tristeza o mal humor?** Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió?, ¿quién lastimó tu amor propio?, ¿quién te ha menospreciado? Acércate a mi corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, a semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago,... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Ëchate en manos de mi providencia. Contigo estoy, aquí a tu lado me tienes; todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de tí, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré a tu lado si no han de ser obstáculo a tu santificación.

* **¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme?** ¿Por qué no me haces partícipe de ella a fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y ha hecho sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas; quizá has visto disipados negros recelos, has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, has salido de un trance apurado... Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme tu gratitud, y decirme sencillamente como un hijo a su padre: padre mío, gracias? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

***¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme?** Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón: a los hombres se engaña fácilmente; a Dios, no; háblame, pues con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquello que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien, por haberte faltado, miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío, vuelve a tus ocupaciones habituales, a tu taller, a tu familia, a tu estudio..., pero no olvides la grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima... y vuelve otra vez a mí con el corazón más amoroso todavía, más entregado a mi servicio: en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

Textos para adorar al Señor presente en la Eucaristía

Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡El!... te espera desde hace veinte siglos. (Camino 537)

Ahí lo tienes: es Rey de Reyes y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos extremos por amor a ti. (Camino 538)

¡Jesús se ha quedado en la Hostia Santa por nosotros!: para permanecer a nuestro lado, para sostenernos, para guiarnos. —Y amor únicamente con amor se paga. (Surco 686)

El más grande loco que ha habido y habrá es El. ¿Cabe mayor locura que entregarse como El se entrega, y a quienes se entrega? Porque locura hubiera sido quedarse hecho un Niño indefenso; pero, entonces, aun muchos malvados se enternecerían, sin atreverse a maltratarle. Le pareció poco: quiso anonadarse más y darse más. Y se hizo comida, se hizo Pan. —¡Divino Loco! ¿Cómo te tratan los hombres?... ¿Yo mismo? (Forja 824)

Jesús, tu locura de Amor me roba el corazón. Estás inerme y pequeño, para engrandecer a los que te comen. (825)

Me gusta llamar ¡cárcel de amor! al Sagrario. —Desde hace veinte siglos, está El ahí... ¡voluntariamente encerrado!, por mí, y por todos. (827)

Mientras asistes a la Santa Misa, piensa —¡es así!— que estás participando en un Sacrificio divino: sobre el altar, Cristo se vuelve a ofrecer por ti. (831)

Cuando le recibas, dile: Señor, espero en Ti; te adoro, te amo, auméntame la fe. Sé el apoyo de mi debilidad, Tú, que te has quedado en la Eucaristía, inerme, para remediar la flaqueza de las criaturas. (832)

Acude perseverantemente ante el Sagrario, de modo físico o con el corazón, para sentirte seguro, para sentirte sereno: pero también para sentirte amado..., ¡y para amar! (837)

Cuando contempléis la Sagrada Hostia expuesta en la custodia sobre el altar, mirad qué amor, qué ternura la de Cristo. Yo me lo explico, por el amor que os tengo; si pudiera estar lejos trabajando, y a la vez junto a cada uno de vosotros, ¡con qué gusto lo haría! Cristo, en cambio, ¡sí puede! Y El, que nos ama con un amor infinitamente superior al que puedan albergar todos los corazones de la tierra, se ha quedado para que podamos unirnos siempre a su Humanidad Santísima, y para ayudarnos, para consolarnos, para fortalecernos, para que seamos fieles . (838)

Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar

amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros. (Hom. I , 88)

Asistiendo a la Santa Misa, aprenderéis a tratar a cada una de las Personas divinas: al Padre, que engendra al Hijo; al Hijo, que es engendrado por el Padre; al Espíritu Santo que de los dos procede. Tratando a cualquiera de las tres Personas, tratamos a un solo Dios; y tratando a las tres, a la Trinidad, tratamos igualmente a un solo Dios único y verdadero. Amad la Misa, hijos míos, amad la Misa. Y comulgad con hambre, aunque estéis helados, aunque la emotividad no responda: comulgad con fe, con esperanza, con encendida caridad. (Hom. 1, 91)

No ama a Cristo quien no ama la Santa Misa, quien no se esfuerza en vivirla con serenidad y sosiego, con devoción, con cariño. El amor hace a los enamorados finos, delicados; les descubre, para que los cuiden, detalles a veces mínimos, pero que son siempre expresión de un corazón apasionado. De este modo hemos de asistir a la Santa Misa. Por eso he sospechado siempre que, los que quieren oír una Misa corta y atropellada, demuestran con esa actitud poco elegante también, que no han alcanzado a darse cuenta de lo que significa el Sacrificio del altar. (Hom. I, 92)

El amor a Cristo, que se ofrece por nosotros, nos impulsa a saber encontrar, acabada la Misa, unos minutos para una acción de gracias personal, íntima, que prolongue en el silencio del corazón esa otra acción de gracias que es la Eucaristía. el Señor es, para nosotros, Rey, Médico, Maestro, Amigo.

Es Rey y ansía reinar en nuestros corazones de hijos de Dios. Cristo no domina ni busca imponerse, porque no ha venido a ser servido sino a servir [Mt XX, 28.].Su reino es la paz, la alegría, la justicia.

Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Domine, si vis, potes me mundare [Mt. VIII, 2.], Señor, si quieres -y Tú quieres siempre-, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino.

Es Maestro de una ciencia que sólo El posee: la del amor sin límites a Dios y, a todos los hombres. En la escuela de Cristo se aprende que nuestra existencia no nos pertenece: El entregó su vida por todos los hombres y, si le seguimos, hemos de comprender que tampoco nosotros podemos apropiarnos de la nuestra de manera egoísta, sin compartir los dolores de los demás. El que tenga sed, venga a mi y beba [Ioh VII, 37.]. Y contestamos: enséñanos a olvidarnos de nosotros mismos, para pensar en Ti y en todas las almas.

Es Amigo, el Amigo. Nos llama amigos [Ioh XV, 15.] El fue quien dio el primer paso; nos amó primero. Sin embargo, no impone su cariño: lo ofrece. Lo muestra con el signo más claro de la amistad: nadie tiene amor más grande que el que entrega su vida por su amigos [Ioh XV, 13.]. Era amigo de Lázaro y lloró por él, cuando lo vio muerto: y lo resucitó. Si nos ve fríos, desganados, quizá con la rigidez de una vida interior que se extingue, su llanto será para nosotros vida. (Hom. I, 92 y ss)

Examen de conciencia

¿Me he confesado y comulgado al menos una vez al año?¿Me he acercado a comulgar en pecado mortal? ¿He callado por vergüenza algún pecado mortal en mis confesiones anteriores? ¿He faltado a Misa los domingos o días festivos por mi culpa y sin una razón grave? ¿He cumplido los días de ayuno y abstinencia?

¿He dudado o negado las verdades de la fe católica? ¿He puesto en peligro mi fe leyendo libros o revistas contrarias a la fe católica o he asistido a reuniones de sectas que no son católicas? ¿He sido supersticioso o practicado el espiritismo? ¿Le he dedicado suficiente tiempo a Dios en la oración personal y comunitaria?

¿He pronunciado palabras injuriosas contar Dios, con la intención de ofenderle? ¿He jurado sin necesidad o sin verdad? ¿He murmurado externa o internamente contra el Señor cuando me ha ocurrido alguna desgracia? ¿Me dejo llevar por la pereza en el cumplimiento de mis deberes, particularmente en el trabajo?

¿He tratado a mis padres con la debida veneración y respeto? ¿He dado mal ejemplo a mis hijos, no cumpliendo con mis deberes religiosos, familiares, o profesionales? ¿He dado mal ejemplo en cosas importantes a las personas que me rodean, sobre todo a mis amigos? ¿Me he puesto voluntariamente en ocasión de ofender a Dios gravemente? ¿He sido causa de que otros pecasen por mi conversación, por mi modo de vestir, por mi conducta desordenada, por mi consejo, etc.? ¿He tratado de reparar el escándalo?

¿Tengo enemistad, odio o rencor contra alguien? ¿Rehúso perdonarle? ¿He causado la muerte a alguien? ¿Tengo en mi corazón un deseo de venganza por el mal que me han causado? (Mt 5, 22). ¿Siento odio, rencor o resentimiento por alguien; le he deseado el mal? ¿He abusado de la comida, del alcohol? ¿He consumido drogas? ¿He practicado, aconsejado o facilitado un aborto?

¿He aceptado pensamientos o miradas impuras? ¿He visto imágenes inmorales? ¿He tenido conversaciones impuras? ¿He realizado actos impuros? ¿Sólo o con otras personas? ¿Del mismo o distinto sexo? ¿He usado indebidamente el matrimonio? ¿He tomado píldoras anticonceptivas o usado algún otro método artificial para evitar tener hijos? ¿He sido fiel a mi cónyuge o he permitido afectos hacia otra persona?

¿He tomado dinero o cosas que no son mías? ¿Cuánto? ¿He restituido o reparado por el daño causado? ¿He sido honrado en mis negocios o he participado de alguna manera en la corrupción con maneras de actuar inmorales?

¿He dicho mentiras? ¿He calumniado o descubierto, sin causa justa, defectos graves de otra persona, aunque sean ciertos, pero no conocidos? ¿He hecho juicios temerarios contra el prójimo? ¿He reparado el daño que haya podido seguirse? ¿He cometido "maledicencia", o sea, que sin razón objetivamente válida, he manifestado los defectos y faltas del prójimo a otras personas que no conocían dichos defectos? ¿He revelado secretos profesionales?

Acto de Contrición. **¡Señor mío Jesucristo!, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido, y también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca mas pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me sea impuesta. Amén.**

Corresponsabilidad. Hacer hogar: una tarea común que da sentido al trabajo

El ritmo de vida actual parece plantear un dilema: o trabajo o hijos; o trabajas o cuidas del hogar; las dos cosas a la vez parecen un imposible. Artículo de la serie sobre el amor humano.

A fin de conocer el plan de Dios para el hombre y la familia es preciso volver al origen. "Ortega y Gasset ha recordado la historia del explorador del Polo que tras apuntar con su brújula hacia el norte, corre con su trineo (…) para comprobar que se encuentra al sur de la posición inicial. Ignora que no viaja por tierra firme, sino sobre un gran *iceberg*, que navega raudo en dirección opuesta a su marcha. También hoy muchos con buena voluntad ponemos nuestra brújula apuntando al norte para avanzar, ignorando que flotamos sobre el gran *iceberg* de las ideologías y no sobre la tierra firme de la verdad de la familia"[1]

En la cuna de la humanidad, están las pautas necesarias, la brújula que marcará siempre el norte.

La primera de esas pautas o claves señaladas en el Génesis es que hemos sido creados para amar y ser amados, y esto se realiza en el "seréis una sola carne"[2] de varón y mujer, un don de sí enriquecedor y fecundo, que se abre a nuevas vidas. El matrimonio, configurado como entrega recíproca, como llamada al amor, sería una primera pauta.
La segunda deriva de la anterior, y se concreta en el mandato divino: "Creced, multiplicaos y dominad la tierra"[3]. Aquí aparece la conexión entre familia ("multiplicaos") y trabajo ("dominad la tierra"), inseparablemente unidos en un mandato único. Es decir, desde que Dios crea al hombre deja clara la obligación de trabajar, y también el sentido profundo del trabajo: no se trata de la mera realización personal, o de un capricho, o de un pasatiempo, sino de transformar la tierra para convertirla en hogar. Desde el origen de la humanidad, trabajo y familia van unidos y el sentido del trabajo no es otro que servir a la familia. Es una forma de entrega –como lo era la de los esposos Adán y Eva–, un don de sí, nunca un don para uno mismo.

Pérdida del sentido de la familia, pérdida del sentido del trabajo

Sin embargo, en el último siglo y medio se ha producido –al menos en los países más desarrollados– una ruptura, y da la sensación de que familia y trabajo, que en su origen eran inseparables, son ahora irreconciliables; la familia aparece como un obstáculo para el trabajo, y viceversa. Ser madre, por ejemplo, se ha convertido para muchas mujeres en un *handicap* laboral. Entonces, ¿dónde queda aquel precepto del Génesis? Lo que era un mandato único, y vocación originaria, se ha trasformado, para muchos, en un dilema: o trabajo o hijos; o trabajas o cuidas del hogar; las dos cosas a la vez parecen un imposible.

Resulta significativo que esta contraposición coincida en el tiempo con la crisis de la familia. Lo que puede llevarnos a pensar que una crisis haya llevado a la otra, dado que sus raíces comunican. La pérdida del sentido de la familia conllevaría la pérdida del sentido del trabajo. Pues, de hecho, en bastantes casos, ni se concibe el trabajo como un servicio para la familia, sino como un fin en sí mismo; ni hay hogar, o son hogares rotos, desatendidos, o carentes del calor de familia.

Al producirse esa contraposición, en muchos países de Occidente, se han invertido los términos: la empresa se presenta como una familia, y la familia se reinventa como una empresa, con reparto de funciones y cuotas paritarias, tal como apuntaba Arlie Hochschild en un estudio de elocuente título: "Cuando el trabajo se convierte en la casa y la casa se convierte en trabajo"[4].

Pero sería erróneo pensar que el ambiente de hogar se logra mediante las cuotas paritarias o una especie de división del trabajo. Se logra, más bien, recuperando el sentido genuino de la familia y, a la vez, el sentido genuino del trabajo. La verdadera conciliación no depende –sólo– de las leyes del Estado, sino fundamentalmente de que se concilien marido y mujer. Porque ellos son los verdaderos artífices del hogar. Son libres para trabajar fuera de casa y tener hijos, optando por recuperar el trabajo en el hogar.

Esto resolvería el dilema al que antes nos referíamos.

Vendrá luego el intento por transformar las leyes para que el Estado facilite esa elección al servicio de la familia, y conseguir una cultura empresarial en esta línea. Pero primero han de ser las propias familias, los esposos, los que reconquisten el sentido genuino del trabajo como don de sí y servicio al cónyuge y a los hijos. Habrá madres que optarán por mantener una actividad profesional fuera de casa y otras por dedicarse plenamente al hogar, siendo las dos igualmente legítimas y, además, sabiendo que el trabajo es servicio y no fin en sí mismo.

El hogar, primer paso para superar la crisis de la sociedad

Forjado así, el hogar se convertirá en punto de encuentro de las dos realidades: familia y trabajo. El hogar como ámbito del don de sí y del amor de los esposos, y por lo tanto de la verdadera conciliación; y como tarea común que compete a todos los miembros de la familia. La casa no es sólo cobijo para descansar y volver al trabajo, sino el lugar del amor sacrificado, la escuela de virtudes, y la mejor respuesta al mandato de "creced, multiplicaos y dominad la tierra".

Sin salir de las cuatro paredes del hogar se puede transformar el mundo: "me atrevo a afirmar que, en una buena parte, la triste crisis que padece ahora la sociedad hunde sus raíces en el descuido del hogar"[5].

Si el centro del hogar es el amor de los esposos que transmite vida y se irradia a los hijos, sus ejes son el lecho conyugal y la mesa, entendida ésta como espacio de convivencia entre padres e hijos y entre hermanos, ámbito de acción de gracias a Dios y de diálogo. Es significativo que los ataques más duros que está sufriendo la familia se producen ahí: en el primer caso, desde el hedonismo y la ideología de género, que separan los aspectos unitivo y procreativo del acto conyugal; y en el segundo, a través del ruido generado por el mal uso de la televisión, internet y otras tecnologías que tienden a aislar a los adolescentes, impidiendo su apertura a los demás.

No es casual que una de las primeras medidas que adoptaron algunos regímenes totalitarios fuera prohibir la fabricación de mesas altas, y promover el uso de mesitas bajas

o individuales; con ello resultaba muy difícil la reunión familiar en torno a la comida o la cena. En la actualidad, el abuso de la televisión y de la tecnología –unido a otros factores como el trabajo o las largas distancias– están produciendo un efecto parecido en el seno de las familias.

La importancia de la mesa: acción de gracias, diálogo, convivencia

Devolver su categoría a la mesa es una forma de recuperar el ambiente de hogar. En la mesa confluyen los dos elementos del doble mandato del Génesis: la familia, padres e hijos –"creced y multiplicaos"–, y el fruto del trabajo –"dominad la tierra"–. La mesa brinda la ocasión de agradecer al Creador el don de la vida y de los dones de la tierra: es diálogo con Dios, también a través de la materialidad de los alimentos que recibimos de su bondad; y tiene una decisiva función educativa y comunicativa: los hijos se nutren de la comida, y también de la palabra, de la conversación, del debate de ideas, y hasta de los roces y discusiones, que contribuyen a forjar su carácter.

De ahí la importancia de dedicar un tiempo diario y específico a la mesa. Si no es posible desayunar o almorzar juntos, al menos conviene reservar la cena para propiciar ese espacio de diálogo y convivencia.

Un espacio que se prepara con tiempo e ilusión; que se construye con renuncia y sacrificio; que se inicia con la bendición de los alimentos[6], y que gira en torno a una conversación. Es una ocasión de oro para que los padres eduquen no con discursos, sino con gestos menudos, detalles aparentemente insignificantes; y para que los hermanos aprendan a entenderse, colaborar, renunciar… Tiempos y lugares compartidos que formarán su identidad, recuerdos imborrables que les marcarán indeleblemente.

Una ilusionante tarea que implica a todos, ya que la oración, la acción de gracias y el diálogo, más que la comida, es lo que realmente alimenta y sostiene a la familia.

Apostar por una cultura de la familia supone "bajarse" del *iceberg* de ideologías engañosas y recuperar el sentido genuino del doble mandato del Génesis. Y se puede conseguir desde un perímetro tan modesto como las cuatro paredes del hogar, contorno paradójico porque siempre es "más grande por dentro que por fuera", como lo describía Chesterton; rescatando la comunicación, el amor de los esposos, y la participación en la mesa; dejando siempre un plato más…, por si Dios quiere venir a cenar esa noche.
Teresa Díez-Antoñanzas González y Alfonso Basallo Fuentes

---

[1] J. Granados, *Ninguna familia es una isla*, Burgos 2013.
[2] *Gn* 2,24.
[3] *Gn* 1,28.
[4] A.R. Hochschild, "When work becomes home, and home becomes work", *California Management Review* (1997), 79-97.
[5] J. Echevarría, *Carta pastoral, 1-06-2015* Carta pastoral, 1-06-2015.
[6] Cfr. Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato si'*, n. 227.

Un susurro en el alma: el silencio de Dios

El silencio es a menudo el «lugar» en el que Dios nos espera: para que logremos escucharle a Él, en vez de escuchar el ruido de nuestra propia voz.

LA LUZ DE LA FE 19 de marzo de 2018

El libro del Éxodo cuenta cómo Dios se apareció a Moisés en el Sinaí en el resplandor de su gloria: la montaña entera se sacudía violentamente, Moisés hablaba y Dios le respondía entre los truenos y rayos (*Ex* 19,16-22). Todo el pueblo escuchaba impresionado por el poder y la majestad de Dios. Aunque hay otras teofanías semejantes que marcan la historia de Israel[1], la mayor parte de las veces Dios se manifestaba de otro modo a su Pueblo: no en el resplandor de la luz, sino en el silencio, en la oscuridad.

Unos siglos después de Moisés, el profeta Elías, huyendo de la persecución de Jezabel, emprende una vez más el camino hacia el monte santo, impulsado por Dios. Escondido en una cueva, el profeta ve los mismos signos de la teofanía del Éxodo: el terremoto, el huracán, el fuego. Pero Dios no estaba allí. Después del fuego, dice el escritor sagrado, hubo «un ruido como el de una brisa suave». Elías se cubrió el rostro con el manto y salió al encuentro de Dios. Y fue entonces cuando Dios le habló (cfr. *1 R* 19,9-18). El texto hebreo dice literalmente que Elías oyó «el ruido o la voz de un *silencio* (*dᵉmama*) suave».

LA DIFICULTAD PARA CAPTAR LA CERCANÍA DE DIOS ES UNA EXPERIENCIA COMÚN A CREYENTES Y A NO CREYENTES, AUNQUE ADQUIERA FORMAS DIVERSAS EN UNOS Y OTROS

La versión griega de los Setenta y la Vulgata han traducido «una *brisa* suave», probablemente para evitar la aparente contradicción entre *ruido* o *voz*, de una parte, y *silencio*, de otra. Pero lo que significa la palabra *dᵉmama* es precisamente el silencio. Con esta paradoja el autor sagrado sugiere, pues, que el silencio no está vacío, sino lleno de la presencia divina. «El silencio custodia el misterio»[2], el misterio de Dios. Y la Escritura nos invita a entrar en este silencio si queremos encontrarle.

Qué débil susurro escuchamos de Él

Este modo de hablar de Dios nos resulta, sin embargo, difícil. Los salmos lo manifiestan con elocuencia: «¡Dios mío! No estés callado, no guardes silencio, no te quedes quieto, ¡Dios mío!» (*Sal* 83,2). «¿Por qué escondes tu rostro?» (*Sal* 44,25) «¿Por qué han de decir las naciones: "Dónde está su Dios"?» (*Sal* 115,2). A través del texto sagrado, Dios mismo pone estas preguntas en nuestros labios y en nuestro corazón: quiere que se las digamos, que las meditemos en la forja de la oración. Son preguntas importantes. Por un lado, porque apuntan directamente al modo en que Él se revela habitualmente, a su lógica: nos ayudan a entender cómo buscar su Rostro, cómo escuchar su voz. Por otro, porque muestran que la dificultad para captar la cercanía de Dios, especialmente en las situaciones difíciles de la vida, es una experiencia común a creyentes y a no creyentes, aunque adquiera formas diversas en unos y otros. La fe y la vida de la gracia no hacen evidente a Dios; también el creyente puede experimentar la aparente ausencia de Dios.

QUIEN HA COMPRENDIDO LAS PALABRAS DEL SEÑOR, COMPRENDE SU SILENCIO, PORQUE AL SEÑOR SE LE CONOCE EN SU SILENCIO (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA)

¿Por qué Dios calla? A menudo, las Escrituras nos presentan su silencio, su lejanía, como una consecuencia de la infidelidad del hombre. Así se explica, por ejemplo, en el Deuteronomio: «Este pueblo se va a prostituir yendo en pos de dioses extranjeros de la tierra en que va a entrar. Me abandonará y quebrantará la alianza que pacté con él (…). Pero yo en ese día ocultaré irremisiblemente mi rostro por toda la maldad que habrá hecho al haberse vuelto en pos de dioses extranjeros» (*Dt* 31,16-18). El pecado, la idolatría, es como una cortina que hace opaco a Dios, que impide verle; es como un ruido que le hace inaudible. Y Dios espera entonces con paciencia, detrás de esa pantalla que ponemos entre nosotros y Él,

a la espera de un momento oportuno, para volver a nuestro encuentro. «No apartaré de vosotros mi rostro, porque soy misericordioso» (*Jr* 3,12).

Más que callarse Dios, pues, sucede con frecuencia que no le dejamos hablar, que no le escuchamos, porque hay demasiado ruido en nuestra vida. «No sólo existe la sordera física, que en gran medida aparta al hombre de la vida social. Existe un defecto de oído con respecto a Dios, y lo sufrimos especialmente en nuestro tiempo. Nosotros, simplemente, ya no logramos escucharlo; son demasiadas las frecuencias diversas que ocupan nuestros oídos. Lo que se dice de Él nos parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo. Con el defecto de oído, o incluso la sordera, con respecto a Dios, naturalmente perdemos también nuestra capacidad de hablar con Él o a Él. Sin embargo, de este modo nos falta una percepción decisiva. Nuestros sentidos interiores corren el peligro de atrofiarse. Al faltar esa percepción, queda limitado, de un modo drástico y peligroso, el radio de nuestra relación con la realidad en general»[3].

Sin embargo, a veces no se trata de que el hombre esté sordo para Dios: parece más bien que Él no escucha, que permanece pasivo. El libro de Job, por ejemplo, muestra cómo también las oraciones del justo en la adversidad pueden quedarse, por un tiempo, sin obtener respuesta de Dios. «¡Qué débil susurro escuchamos de Él!» (*Jb* 26,14). La experiencia diaria de cada hombre muestra también en qué medida la necesidad de recibir de Dios una palabra o ayuda queda a veces como tendida en el vacío. La misericordia de Dios, de la que tanto hablan las Escrituras y la catequesis cristiana, puede hacerse a veces difícil de percibir a quien pasa por situaciones dolorosas, marcadas por la enfermedad o la injusticia, en las que aun rezando no parece obtenerse una respuesta. ¿Por qué Dios no escucha? ¿Por qué, si es un Padre, no viene en mi ayuda, ya que puede hacerlo? «La lejanía de Dios, la oscuridad y problemática sobre Él, son hoy más intensas que nunca; incluso nosotros, que nos esforzamos por ser creyentes, tenemos con frecuencia la sensación de que la realidad de Dios se nos ha escapado de las manos. ¿No nos preguntamos a menudo si Él sigue sumergido en el inmenso silencio de este mundo? ¿No tenemos a veces la impresión de que, después de mucho reflexionar, sólo nos quedan palabras, mientras la realidad de Dios se encuentra más lejana que nunca?»[4].

En el corazón de la Revelación, más que en cualquiera de nuestras experiencias, es la historia de Jesús mismo la que nos introduce con mayor profundidad en el misterio del silencio de Dios. A Jesús, que es el verdadero justo, el siervo fiel, el Hijo amado, no se le ahorran los tormentos de la pasión y de la Cruz. Su oración en Getsemaní recibe como respuesta el envío de un ángel para consolarlo, pero no la liberación de la tortura inminente. Tampoco deja de asombrar que Jesús rece en la Cruz con estas palabras del salmo

22: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Lejos estás de mi salvación, de mis palabras suplicantes» (*Sal* 22,2). El hecho de que quien no conoció pecado (*2 Cor* 5,21) haya experimentado de este modo el sufrimiento pone de manifiesto cómo los dolores que marcan a veces de manera dramática la vida de los hombres no pueden ser interpretados como signos de reprobación por parte de Dios, ni su silencio como ausencia o lejanía.

A Dios se le conoce en su silencio

Al pasar junto a un ciego de nacimiento, los apóstoles hacen una pregunta que pone de manifiesto un modo frecuente de pensar entonces: «¿Quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?» (*Jn* 9,1). Aunque hoy resultaría extraño oír algo así, en realidad la pregunta no se encuentra tan lejos como parece de una mentalidad frecuente, por la que el sufrimiento, del tipo que sea, es visto como una especie de destino ciego ante el que no cabe más que la resignación, una vez han fracasado los intentos de quitarlo. Jesús corrige a los apóstoles: «Ni pecó este ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él» (*Jn* 9,3). Dios permanece a veces en silencio, aparentemente inactivo e indiferente a nuestra suerte, porque quiere abrirse camino en nuestra alma. Solo así se entiende, por ejemplo, que permitiera el sufrimiento de san José, en la incertidumbre acerca de la maternidad inesperada de Santa María (cfr. *Mt* 1,18-20), pudiendo haber «programado» las cosas de otro modo. Dios estaba preparando a José para algo grande. Él «no perturba nunca la alegría de sus hijos, si no es para prepararles un gozo más seguro y grande»[5].

DIOS PERMANECE A VECES EN SILENCIO, APARENTEMENTE INACTIVO E INDIFERENTE A NUESTRA SUERTE, PORQUE QUIERE ABRIRSE CAMINO EN NUESTRA ALMA

Escribía san Ignacio de Antioquía que «quien ha comprendido las palabras del Señor, comprende su silencio, porque al Señor se le conoce en su silencio»[6]. El silencio de Dios es a menudo para el hombre el «lugar», la posibilidad y la premisa para escuchar a Dios, en vez de escucharse solo a sí mismo. Sin la *voz silenciosa* de Dios en la oración, «el yo humano acaba por encerrarse en sí mismo, y la conciencia, que debería ser eco de la voz de Dios, corre el peligro de reducirse a un espejo del yo, de forma que el coloquio interior se transforma en un monólogo, dando pie a mil autojustificaciones»[7]. Pensándolo bien, si Dios hablara e interviniera continuamente en nuestra vida para resolver problemas, ¿no debemos admitir que fácilmente trivializaríamos su presencia? ¿No acabaríamos, como los dos hijos de la parábola (cfr. *Lc* 15,11-32), prefiriendo nuestros beneficios a la alegría de vivir con Él?

«El silencio es capaz de abrir un espacio interior en lo más íntimo de nosotros mismos, para hacer que allí habite Dios, para que su Palabra permanezca en nosotros, para que el amor a Él arraigue en nuestra mente y en nuestro corazón, y anime nuestra vida»[8]. Con la búsqueda, con la oración confiada ante las dificultades, el hombre se libera de su autosuficiencia; pone en movimiento sus recursos interiores; ve cómo se fortalecen las relaciones de comunión con los demás. El silencio de Dios, el hecho de que no intervenga siempre de un modo inmediato para resolver las cosas del modo en que querríamos, despierta el dinamismo de la libertad humana; llama al hombre a hacerse cargo de su propia vida o de la de los demás, y de sus necesidades concretas. La fe es por eso «la fuerza que en silencio, sin hacer ruido, cambia el mundo y lo transforma en el reino de Dios, y la oración es expresión de la fe (...). Dios no puede cambiar las cosas sin nuestra conversión, y nuestra verdadera conversión comienza con el "grito" del alma, que implora perdón y salvación»[9].

En la enseñanza de Jesús, la oración aparece como un diálogo entre el hombre como hijo y el Padre del Cielo, en el que la petición ocupa un lugar muy importante (cfr. *Lc* 11,5-11; *Mt* 7,7-11). El niño sabe que su Padre siempre le escucha, pero que lo que le está asegurado no es tanto una especie de salida del sufrimiento o la enfermedad, como el don del Espíritu Santo (*Lc* 11,13). La respuesta con la que Dios siempre viene en ayuda del hombre es el Don del Espíritu-Amor. Esto nos puede saber a poco, pero es un regalo mucho más precioso y fundamental que cualquier solución terrena a los problemas. Es un regalo que debe ser aceptado en la fe filial y que no elimina la necesidad del esfuerzo humano para enfrentarse a las dificultades. Con Dios, los «valles oscuros» que a veces tenemos que cruzar no se iluminan automáticamente; seguimos caminando, con miedo quizá, pero un miedo confiado: «No temo ningún mal, porque Tú estás conmigo» (*Sal* 23,4).

SI DIOS HABLARA E INTERVINIERA CONTINUAMENTE EN NUESTRA VIDA PARA RESOLVER PROBLEMAS, ¿NO DEBEMOS ADMITIR QUE FÁCILMENTE TRIVIALIZARÍAMOS SU PRESENCIA?

Este modo de hacer de Dios, que despierta la decisión y la confianza del hombre, se puede reconocer en la forma en que Dios ha realizado su Revelación en la historia. Podemos pensar en la historia de Abraham, que deja su país y se pone en camino hacia una tierra desconocida, fiándose de la promesa divina, sin saber adónde Dios le lleva (cfr. *Gn*12,1-4); o en la confianza del Pueblo de Israel en la salvación de Dios, incluso cuando todas las esperanzas humanas parecen haberse hundido (cfr. *Est* 4,17a-17kk); o en la huida serena de la Sagrada Familia a Egipto (cfr. *Mt* 2,13-15) cuando Dios parece someterse a los caprichos de un monarca provinciano... En ese sentido, pensar que la fe resultaba más sencilla a los testigos de la vida de Jesús no se corresponde con la realidad, porque ni siquiera a esos testigos se les ahorró la seriedad de la decisión de creer o no en Él, de reconocer en Él la presencia y la acción de Dios[10]. Hay numerosos pasajes del Nuevo Testamento en los que se ve con claridad cómo esta decisión no era obvia[11].

Ayer como hoy, a pesar de que la Revelación de Dios ofrece auténticos signos de credibilidad, el velo de la inaccesibilidad de Dios no se elimina por completo; sus silencios continúan desafiando al hombre. «La existencia humana es un camino de fe y, como tal, transcurre más en la penumbra que a plena luz, con momentos de oscuridad e, incluso, de tinieblas. Mientras estamos aquí, nuestra relación con Dios se realiza más en la escucha que en la visión»[12]. Esto no es solo una expresión del hecho de que Dios es siempre más grande que nuestra inteligencia, sino también de la lógica de apelación y respuesta, de don y tarea, con la que quiere conducir nuestra historia: la de todos y la personal de cada uno. A fin de cuentas, pues, están en relación mutua la forma de revelarse de Dios y la libertad que tenemos por ser imagen

suya. La Revelación de Dios permanece en un claroscuro que permite la libertad de elegir abrirnos a Él o permanecer cerrados en nuestra autosuficiencia. Dios es «un Rey con corazón de carne, como el nuestro; que es autor del universo y de cada una de las criaturas, y que no se impone dominando: mendiga un poco de amor, mostrándonos, en silencio, sus manos llagadas»[13].

La nube del silencio

Con su oración en la Cruz —«Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» (*Mt* 27,46)— Jesús «hace suyo ese grito de la humanidad que sufre por la aparente ausencia de Dios y lleva este grito al corazón del Padre. Al orar así en esta última soledad, junto con toda la humanidad, nos abre el corazón de Dios»[14]. En efecto, el salmo con el que Jesús clama al Padre da paso, tras los lamentos, a un gran horizonte de esperanza (cfr. *Sal* 22,20-32)[15]; un horizonte que Él tiene ante la mirada, aun en medio de su agonía. «En tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23,44), dice al Padre antes de expirar. Jesús sabe que la entrega de su vida no cae en el vacío, que cambia la historia para siempre, aunque parezca que el mal y la muerte son la última palabra. Su silencio en la Cruz puede más que los gritos de quienes le condenan. «Mira, hago nuevas todas las cosas» (*Ap* 21,5).

JESÚS SABE QUE LA ENTREGA DE SU VIDA NO CAE EN EL VACÍO, QUE CAMBIA LA HISTORIA PARA SIEMPRE, AUNQUE PAREZCA QUE EL MAL Y LA MUERTE SON LA ÚLTIMA PALABRA

«La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia (…), que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá»[16]. Con sus silencios, Dios hace crecer la fe y la esperanza de los suyos: les hace nuevos, y hace con ellos «nuevas todas las cosas». A cada uno y cada una toca responder al *silencio suave* de Dios con un silencio atento, un silencio que escucha, para descubrir «cómo obra misteriosamente el Señor» en nuestro corazón, «y cuál es la nube, (…) el estilo del Espíritu Santo para cubrir nuestro misterio. Esta nube en nosotros, en nuestra vida, se llama silencio. El silencio es precisamente la nube que cubre el misterio de nuestra relación con el Señor, de nuestra santidad y nuestros pecados»[17].

Marco Vanzini - Carlos Ayxelá

***

Lecturas para profundizar

Consejo Pontificio para la Cultura (2004), *¿Dónde está tu Dios? La fe cristiana ante la increencia religiosa.*

Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013 (“Cuando el silencio es música”).

Francisco, Homilía en Santa Marta, 10-VI-2016 (“El silencio sonoro”).

Benedicto XVI, Homilía, 6-X-2006 (Silencio y contemplación).

Benedicto XVI, Audiencia, 7-III-2012 (“Oración y silencio: Jesús, maestro de oración”).

--

Guardini, R. *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, 2017 (carta 8: “El alma”) (orig: *Briefe über Selbstbildung*).

Izquierdo, C. “Palabra (y silencio) de Dios”, *Scripta Theologica* 41 (2009/3) 945-960.

Lewis, C. S. *Una pena en observación*, Anagrama, 2007 (orig. *A Grief Observed*).

Textos para rezar

Newman. J. H. “Cristo oculto del mundo”, en *Sermones parroquiales 4*, Encuentro, 2010 (orig. “Christ Hidden from the World”, *Parochial and Plain sermons 4*)

— “Cristo manifestado en el recuerdo”, en *Sermones parroquiales 4*, Encuentro, 2010 (orig. “Christ Manifested in Remembrance”, *Parochial and Plain sermons 4*)

Ordeig. M. “Búsqueda, recogimiento... El valor del silencio”, *Palabra*, febrero 2018.

Ratzinger, J. “¿Estamos salvados? O Job habla con Dios”, en *Ser Cristiano*, Desclée de Brouwer, 2007 pp. 15-38 (edición anterior: *Ser Cristiano*, Sígueme 1967, 13-28). (orig. *Vom Sinn des Christseins*).

— *La angustia de una ausencia. Tres meditaciones sobre el Sábado santo*, *30 días*, 3-2006 (orig. *Meditationen zur Karwoche*).

Sarah, R. *La fuerza del silencio*, Palabra 2017 (orig. *La force du silence*).

---

[1] Cfr. por ejemplo *Gn* 18,1-15; *1 R* 18,20-40, *Is* 6,1-13.

[2] Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013.

[3] Benedicto XVI, Homilía, 10-IX-2006.

[4] J. Ratzinger, “¿Estamos salvados? O Job habla con Dios”, en *Ser Cristiano*, Sígueme 1967, p. 19.

[5] A. Manzoni, *Los novios* (*I promessi sposi*), cap. 8.

[6] Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, XV, 2 (*Sources chrétiennes* 10, p. 84-85).

[7] Benedicto XVI, Homilía, 6-II-2008.

[8] Benedicto XVI, Audiencia, 7-III-2012.

[9] Benedicto XVI, Homilía, 21-X-2007.

[10] Cfr. R. Guardini, *El Señor*, IV.6, “Revelación y misterio”.

[11] Cfr. por ejemplo *Jn* 6,60-68; 8,12-20; 9,1-41.

[12] Benedicto XVI, Angelus, 12-III-2006.

[13] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 179.

[14] Benedicto XVI, Homilía, 6-II-2008.

[15] Así sucede con frecuencia en los salmos: el salmista se queja ante Dios —«¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?» (*Sal* 13,2-3)—, pero no pierde la fe en Él: «Yo confío en tu misericordia; mi corazón se goza en tu salvación. Cantaré al Señor por el bien que me hace» (v. 6).

[16] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 78.

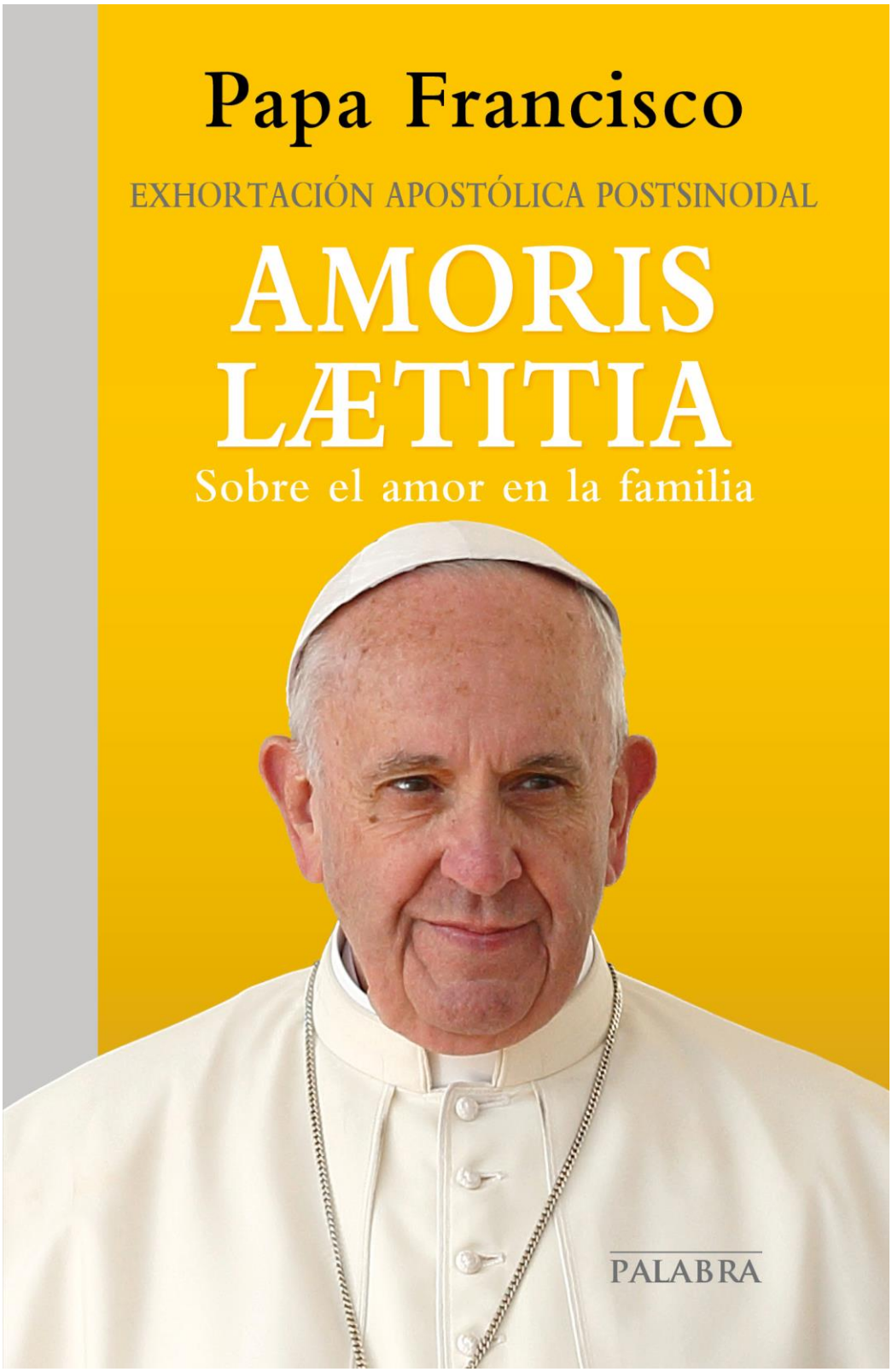
[17] Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013.

AMORIS LAETITIA

SOBRE EL AMOR EN LA FAMILIA

Papa Francisco

Acceder a todo el contenido: AQUÍ

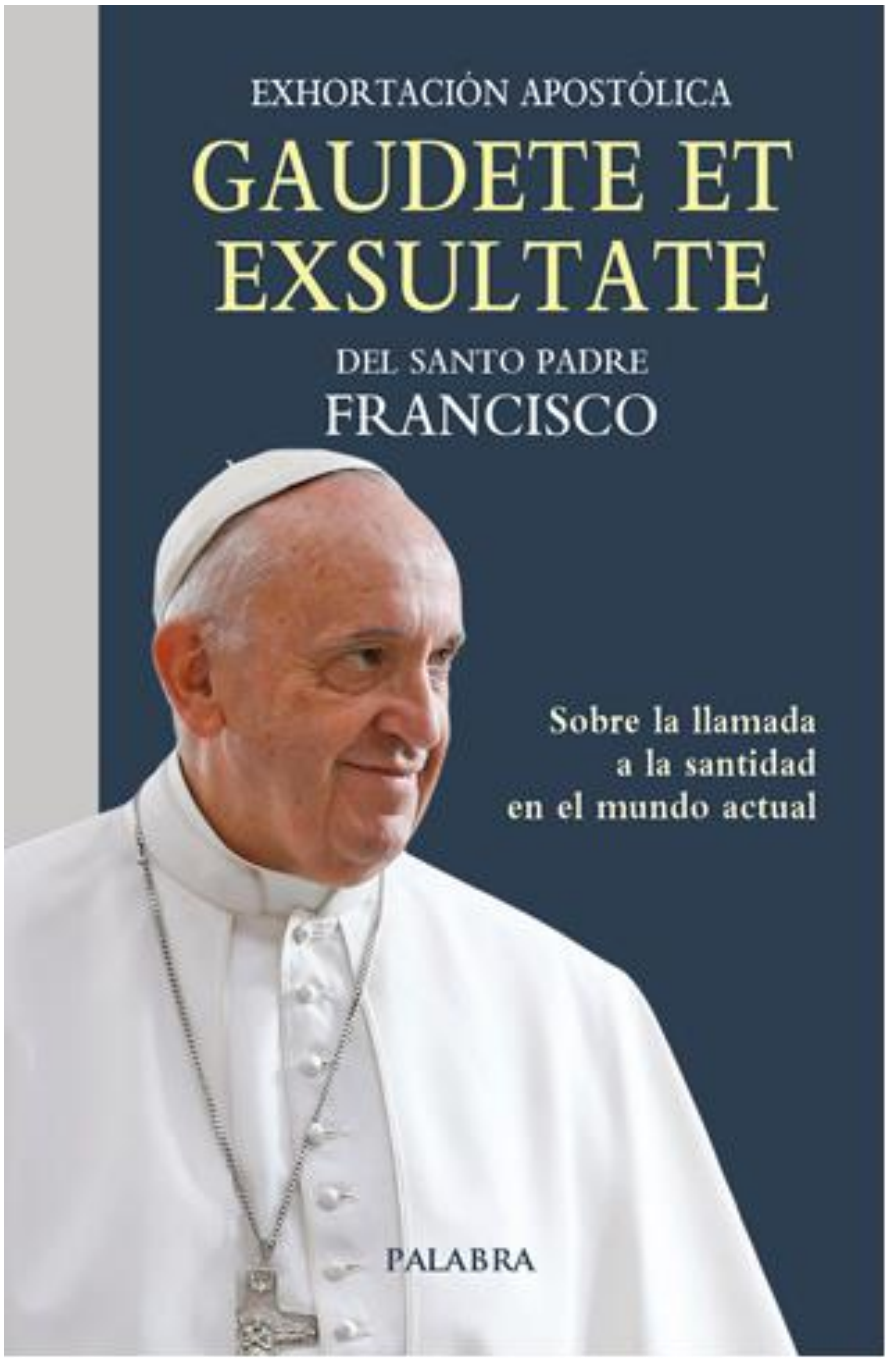


GAUDETE ET EXULTATE

SOBRE LA LLAMADA A LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL

Papa Francisco

Acceder a todo el contenido: AQUÍ



Crecer: un proyecto en familia (II)

En esta segunda parte del editorial "Crecer en familia" se afrontan otros elementos que se aprenden en el hogar: la buena educación, la disciplina, el humor, la vida de oración, etcétera.

FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Crepita el fuego en la chimenea durante una apasionada conversación sobre una antigua batalla. Uno de los interlocutores tiene entonces una salida sorprendente: «Creo que hay plácidas victorias y contiendas y grandes sacrificios propios y actos de noble heroísmo (aun en muchas de sus aparentes ligerezas y contradicciones) no menos difíciles de conseguir, porque no tienen crónica ni público terrenales, pero que se realizan todos los días en los más apartados rincones, en las pequeñas familias y en los corazones de hombres y mujeres. Cualquiera de estos podría reconciliar con el mundo al hombre más exigente y llenarle de fe y de esperanza en él»[1].

EL FUTURO DEL MUNDO SE DECIDE SOBRE TODO EN EL «AMOR PACIENTE» QUE ES LA LABOR DISCRETA DE ABUELOS, PADRES E HIJOS.

El futuro del mundo no se forja solo en las grandes decisiones internacionales, por cruciales que puedan ser; se decide sobre todo en esa contienda cotidiana, en el «amor paciente»[2] que es la labor discreta de abuelos, padres e hijos. El proyecto de crecer -un crecer, sobre todo «para adentro»[3]-, que acompaña a cada persona a lo largo de su vida, es necesariamente un trabajo de equipo: todos juntos, *al paso de Dios* y con su soplo en las velas del alma.

Respirar un mismo aire

En una familia en la que se respira aire cristiano, se comparten tareas, preocupaciones, triunfos y fracasos Todo es de todos y, a la vez, se respeta lo de cada uno: se enseña a los hijos a ser ellos mismos, pero sin aislarse en los propios gustos y preferencias. En el hogar se valoran las cosas que unen, que son como el aire que permite a cada uno respirar a gusto, llenar los pulmones y desarrollarse.

En esta tarea de mantener el aire de familia todos son importantes, hasta los más jóvenes. Por eso, conviene ir dando a los hijos pequeñas responsabilidades, acordes con su edad, que les lleven a salir de sí mismos, a descubrir que la casa funciona porque colaboran todos: regar una planta, poner la mesa, hacer la cama y ordenar la propia habitación, cuidar de otro hermano más chico, salir de compras… Poco a poco se les hace participar en las decisiones: no se imponen sin más los planes familiares, sino que se los presenta de modo atractivo. Así nadie queda aislado y se plasman formas de ser abiertas, generosas, con preocupación por el mundo y las otras personas.

PARA TRANSFORMAR LA SELVA, COMENCEMOS POR NUESTRO JARDÍN, POR LA ECOLOGÍA DE LA VIDA DE CADA DÍA, QUE SE MANIFIESTA EN NUESTRA HABITACIÓN, EN NUESTRA CASA, EN NUESTRO LUGAR DE TRABAJO, EN NUESTRO BARRIO

El afecto lleva a sincronizar las vidas, a compartir con los demás los nuevos capítulos de la propia "serie". Ayuda mucho tener momentos de descanso en común, actividades que unen y que permiten disfrutar de tantas cosas buenas. Cuando se presenta el dolor, la caridad -cariño sobrenatural- nos mueve a compartir el peso: «llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo»[4]. Nadie puede vivir como extraño en la propia casa; es imprescindible tener iniciativa, levantar la mirada y prestar atención a los demás: aficiones, planes, amistades, trabajo, preocupaciones… Son cosas que requieren tiempo, que es precisamente lo mejor que un padre puede dar a sus hijos, y que los hijos pueden dar a sus padres.

En una familia cristiana hay también disciplina, pero amable: así los hijos aprenden a gusto y poco a poco, con el ejemplo de los mayores. La corrección se acompaña de buenos modos, que reflejan el afecto; además, se explican los porqués, y se procura «no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor»[5] En ocasiones, hace falta ser especialmente claros, pero los padres no olvidan que las virtudes y los valores cuajan sobre todo cuando los hijos los ven encarnados en sus propias vidas. La fortaleza, la templanza, el pudor, la modestia, vividas en lo cotidiano, se les presentan entonces como auténticos bienes: les resultan connaturales, como el aire que respiran. Esto vale especialmente para la formación de la afectividad: los padres que exteriorizan su cariño mutuo en los detalles más sencillos de la convivencia -aunque sin manifestaciones de afecto que deben quedar en la intimidad de los esposos- introducen fácilmente a los hijos en el misterio del amor verdadero entre un hombre y una mujer.
«Si tuviera que dar un consejo a los padres, les daría sobre todo este: que vuestros hijos vean -lo ven todo desde niños, y lo juzgan: no os hagáis ilusiones- que procuráis vivir de acuerdo con vuestra fe, que Dios no está solo en vuestros labios, que está en vuestras obras; que os esforzáis por ser sinceros y leales, que os queréis y que los queréis de veras»[6].

Gracias, por favor, perdón

En un hogar «luminoso y alegre»[7] hay un trato sencillo y confiado. Y a la vez, la cercanía no da lugar a la indelicadeza ni a la insolencia. Todos tenemos defectos, podemos fallar y herir; pero poseemos la capacidad de pasar por alto incomprensiones o malentendidos, sin albergar rencor. A cualquier nivel, de padres a hijos, de hijos a padres o entre hermanos, hay que fijarse en lo positivo, lo que une. Como en cualquier convivencia, a veces surgirán discusiones o riñas, pero vale la pena terminar el día reconciliados: es el momento de llevar a la práctica la enseñanza de Cristo de no poner límites al perdón[8]. Además, pedir perdón madura el alma propia y la del que recibe o presencia una excusa sincera. «Escuchad bien: ¿habéis discutido mujer y marido? ¿Los hijos con los padres? ¿Habéis discutido fuerte? No está bien, pero no es este el auténtico problema. El problema es que ese sentimiento esté presente todavía al día siguiente. Por ello, si habéis discutido, nunca terminar el día sin hacer las paces en la familia»[9]

ES BUENO SABER QUE CUANDO HAY MÁS CONFIANZA CON ALGUIEN ES LÓGICO QUE SE BAJE UN POCO LA GUARDIA Y SURJAN MÁS FÁCILMENTE DESAHOGOS, EN UNA U OTRA DIRECCIÓN; PARTE DEL CARIÑO CONSISTE ENTONCES EN COMPRENDER.

Quien quiere de verdad, sabe comprender y disculpar; es más: lo necesita. Y desde la familia, exporta al mundo este ambiente. Para transformar la selva, comencemos por nuestro jardín, por la «ecología de la vida de cada día», que se manifiesta «en nuestra habitación, en nuestra casa, en nuestro lugar de trabajo, en nuestro barrio»[10]. La familia es «el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal. En la familia se aprende a *pedir permiso* sin avasallar, a *decir gracias* como expresión de una sentida valoración

de las cosas que recibimos, a dominar la voracidad o la agresividad, y a *pedir perdón* cuando hacemos algún daño»[11]
Esta actitud nos ayuda a relativizar los problemas que se pueden dar en la convivencia, y a descartar la idea de que en otras circunstancias todo sería más sencillo. Suele ser más fácil juzgar positivamente a quienes no conviven con nosotros. Incluso alguien con una psicología equilibrada tiende a idealizar lo bueno de amigos y conocidos, y a poner en cambio en primer plano los defectos y errores de los familiares más cercanos. Sin embargo, ¡qué necesario es conocer y remediar estos prejuicios! Ni la sonrisa y amabilidad de quien vemos muy de vez en cuando es siempre así; ni aquel comentario desabrido de un hermano o hermana, después de un mal día o una mala noche, refleja toda su forma de ser, o indica la opinión que tiene de nosotros. Además, es bueno saber que cuando hay más confianza con alguien es lógico que se baje un poco la guardia y surjan más fácilmente desahogos, en una u otra dirección; parte del cariño consiste entonces en comprender[12]; en ser, si es necesario, paño de lágrimas.

Las etapas del desarrollo, con sus respectivas crisis, son retos que requieren paciencia, porque la maduración casi nunca se produce de golpe. En especial la adolescencia, más o menos prolongada, afecta al ambiente del hogar y en ocasiones trae discordias y mayor nerviosismo en grandes y chicos. Pero pasa el tiempo y, si se ha afrontado bien la crisis, la familia sale fortalecida de ella: las aguas no solo vuelven a su curso, sino que se hacen más fuertes y saludables.

LO HABITUAL ES QUE LOS PADRES ENSEÑEN A LOS HIJOS A REZAR, PERO NO POCAS VECES LA PROVIDENCIA SE SIRVE DE LOS HIJOS PARA QUE PAPÁ O MAMÁ DESCUBRAN LA ESPLÉNDIDA MELODÍA DE LA FE.

Es normal que, al llegar a la adolescencia, los hijos necesiten espacios de libertad, formar su propio núcleo de amistades, aprender a volar solos. Los padres seguirán siendo el punto de mira, aunque la vivacidad juvenil no quiera aceptarlo. Por eso, es importante que no aparezcan solo como la "autoridad", sino que fomenten también un trato amigable y lleno de confianza. Los padres animan a tomar decisiones y muestran los obstáculos; señalan tanto las rocas que pueden encontrar al *navegar* como el faro al que vale la pena dirigirse. Y esto se transmite más con el ejemplo que con muchas palabras o reglas, aunque lógicamente algunas sean necesarias
En todo caso, hay que confiar en los hijos, porque solo en un clima de confianza crece la libertad. Es incluso preferible, decía san Josemaría, que los padres «se dejen engañar alguna vez: la confianza, que se pone en los hijos, hace que ellos mismos se avergüencen de haber abusado, y se corrijan; en cambio, si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, se sentirán movidos a engañar siempre»[13].

Una familia que reza unida permanece unida

En la familia también se aprende a tratar con Dios: se aprende a rezar. ¡Cuánto apreciaba san Josemaría las oraciones que le enseñó su madre! «Sin las madres, no solo no habría nuevos fieles, sino que la fe perdería buena parte de su calor sencillo y profundo»[14]. Lo habitual es que los padres enseñen a los hijos a leer esta partitura. No pocas veces, sin embargo, se produce un intercambio de papeles, y la Providencia se sirve de los hijos para que papá o mamá descubran la espléndida melodía de la fe.
En tantas ocasiones, será posible y útil rezar todos juntos, recordando que «la familia que reza unida permanece unida»[15]. La piedad transparente y sincera alumbra hacia adentro y hacia afuera de la casa, y se va engarzando serenamente con las demás ocupaciones diarias No importa que a veces existan distracciones: los hijos que van de un lado a otro,

las múltiples tareas del hogar… Cuando ponemos lo que está de nuestra parte, esas distracciones no generan disonancias, sino que resuenan también en el cielo.
De unos padres fieles surgen nuevos padres fieles, y también muchos que, aceptando la invitación de Dios, siguen un camino vocacional en el celibato. Ni el amor a otra persona ni el amor a Dios compiten con el afecto a nuestra familia, sino que lo aumentan. Siempre, en cada momento de la vida, corre por nuestras venas la misma sangre: estamos unidos, a pesar de que puedan mediar distancias, compromisos y múltiples obligaciones. Un signo de madurez es precisamente la capacidad, que se aprende con el tiempo, para compaginar los deberes que provienen del propio hogar que formamos con el cultivo del cariño filial y fraternal hacia la familia de origen. Contamos con su oración para nuestra misión en la vida, y nosotros les apoyamos con la nuestra. No se trata de un mero premio de consolación: «un hermano ayudado por su hermano es plaza fuerte y alta, fuerte como muralla real»[16].

ES NORMAL QUE, AL LLEGAR A LA ADOLESCENCIA, LOS HIJOS NECESITEN ESPACIOS DE LIBERTAD, FORMAR SU PROPIO NÚCLEO DE AMISTADES, APRENDER A VOLAR SOLOS.

Del hogar a la periferia

Los grandes frentes de la familia no se agotan en ella misma. Del mismo modo que sería imposible madurar centrándose en uno mismo, la vida familiar crece abriéndose al exterior. Un hogar cristiano tiene, sí, unas puertas que protegen la intimidad, que dan el ambiente adecuado para el crecimiento, pero que no asfixian ni tapan los ojos.

Por eso, la solidaridad forma parte importante de la misión de las familias cristianas: se sale así, con creatividad, al encuentro de los más necesitados, se busca el desarrollo de la cultura y la educación para todos, el cuidado de la tierra como la casa común… Las carencias son muy variadas y muchas veces no coinciden con las prioridades que algunas ideologías o grupos minoritarios lanzan a la agenda del mundo. Qué grandes ejemplos hemos visto de hogares que salen al encuentro de inmigrantes sin techo; de familias numerosas que reciben un nuevo hijo; de padres que se sacrifican por los suyos y por los de otros, superando los aprietos con heroísmo; de matrimonios sin hijos que dedican su vida a ayudar a otras familias.

Y lo mejor es que “todo queda en casa”: los primeros en ganar con estas iniciativas son los del propio hogar. Y de casa al mundo: la familia, escuela de amor gratuito y sincero, es «el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta»[17]. Quien ha crecido con «el “sano prejuicio psicológico” de pensar habitualmente en los demás»[18] disfruta escuchando, comprendiendo, conviviendo, resolviendo necesidades concretas de sus hermanos los hombres.
Las familias no están solas

LOS PADRES DEBEN SER PACIENTES. MUCHAS VECES NO HAY OTRA COSA QUE HACER MÁS QUE ESPERAR; REZAR Y ESPERAR CON PACIENCIA, DULZURA, MAGNANIMIDAD Y MISERICORDIA [PAPA FRANCISCO]

El panorama de las familias, su papel en la Iglesia y el mundo, es apasionante. A la vez, no se escapan a nadie las dificultades por las que atraviesan. Pero las familias no están solas: mucha gente buena dedica tiempo y energías en ayudar a los padres en su tarea de formación. Colegios, clubes juveniles y tantas otras iniciativas, son un soporte a veces decisivo para el cuidado de los jóvenes, de los ancianos. El apoyo a las tareas del hogar, no exclusivas de las madres, es otra columna de los hogares cristianos: por eso, a quienes vuelcan su vida en transmitir su ciencia y su experiencia en este campo, les decía san

Josemaría que tienen «más eficacia educadora que muchos catedráticos de universidad»[19].

¿Qué decir, por último, cuando a pesar de los esfuerzos queda la impresión de que se podría haber hecho más? Cuántos padres que procuran educar lo mejor posible a sus hijos, lo mejor que han sabido, los ven luego con problemas materiales y espirituales, faltos de fe o con vidas desarregladas Además de seguir profundizando para prevenir y mejorar, si llega esta situación, es la hora de imitar al Padre de la parábola, que sin forzar la libertad del hijo, sale a su encuentro, disponible para ayudarle apenas dé una señal de querer corregirse[20] Es el momento de acudir más al Cielo, diciendo quizá: Dios mío, ahora te toca a ti. «Los padres deben ser pacientes. Muchas veces no hay otra cosa que hacer más que esperar; rezar y esperar con paciencia, dulzura, magnanimidad y misericordia»[21]

Wenceslao Vial

---

[1] Dickens, Charles *La batalla de la vida,* en *Obras Completas,* Aguilar, Madrid 1948, vol. I, p. 1135.
[2] Francisco, *Homilía*, 27-X-2013.
[3] San Josemaría, *Camino*, n. 294.
[4] *Gal* 6, 2.
[5] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 174.
[6] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 28.
[7] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 78.
[8] Cfr. *Mt* 18, 21-22.
[9] Francisco, *Audiencia*, 13-V-2015.
[10] Francisco, *Laudato si'* n. 147; cfr. *Audiencia general*, 13-V-15.
[11] Francisco, *Laudato si'*, n. 213.
[12] Cfr. *Camino*, n. 463.
[13] *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 100.
[14] Francisco, *Audiencia*, 7-I-2015.
[15] San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, n. 41.
[16] *Prv* 18,19.
[17] Francisco, *Audiencia*, 7-I-2015.
[18] San Josemaría, *Forja*, n. 861.
[19] *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer,* n. 88.
[20] Cfr. *Lc* 15,20.
[21] Francisco, *Audiencia*, 4-II-2015.

Carta del prelado sobre la Amistad (1-XI-2019)

Carta pastoral de Mons. Fernando Ocáriz sobre la amistad. “Sin descuidar las tareas que tengamos entre manos, hemos de aprender a cuidar siempre a nuestros amigos”.

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. En la primera carta larga que os escribí, recogiendo las conclusiones del Congreso General, decía que “las circunstancias actuales de la evangelización hacen aún más necesario, si cabe, dar prioridad al trato personal, a este aspecto relacional que está en el centro del modo de hacer apostolado que san Josemaría encontró en los relatos evangélicos” [1].

En muchos encuentros que he tenido con personas de distintos países, han surgido espontáneas consideraciones y preguntas sobre la amistad. San Josemaría nos recordaba continuamente la importancia humana y cristiana de esta realidad. Son, además, muchos los testimonios de cómo personalmente cultivó muy numerosas amistades, que conservó durante toda su vida. Como sabemos bien, nos insistía en que el principal apostolado en la Obra es el de amistad y confidencia. En esta carta, querría recordar algunos aspectos de la enseñanza de nuestro Padre sobre este tema.

Amistad de Jesucristo

2. Jesucristo, hombre perfecto, vivió plenamente el valor humano de la amistad. En el Evangelio vemos cómo, desde muy joven, tenía un trato amistoso con las personas que lo rodeaban: ya a los doce años, volviendo de Jerusalén, María y José dieron por supuesto que Jesús caminaba junto a algún grupo de amigos o familiares (cfr. *Lc* 2,44). Después, durante su vida pública, son numerosos los momentos en los que contemplamos a Nuestro Señor en casas de amigos y conocidos, ya sea de visita o compartiendo la mesa: en casa de Pedro (cfr. *Lc* 4,38), en casa de Leví (cfr. *Lc* 5,29), de Simón (cfr. *Lc* 7,36), de Jairo (cfr. *Lc* 8,41), de Zaqueo (cfr. *Lc* 19,5), etc. También lo vemos asistir a una boda en Caná (cfr. *Jn* 2,1) y a los lugares de culto junto a los demás (cfr. *Jn* 8,2). En otras ocasiones, dedica tiempo exclusivamente a sus discípulos (cfr. *Mc* 3,7).
Cualquier circunstancia sirve a Jesús para entablar una relación de amistad: tantas veces lo vemos detenerse con cada uno. Pocos minutos de conversación bastaron para que la mujer samaritana se sintiera conocida y comprendida. Y precisamente por eso preguntó: *¿No será este el Cristo?* (*Jn* 4,29). Los discípulos de Emaús, después de caminar y sentarse a la mesa con Jesús, reconocieron la presencia de aquel Amigo que hacía arder sus corazones con su palabra (cfr. *Lc* 24,32).

Con frecuencia, el Señor dedica más tiempo a sus amigos. Es el caso de los hermanos de Betania. Allí, en largas jornadas de intimidad, “Jesús sabe de delicadezas, de decir la palabra que anima, de corresponder a la amistad con la amistad: ¡qué conversaciones las de la casa de Betania, con Lázaro, con Marta, con María!” [2] En aquel hogar aprendemos también que la amistad de Cristo genera una profunda confianza (cfr. *Jn* 11,21) y está llena de empatía; en particular, de capacidad de acompañar en el sufrimiento (cfr. *Jn* 11,35).
Pero cuando el Señor muestra con mayor hondura el deseo de ofrecernos su amistad es durante la última Cena. En la intimidad del Cenáculo, Jesús dice a los apóstoles: *A vosotros os he llamado amigos* (*Jn* 15,15). Y en ellos nos lo ha dicho a todos. Dios nos quiere no solo como criaturas, sino como hijos a los que, en Cristo, ofrece verdadera

amistad. Y a esta amistad correspondemos uniendo nuestra voluntad a la suya; haciendo lo que el Señor quiere (cfr. *Jn* 15,14).

"*Idem velle, idem nolle,* querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es algo extraño que los mandamientos imponen desde fuera, sino que es nuestra propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de lo más íntimo de cada uno. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73,23-28)" [3].

3. Sabernos en verdadera amistad con Jesucristo nos llena de seguridad, porque Él es fiel. "La amistad con Jesús es inquebrantable. Él nunca se va, aunque a veces parece que hace silencio. Cuando lo necesitamos se deja encontrar por nosotros (cfr. *Jr* 29,14) y está a nuestro lado por donde vayamos (cfr. *Jos* 1,9). Porque Él jamás rompe una alianza. A nosotros nos pide que no lo abandonemos: *Permanezcan unidos a mí* (*Jn* 15,4). Pero si nos alejamos, *Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo* (*2 Tm* 2,13)" [4].
Corresponder a esta amistad de Jesús es amarle, con un amor que es el alma de la vida cristiana, y que tiende a manifestarse en todo lo que hacemos. "Necesitamos una rica vida interior, signo cierto de amistad con Dios y condición imprescindible para cualquier labor de almas" [5]. Todo apostolado, todo trabajo por las almas surge de esta amistad con Dios, que es la fuente del verdadero amor cristiano a los demás. "Viviendo en amistad con Dios –la primera que hemos de cultivar y acrecentar–, sabréis lograr muchos y verdaderos amigos (cfr. *Eclo* 6,17). La labor que ha hecho y hace continuamente el Señor con nosotros, para mantenernos en esa amistad suya, es la misma labor que quiere hacer con otras muchas almas, sirviéndose de nosotros como instrumento" [6].

Valor humano y cristiano de la amistad

4. La amistad es una realidad humana de gran riqueza: una forma de amor recíproco entre dos personas, que se edifica sobre el mutuo conocimiento y la comunicación [7]. Es un tipo de amor que se da "en dos direcciones y que desea todo bien para la otra persona, amor que produce unión y felicidad" [8]. Por eso la Sagrada Escritura afirma que *un amigo fiel no tiene precio, es de incalculable valor* (*Eclo* 6,15).
La caridad eleva sobrenaturalmente la capacidad humana de amar y, por tanto, también la amistad: "La amistad es uno de los sentimientos humanos más nobles y elevados que la gracia divina purifica y transfigura" [9]. Este sentimiento puede nacer en ocasiones de modo espontáneo pero, en todo caso, necesita crecer mediante el trato y la consiguiente dedicación de tiempo. "La amistad no es una relación fugaz o pasajera, sino estable, firme, fiel, que madura con el paso del tiempo. Es una relación de afecto que nos hace sentir unidos, y al mismo tiempo es un amor generoso, que nos lleva a buscar el bien del amigo" [10].
5. Dios muchas veces se sirve de una amistad auténtica para llevar a cabo su obra salvadora. El Antiguo Testamento recoge la amistad entre David, todavía joven, y Jonatán, príncipe heredero de Israel. Este no dudó en compartir con su amigo todo lo que tenía (cfr. 1 *Sam* 18,4) y, en momentos difíciles, recordó a su padre, Saúl, todas las cosas buenas del joven David (cfr. 1 *Sam* 19,4). Jonatán también llegó a arriesgar su herencia al trono por defender a su amigo, pues le tenía tanto afecto como a sí mismo (1 *Sam* 20,17). Esa sincera amistad impulsaba a los dos a mantener su fidelidad a Dios (cfr. 1 *Sam* 20,8.42).

Particularmente elocuente es el ejemplo de los primeros cristianos. Nuestro Padre hacía notar cómo "se amaban entre sí, dulce y fuertemente, desde el Corazón de Cristo" [11]. El amor mutuo es, desde el comienzo de la Iglesia, el signo distintivo de los discípulos de Jesucristo (cfr. *Jn* 13,35).

Otro ejemplo de los primeros siglos del cristianismo lo encontramos en san Basilio y san Gregorio Nacianceno. La amistad que trabaron en su juventud los mantuvo unidos a lo largo de toda su vida, y aún hoy comparten la fiesta en el calendario litúrgico general. San Gregorio cuenta que "una sola tarea y afán había para ambos, y era la virtud, así como vivir para las esperanzas futuras" [12]. Su amistad no solo no los distraía de Dios, sino que los llevaba más a Él: "Tratábamos de dirigir nuestra vida y todas nuestras acciones, dóciles a la dirección del mandato divino, acuciándonos mutuamente en el empeño por la virtud" [13].

6. "En un cristiano, en un hijo de Dios, amistad y caridad forman una sola cosa: luz divina que da calor" [14]. Incluso se puede decir, con palabras de san Agustín dirigidas al Señor, que entre cristianos "no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes Tú unes entre sí por medio de la caridad" [15]. Por otra parte, como la caridad puede ser más o menos intensa y, además, el tiempo a disposición es limitado, la amistad es también una realidad que puede ser más o menos profunda. Así, es habitual hablar de ser muy amigos o de una gran amistad, aunque eso no excluye la existencia de verdaderas amistades no tan grandes o íntimas.

Al inicio del nuevo milenio, san Juan Pablo II señalaba que todas las iniciativas apostólicas que surgieran en el futuro serían "medios sin alma" si no pusieran su centro en querer sinceramente a todas las personas, en "compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle[s] una verdadera y profunda amistad" [16]. Nuestras casas, destinadas a servir para una gran catequesis, deben ser lugares en los que muchas personas encuentren un amor sincero y aprendan a ser amigas de verdad.

7. La amistad cristiana no excluye a nadie, ha de estar intencionalmente abierta a toda persona, con corazón grande. Los fariseos criticaron a Jesucristo, como si ser amigo de publicanos y pecadores (*Mt* 11,19) fuera algo malo. Nosotros, procurando –dentro de nuestra poquedad– imitar al Señor, tampoco "excluimos a nadie, no apartamos a ningún alma de nuestro amor en Jesucristo. Por eso habréis de cultivar una amistad firme, leal, sincera –es decir, cristiana– con todos vuestros compañeros de profesión: más aún, con todos los hombres, cualesquiera que sean sus circunstancias personales" [17].
Cristo estaba completamente metido en el tejido social de su lugar y de su tiempo, dándonos también ejemplo en eso. Como escribió san Josemaría: "No limita el Señor su diálogo a un grupo pequeño, restringido: habla con todos. Con las santas mujeres, con muchedumbres enteras; con representantes de las clases altas de Israel como Nicodemo, y con publicanos como Zaqueo; con personas tenidas por piadosas, y con pecadores como la samaritana; con enfermos y con sanos; con los pobres, a quienes amaba de todo corazón; con doctores de la ley y con paganos, cuya fe alaba por encima de la de Israel; con ancianos y con niños. A nadie niega Jesús su palabra, y es una palabra que sana, que consuela, que ilumina. ¡Cuántas veces he meditado y he hecho meditar ese modo del apostolado de Cristo, humano y divino al mismo tiempo, basado en la amistad y en la confidencia!" [18]

Manifestaciones de la amistad

8. La amistad es especialmente valiosa para ejercitar esa manifestación necesaria de la caridad que es la comprensión: "La amistad verdadera supone también un esfuerzo cordial

por comprender las convicciones de nuestros amigos, aunque no lleguemos a compartirlas, ni a aceptarlas" [19]. De este modo, nuestros amigos nos ayudan a comprender maneras de ver la vida que son diferentes a la nuestra, enriquecen nuestro mundo interior y, cuando la amistad es profunda, nos permiten experimentar las cosas en un modo distinto al propio. Se trata, en fin, de un auténtico *sentir* en los demás, es decir, participar de lo que viven, de lo que les pasa.

Querer a los demás supone reconocerlos y afirmarlos tal como son, con sus problemas, sus defectos, su historia personal, su entorno y sus tiempos para acercarse a Jesús. Por eso, para construir una verdadera amistad, es preciso que desarrollemos la capacidad de mirar con afecto a las demás personas, hasta verlas con los ojos de Cristo. Necesitamos limpiar nuestra mirada de cualquier prejuicio, aprender a descubrir lo bueno en cada persona y renunciar al deseo de hacerlas a nuestra imagen. Para que un amigo reciba nuestro cariño no necesita cumplir con ciertas condiciones. Como cristianos, vemos cada persona, ante todo, como criatura amada por Dios. Cada persona es única, y es igualmente única cada relación de amistad.

San Agustín señalaba que, "a pesar de que a todos se debe la misma caridad, no a todos se ha de ofrecer la misma medicina: la misma caridad da a unos luz y con otros sufre (...), con unos se muestra tierna y con otros severa, de nadie es enemiga y de todos es madre" [20]. Ser amigos significa aprender a tratar a cada persona como lo hace el Señor: "Al crear las almas, Dios no se repite. Cada uno es como es, y hay que tratar a cada uno según lo ha hecho Dios y según lo lleva Dios" [21]. Como se trata de descubrir y de querer el bien del otro, la amistad supone también sufrir con los amigos y por los amigos. En los momentos difíciles, es de gran ayuda renovar la fe en que Dios actúa a su manera y a su ritmo en el alma de las personas.

9. La amistad tiene, además, un inestimable valor social, pues contribuye a la armonía entre los miembros de las familias y a la creación de ambientes sociales más dignos de la persona humana. "Por vocación divina –nos escribe nuestro Padre– vivís en medio del mundo, compartiendo con los demás hombres –iguales a vosotros– alegrías y sinsabores, esfuerzos e ilusiones, afanes y aventuras. En vuestro recorrer los innumerables caminos de la tierra os habréis esforzado, porque a eso nos mueve nuestro espíritu, en convivir con todos, en relacionaros con todos, para contribuir a crear un ambiente de paz y de amistad" [22].

Este ambiente de amistad, que cada uno está llamado a llevar consigo, es fruto de la suma de muchos esfuerzos por hacer la vida agradable a los demás. Ganar en afabilidad, alegría, paciencia, optimismo, delicadeza, y en todas las virtudes que hacen amable la convivencia es importante para que las personas puedan sentirse acogidas y ser felices: *Palabras dulces ganan muchos amigos, y el bien hablar multiplica las cortesías* (*Eclo* 6,5). La lucha por mejorar el propio carácter es condición necesaria para que surjan más fácilmente relaciones de amistad.

En cambio, ciertas maneras de expresarse pueden enturbiar o dificultar la creación de un ambiente de amistad. Por ejemplo, ser demasiado categórico al expresar la propia opinión, dar la apariencia de que pensamos que los propios planteamientos son los definitivos, o no interesarse activamente por lo que dicen los demás, son modos de actuar que encierran en uno mismo. En ocasiones, estos comportamientos manifiestan una incapacidad para distinguir lo opinable de lo que no lo es, o la dificultad para relativizar temas en los que las soluciones no son necesariamente únicas.

10. La preocupación cristiana por los demás nace precisamente de nuestra unión con Cristo y de nuestra identificación con la misión a la que Él nos ha llamado: "Somos para

la muchedumbre: no estamos nunca encerrados, vivimos de cara a la multitud y tenemos metidas en el alma aquellas palabras de Jesucristo Nuestro Señor: me da compasión esta multitud, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer (*Mc* 8,2)" [23].

Fortalecer los vínculos con los amigos conlleva tiempo, atención, y a menudo supone huir de la comodidad o prescindir de las propias preferencias. Para un cristiano, significa en primer lugar oración, con la seguridad de que ahí se encuentra la auténtica energía capaz de transformar el mundo: "Para que este mundo nuestro vaya por un cauce cristiano –el único que merece la pena–, hemos de vivir una leal amistad con los hombres, basada en una previa leal amistad con Dios" [24].

Sinceridad y amistad

11. "El amigo verdadero no puede tener, para su amigo, dos caras: la amistad, si ha de ser leal y sincera –vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis (*St* 1,8); el hombre falso, de ánimo doble, es inconstante en todo–, exige renuncias, rectitud, intercambio de favores, de servicios nobles y lícitos. El amigo es fuerte y sincero en la medida en que, de acuerdo con la prudencia sobrenatural, piensa generosamente en los demás, con personal sacrificio" [25]. La amistad es mutua: es una comunicación sincera, en las dos direcciones; se transmite la propia experiencia para aprender unos de otros.

Los amigos comparten las alegrías, como el pastor que encontró la oveja perdida (cfr. *Lc* 15,6), y como la mujer que encontró la dracma que había extraviado (cfr. *Lc* 15,9). Además, se comparten las ilusiones y proyectos, y también las penas. La amistad se manifiesta especialmente en la disposición a ayudar, como vemos en aquel hombre que acudió a Jesús para pedirle la salud de un siervo de su amigo el Centurión (cfr. *Lc* 7,6). Y, sobre todo, la amistad más grande tiende a imitar la grandeza del amor de amistad de Jesucristo: *Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos* (*Jn* 15,13).

12. Puede suceder algunas veces que, por cierta reserva o timidez, uno no logre manifestar a los demás todo el cariño que querría. Superar este obstáculo, perder ese miedo, puede ser una gran oportunidad para que Dios derrame su amor sobre los amigos: "La verdadera amistad comporta cariño mutuo, que es la verdadera protección de la libertad y de la intimidad recíprocas" [26]. En este sentido, santo Tomás señala que la amistad auténtica tiene que manifestarse exteriormente: requiere "la reciprocidad de amor, ya que el amigo es amigo para el amigo" [27].

Al mismo tiempo, ofrecer nuestra amistad de manera auténtica presupone la capacidad de arriesgar, pues cabe la posibilidad de no ser correspondido. En la vida del Señor se pone de manifiesto esta experiencia cuando el joven rico prefiere tomar otro camino (cfr. *Mc* 10,22) o cuando, bajando desde el monte de los Olivos, llora sobre Jerusalén al pensar en quienes tienen endurecido su corazón (cfr. *Lc* 19,41). Ante estas experiencias –que aparecen tarde o temprano–, hay que superar el miedo a volver a arriesgarse, de la misma manera que lo hace también Jesucristo con cada uno de nosotros. Es decir, es preciso aceptar esa vulnerabilidad, dar continuamente ese primer paso sin esperar nada a cambio, con la vista puesta en el gran bien que podrá nacer así: una amistad auténtica.

13. Para que se dé un ambiente propicio en el que puedan crecer amistades fecundas, hace falta también favorecer la espontaneidad personal, además de promover la iniciativa de cada uno en la vida familiar y social. Estas dos características –espontaneidad e iniciativa– no se generan por inercia en cualquier ambiente; más bien es preciso impulsarlas, animar a las personas a mostrarse tal como son. Esto da lugar, lógicamente,

a un pluralismo que "debe ser querido y fomentado, aunque quizá a alguno la diversidad a veces se le pueda hacer costosa. Quien ama la libertad logra ver lo que tiene de positivo y amable lo que otros piensan" [28]. Valorar a quien es distinto o piensa de modo diverso es una actitud que denota libertad interior y apertura de miras: dos aspectos de una amistad auténtica.

Por otro lado, la amistad –como el amor, del que es una expresión– no es una realidad unívoca. No con todos los amigos se da una igual comunicación de la propia intimidad. Por ejemplo, no son idénticas la amistad entre esposos, la amistad entre padres e hijos –tan aconsejada por san Josemaría–, la amistad entre hermanos o la amistad entre colegas. En todas ellas habrá un espacio interior compartido que es propio de cada relación. Respetar esa diversidad en la manifestación de la intimidad no es falta de sinceridad o de profundidad en la amistad, sino todo lo contrario: generalmente es condición para preservar la verdadera naturaleza de esa relación.

Amistad y fraternidad

14. El beato Álvaro del Portillo escribió que "filiación y amistad son dos realidades inseparables para los que aman a Dios" [29]. Análogamente, entre fraternidad y amistad se da una íntima relación. La fraternidad, de simple relación fundamentada en la común filiación, se hace amistad por el cariño entre hermanos, con lo que comporta de interés mutuo, comprensión, comunicación, servicio atento y delicado, ayuda material, etc.

En ese sentido, también la fraternidad radicada en la común vocación a la Obra pide expresarse en una amistad, que alcanza su madurez cuando el bien que se desea para el otro es su felicidad, su fidelidad y su santidad. Al mismo tiempo, esta amistad no es "particular" en el sentido de exclusiva o excluyente, sino que está siempre abierta a los demás, aunque las limitaciones de espacio y tiempo no permitan una igual intensidad de comunicación y trato con todos.

"Con una caridad exquisita –que es característica de la Obra de Dios– nos ayudamos unos a otros a vivir y a querer la propia santidad y la santidad de los demás; y nos sentimos fuertes, con aquella fortaleza de los naipes que –solos– no se pueden sostener, pero que, apoyándose mutuamente, forman castillos que se mantienen en pie" [30]. Así, el amor que nos une entre nosotros es el mismo amor que mantiene la Obra unida.

15. La amistad es un apoyo y un estímulo constante para la misión que se comparte. Con nuestros hermanos compartimos también nuestras alegrías y proyectos, nuestras preocupaciones e ilusiones, aunque, lógicamente, hay aspectos de la propia vida de relación con Dios que, al menos de ordinario, se reservan a la dirección espiritual. Lo mismo sucede en la amistad entre los esposos, entre padres e hijos y, en general, entre buenos amigos.

El esfuerzo por hacer la vida agradable a los demás es un empeño gustoso, que forma parte de la vida diaria. En este campo, obrando con sentido común y sentido sobrenatural, difícilmente existirán excesos. Al contrario, se trata de un componente fundamental del camino a la santidad. "No me importa repetirlo muchas veces. Cariño, lo necesitan todas las personas, y lo necesitamos también en la Obra. Esforzaos para que, sin sensiblerías, aumente siempre el afecto hacia vuestros hermanos. Cualquier cosa de otro hijo mío debe ser —¡de verdad!— muy nuestra" [31]. Cariño es lo que recuerdan especialmente quienes convivieron con nuestro Padre. Un cariño que le llevaba a procurar lo mejor para cada hija y cada hijo suyo, y que al mismo tiempo le empujaba a amar profundamente su libertad.

16. El cariño entre hermanos, que es caridad, lleva, por una parte, a ver a los demás con los ojos de Cristo, descubriendo siempre de nuevo su valor. Y, por otra, empuja a quererles mejores, más santos. San Josemaría nos animaba: "Tened siempre el corazón muy grande, para amar a Dios y para amar a los demás. Yo le pido muchas veces al Señor que me dé un corazón a su medida; en primer lugar, para llenarme más de Él, y luego para querer a todas las criaturas, sin murmurar jamás, sabiendo comprender y disculpar los defectos de los otros, porque no puedo olvidar cuánto me aguantó Dios a mí. Esa comprensión, que es verdadero cariño, se manifiesta también en la corrección fraterna, cuando sea necesaria, porque es un medio completamente sobrenatural de ayudar a los que nos rodean" [32]. La corrección fraterna nace del cariño; manifiesta que queremos que los demás sean cada vez más felices. A veces, puede costar hacerla y también por eso la agradecemos.

17. La felicidad personal no depende de los éxitos que conseguimos sino del amor que recibimos y del amor que damos. El amor de nuestros hermanos y hermanas nos da la seguridad que necesitamos para seguir "combatiendo una hermosísima guerra de amor y de paz: *in hoc pulcherrimo caritatis bello!* Tratamos de llevar a todos los hombres la caridad de Cristo, sin excepción de lenguas, ni de naciones, ni de circunstancias sociales**"** [33]. Sabemos cuánto le gustaba a nuestro Padre esta frase de la Escritura: *Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma* (Vg. *Pr* 18,19); el hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad amurallada.
Durante las últimas tertulias que compartió con nosotros, don Javier nos repetía con frecuencia: "¡Que os queráis!". Se trataba de una llamada que, como siempre, era un eco de las intenciones de nuestro Padre: "¡Con cuánta insistencia el Apóstol San Juan predicaba el *mandatum novum! –¡Que os améis los unos a los otros!* –Me pondría de rodillas, sin hacer comedia –me lo grita el corazón–, para pediros por amor de Dios que os queráis, que os ayudéis, que os deis la mano, que os sepáis perdonar. Por lo tanto, a rechazar la soberbia, a ser compasivos, a tener caridad; a prestaros mutuamente el auxilio de la oración y de la amistad sincera" [34].

Apostolado de amistad y confidencia

18. Desde los primeros años del Opus Dei, san Josemaría enseñó el modo concreto en que Dios nos invita a anunciar el Evangelio en medio del mundo: "Habéis de acercar las almas a Dios con la palabra conveniente, que despierta horizontes de apostolado; con el consejo discreto, que ayuda a enfocar cristianamente un problema; con la conversación amable, que enseña a vivir la caridad: mediante un apostolado que he llamado alguna vez de amistad y de confidencia" [35].
La amistad verdadera –como la caridad, que eleva sobrenaturalmente su dimensión humana– es en sí misma un valor: no es medio o instrumento para conseguir ventajas en la vida social, aunque pueda tenerlas (como también puede acarrear desventajas). Nuestro Padre, al mismo tiempo que nos anima a cultivar la amistad con muchas personas, nos advierte: "Obraréis así, hijas e hijos míos, no ciertamente para usar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor intrínseco que tiene; sino como una exigencia –la primera, la más inmediata– de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros" [36].

La amistad tiene un valor intrínseco, porque denota una preocupación sincera por la otra persona. Así, "la amistad misma es apostolado; la amistad misma es un diálogo, en el que damos y recibimos luz; en el que surgen proyectos, en un mutuo abrirse horizontes; en el que nos alegramos por lo bueno y nos apoyamos en lo difícil; en el que lo pasamos bien, porque Dios nos quiere contentos"[37].

Cuando una amistad es así, leal y sincera, no cabe instrumentalizarla: sencillamente un amigo desea transmitir al otro el bien que experimenta en su vida. Habitualmente lo haremos sin darnos cuenta, mediante el ejemplo, la alegría y un deseo de servir que se expresa en mil pequeños gestos. Sin embargo, "el valor del testimonio no significa que se deba callar la palabra. ¿Por qué no hablar de Jesús, por qué no contarles a los demás que Él nos da fuerzas para vivir, que es bueno conversar con Él, que nos hace bien meditar sus palabras?" [38]. La amistad desemboca así, naturalmente, en la confidencia personal, llena de delicadeza y respeto a la libertad, consecuencia precisamente de la autenticidad de esa amistad.

19. Naturalmente, la relación de amistad lleva a compartir muchos momentos: conversar dando un paseo o en torno a una mesa, practicar un deporte, disfrutar una común afición cultural, ir de excursión, etc. En resumen, la amistad requiere dedicar tiempo para el trato y la confidencia; sin confidencia no hay amistad. "Cuando te hablo de 'apostolado de amistad', me refiero a amistad 'personal', sacrificada, sincera: de tú a tú, de corazón a corazón" [39]. Cuando una amistad es verdadera, cuando la preocupación por la otra persona es sincera y llena nuestra oración, no existen tiempos compartidos que no sean apostólicos: todo es amistad y todo es apostolado, indistintamente.

"De ahí la enorme importancia, no sólo humana sino divina, de la amistad. Os lo repito una vez más, como lo vengo haciendo desde el comienzo de nuestra Obra: sed amigos de vuestros amigos, amigos sinceros, y realizaréis así un apostolado y un diálogo fecundos" [40]. No se trata de tener amigos para hacer apostolado, sino de que el Amor de Dios informe nuestras relaciones de amistad para que sean un auténtico apostolado.
20. Que nazca una amistad tiene mucho de don inesperado, por lo que requiere también paciencia. A veces, ciertas malas experiencias o prejuicios pueden hacer que la relación personal con alguien que tenemos cerca tarde un tiempo en llegar a convertirse en amistad. Igualmente pueden hacerlo difícil el temor, los respetos humanos o una actitud de prevención. Es bueno tratar de ponerse en el lugar de los demás y tener paciencia. Hemos de ser como Jesucristo, que "está dispuesto a hablar con todos, incluso con quien no quiere conocer la verdad, como Pilatos" [41].

Muchos son los modos rectos de evangelizar; en la Obra, el apostolado principal es siempre el de amistad. Así nos lo enseñó nuestro Padre: "Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo" [42]. Sin descuidar las tareas que tengamos entre manos, hemos de aprender a cuidar siempre a nuestros amigos.

21. Además, a menudo nuestro trato de amistad se complementará con el apostolado corporativo que se hace en nuestros centros y labores apostólicas: "Esa amistad, esa relación con uno de vosotros se amplía después, de una parte, con el afecto, con la simpatía y por la frecuencia con que acude esa persona a la casa del Opus Dei, a la que comenzó a ir y se le enseñó que debía considerar como propia, como casa suya; todo esto, claro está, se une después a una amistad con los que conoce y trata en aquel hogar nuestro" [43].

22. Dentro de este apostolado de amistad, se encuadra también el apostolado ad fidem con personas que no comparten nuestra fe: "Hijas e hijos míos: fe, fe recia, fe viva, fe que opere con caridad**,** *veritatem facientes in caritate* (cfr. *Ef* 4, 15). Conservad este espíritu en vuestro trato con los hermanos separados y con los no cristianos. Con todos amor, con todos caridad, con todos amistad. A ninguno, de los que han acudido a nuestras obras

corporativas, se le ha molestado jamás por sus convicciones religiosas; a ninguno se le habla de nuestra fe, si él no lo quiere” [44].

* * *

23. A lo largo de estas páginas he querido recordaros cómo necesitamos todos de la amistad, este don de Dios que nos transmite consuelo y alegría. “Dios ha hecho al hombre de tal manera que no puede dejar de compartir con otros los sentimientos de su corazón: si ha recibido una alegría, nota en él una fuerza que le lleva a cantar y a sonreír, a hacer –del modo que sea– que otros participen de su felicidad; si es el dolor lo que invade su alma, aspira también a que haya a su alrededor un ambiente de silencio, que le recuerde que los demás le comprenden y le respetan. Necesita el hombre, necesitamos todos, hijas e hijos míos, apoyarnos los unos en los otros, para recorrer así el camino de la vida, convertir en realidad nuestras ilusiones, superar las dificultades, gozar del producto de nuestros afanes. De ahí la enorme importancia, no sólo humana sino divina, de la amistad” [45].

Los primeros jóvenes que se acercaron a la Obra, en los años treinta, encontraron en torno a nuestro Padre un auténtico ambiente de amistad. Eso fue lo primero que los atrajo y los mantuvo unidos en momentos muy difíciles. La amistad multiplica las alegrías y ofrece consuelo en las penas; la amistad del cristiano desea la felicidad más grande –la relación con Jesucristo– para quienes tiene cerca. Pidamos, como hacía san Josemaría: *¡Danos, Jesús, un corazón a la medida del tuyo!* [46] Ese es el camino. Solo identificándonos con los sentimientos de Cristo –tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (*Fil* 2,5)– podremos llevar esa alegría plena a nuestra casa, a nuestro trabajo y a todos los lugares en los que nos encontremos, a través de nuestra amistad.

Con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Elogio de la caridad

Se recogen algunos párrafos de un sermón de san Agustín sobre las excelencias de la virtud de la caridad, según la doctrina del apóstol san Pablo.

PADRES DE LA IGLESIA1 de febrero de 2018

San Agustín, *Sermo 350, 2-3.*

El amor por el que amamos a Dios y al prójimo, resume en sí toda la grandeza y profundidad de los demás preceptos divinos. He aquí lo que nos enseña el único Maestro celestial: "amarás al Señor tu Dios, con todo todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas"[1]. Por consiguiente, si te falta tiempo para estudiar página por página todas las de la Escritura, o para quitar todos los velos que cubren sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, practica la caridad, que lo comprende todo. Así poseerás lo que has aprendido y lo que no has alcanzado a descifrar. En efecto, si tienes la caridad, sabes ya un principio que en sí contiene aquello que quizá no entiendes. En los pasajes de la Escritura abiertos a tu inteligencia la caridad se manifiesta, y en los ocultos la caridad se esconde. Si pones en práctica esta virtud en tus costumbres, posees todos los divinos oráculos, los entiendas o no.

PERSEGUID LA CARIDAD (...); SIN ELLA, EL MÁS RICO ES POBRE, Y CON ELLA EL POBRE ES RICO

Por tanto, hermanos, perseguid la caridad, dulce y saludable vínculo de los corazones; sin ella, el más rico es pobre, y con ella el pobre es rico. La caridad es la que nos da paciencia en las aflicciones, moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las obras buenas; ella nos ofrece un asilo seguro en las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderos hermanos y presta paciencia para sufrir a los traidores.

Ofreció la caridad agradables sacrificios en la persona de Abel; dio a Noé un refugio seguro durante el diluvio; fue la fiel compañera de Abraham en todos sus viajes; inspiró a Moisés suave dulzura en medio de las injurias y gran mansedumbre a David en sus tribulaciones. Amortiguó las llamas devoradoras de los tres jóvenes hebreos en el horno y dio valor a los Macabeos en las torturas del fuego.

La caridad fue casta en el matrimonio de Susana, casta con Ana en su viudez y casta con María en su virginidad. Fue causa de santa libertad en Pablo para corregir y de humildad en Pedro para obedecer; humana en los cristianos para arrepentirse de sus culpas, divina en Cristo para perdonárselas. Pero ¿qué elogio puedo hacer yo de la caridad, después de haberlo hecho el mismo Señor, enseñándonos por boca de su Apóstol que es la más excelente de todas las virtudes? Mostrándonos un camino de sublime perfección, dice: "aunque yo hablara las lenguas de los hombres y los de ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y aunque tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tuviera tal fe ~e trasladara los montes, si no tengo caridad, nada soy. Y aunque distribuyera todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, de nada me aprovecha".

"La caridad es paciente; es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su interés, no se irrita, no piensa mal, no se goza con el mal, se alegra con la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, lo soporta todo. La caridad nunca fenece"[2].

¡Cuántos tesoros encierra la caridad! Es el alma de la Escritura, la virtud de las profecías, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los moribundos. ¿Se puede imaginar mayor magnanimidad que la de morir por los impíos, o mayor generosidad que la de amar a los enemigos?

La caridad es la única que no se entristece por la felicidad ajena, porque no es envidiosa. Es la única que no se ensoberbece en la prosperidad, porque no es vanidosa. Es la única que no sufre el remordimiento de la mala conciencia, porque no obra irreflexivamente. La caridad permanece tranquila en los insultos; en medio del odio hace el bien; en la cólera tiene calma; en los artificios de los enemigos es inocente y sencilla; gime en las injusticias y se expansiona con la verdad.

Imagina, si puedes, una cosa con más fortaleza que la caridad, no para vengar injurias, sino más bien para restañarlas. Imagina una cosa más fiel, no por vanidad, sino por motivos sobrenaturales, que miran a la vida eterna. Porque todo lo que sufre en la vida presente es porque cree con firmeza en lo que está revelado de la vida futura: si tolera los males, es porque espera los bienes que Dios promete en el cielo; por eso la caridad no se acaba nunca.

Busca, pues, la caridad, y meditando santamente en ella, procura producir frutos de santidad. Y todo cuanto encuentres de más excelente en ella y que yo no haya notado, que se manifieste en tus costumbres.

---

[1] *Matth*. XXII, 37-40.

[2] I *Co*. XIII, 1-8.

ITINERARIOS PARA CULTIVAR UNA VIDA ESPIRITUAL
CENTRADA EN JESUCRISTO
PARA MÍ,
VIVIR ES CRISTO
RODOLFO VALDÉS (COORD.)

ÍNDICE

— Presentación

— En la alegre esperanza de Cristo
Lucas Buch

— Caminos de contemplación
Juan Francisco Pozo-Rodolfo Valdés

— Formación integral y afectividad
Julio Diéguez

— La razón más sobrenatural
José Ignacio Murillo

— La gratitud nos mueve a la lucha
Justin Gillespie

— Amados, llamados, enviados. Sentido de misión (I)
Lucas Buch

— Apóstoles en medio del mundo. Sentido de misión (II)
Lucas Buch

— Agradar a Dios
Diego Zalbidea

— Compartir…

RODOLFO VALDÉS (COORD.)

PARA MÍ, VIVIR ES CRISTO

ITINERARIOS PARA CULTIVAR UNA VIDA ESPIRITUAL
CENTRADA EN JESUCRISTO

© Copyright 2018 - Oficina de Información del Opus Dei - *www.opusdei.org*

Presentación

¿En qué consiste ser cristiano? Hay muchos modos de responder a esta pregunta. Tal vez uno de los más sintéticos sea el que se repite en las cartas de san Pablo: ser cristiano es vivir *en Cristo*, vivir nuestra vida con Él, vivir su vida en la nuestra. En Él nos eligió Dios «antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos» (*Ef* 1,4); en Él somos bautizados para tomar parte en su muerte y su resurrección (cfr. *Rm* 6,1-14); en Él llegamos a ser una «nueva criatura» (*2 Co* 5,17).

La vida en Cristo nos lleva a superar los límites de una existencia encerrada en uno mismo. Nos abre al horizonte de la comunión con Dios y con la gente que nos rodea, dejando atrás la insatisfacción que traen los afanes exclusivamente mundanos. Nos otorga una nueva esperanza, que actúa en nuestra vida diaria y, al mismo tiempo, se proyecta más allá de la muerte: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que ya vivamos ya muramos, somos del Señor» (*Rm* 14,7-8). La vida en Cristo es un don que recibimos de modo particular al participar de los sacramentos, y que se traduce en una existencia guiada por el Espíritu Santo, marcada por el Amor (cfr. *Rm* 8).

La centralidad de la Persona de Jesucristo debe ser, entonces, el punto de partida y el hilo conductor de toda nuestra existencia. En una de sus primeras cartas pastorales, el prelado del Opus Dei, Mons. Fernando Ocáriz, ha recordado este principio básico de la vida cristiana, y ha indicado algunas de sus numerosas consecuencias:

Poner a Jesús en el centro de nuestra vida significa adentrarse más en la oración contemplativa en medio del mundo, y ayudar a los demás a ir por «caminos de contemplación»; redescubrir con luces nuevas el valor antropológico y cristiano de los diferentes medios ascéticos; llegar a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad, corazón, relaciones con los demás; fomentar la libertad interior, que lleva a hacer las cosas por amor; ayudar a pensar, para que cada uno descubra lo que Dios le pide y asuma sus decisiones con plena responsabilidad personal;

alimentar la confianza en la gracia de Dios, para salir al paso del voluntarismo y del sentimentalismo; exponer el ideal de la vida cristiana sin confundirlo con el perfeccionismo, enseñando a convivir con la debilidad propia y la de los demás; asumir, con todas sus consecuencias, una actitud cotidiana de abandono esperanzado, basada en la filiación divina.

Así se fortalece el sentido de misión de nuestra vocación, con una entrega plena y alegre: porque estamos llamados a contribuir, con iniciativa y espontaneidad, a mejorar el mundo y la cultura de nuestro tiempo, de modo que se abran a los planes de Dios para la humanidad: *cogitationes cordis eius*, los proyectos de su corazón, que se mantienen de generación en generación (*Sal* 33, 11)[1].

Los párrafos siguientes de la misma carta añaden otros aspectos que se derivan de la centralidad de Jesucristo en nuestra vida, como la necesidad de tener el corazón desprendido de los bienes materiales, de modo que seamos verdaderamente «libres para amar», y el amor a la Iglesia, que «nos moverá a procurar recursos para el desarrollo de las labores apostólicas, y a promover en todos una gran ilusión profesional»[2]. También se considera el sentido de misión de quien se sabe llamado por un «Dios que es amor y que pone en nosotros el amor para amarle y amar a los demás»[3]. Porque, para compartir el don que hemos recibido, el mundo parece pequeño, y el tiempo, demasiado poco.

La oración contemplativa en el mundo, que Mons. Ocáriz enuncia como primera de las consecuencias de esta centralidad de Cristo en la vida de los creyentes, encontró un primer desarrollo en una serie de artículos publicados en la web del Opus Dei y recogidos más tarde en el libro *Nuevos Mediterráneos*. A lo largo de los últimos meses, también al hilo de estas palabras del prelado del Opus Dei, distintos autores han escrito otros artículos que profundizan en los demás aspectos. Estos textos, publicados también en la web del Opus Dei, se ofrecen ahora en este libro, para facilitar su lectura y apreciar su conexión temática. Comenzando por la centralidad de la Persona de Jesús como fuente de una alegría llena de esperanza, se tratan después: la vida de oración en medio del mundo, desde una perspectiva más sintética; la formación cristiana como un proceso que alcanza a la persona en todas sus dimensiones; la libertad interior de los hijos de Dios; la lucha espiritual

como una respuesta agradecida al don que Dios nos hace en Cristo; el sentido de misión característico de quienes han acogido una llamada divina, y la conciencia del amor incondicional del Señor como fundamento de nuestro esfuerzo por agradarle.

Ciertamente, quedan muchos temas por tratar, e incluso los que aquí se abordan podrían ser objeto de mayor profundización. No hemos querido, sin embargo, intentar agotar un argumento que, en sí mismo, es inabarcable. En cambio, tenemos la ilusión de que los textos aquí recogidos sean una invitación para que los lectores deseen adentrarse cada vez más en el misterio de un Dios que nos sale al encuentro, de modo que todos podamos decir con san Pablo: «para mí, el vivir es Cristo» (*Flp* 1,21).

Rodolfo Valdés (ed.)

Volver al índice

Notas

1 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

2 *Ibidem*.

3 *Ibidem*, n. 9.

En la alegre esperanza de Cristo

Lucas Buch

¿Qué hace valiosa la vida? ¿Qué hace valiosa *mi* vida? En el mundo actual, la respuesta a esta pregunta gira a menudo alrededor de dos polos: el éxito que uno es capaz de alcanzar, y la opinión que los demás tienen de él. No se trata, desde luego, de cuestiones banales: la opinión ajena tiene consecuencias en la vida familiar, social, profesional; y el éxito es la expectativa lógica de lo que emprendemos. Nadie se pone a hacer algo con el objetivo de fracasar. Sin embargo, de hecho, a veces en la vida hay pequeñas o no tan pequeñas derrotas, o sucede que los demás se forjan una opinión de nosotros en la que quizá no nos reconocemos.

La experiencia del fracaso, del desprestigio, o la conciencia de la propia incapacidad —ya no solo en el mundo laboral, sino incluso en el empeño por vivir una vida cristiana— pueden llevarle a uno al desánimo, al desaliento y, en último término, a la desesperanza. En la actualidad es más fuerte que en otras épocas la presión por tener éxito a distintos niveles, por *ser alguien*, o al menos por poderse decir que uno es alguien. Y, en realidad, más que en lo que uno es —hijo, madre, hermano, abuela—, los focos están puestos en lo que uno es capaz de *hacer*. Por eso se es hoy más vulnerable a los distintos tipos de derrotas que suele traer consigo la vida: reveses que antes se resolvían o se sobrellevaban con entereza, hoy causan con frecuencia una tristeza o frustración de fondo, desde edades muy tempranas. En un mundo con tantas expectativas y desengaños ¿es posible aún vivir, como proponía san Pablo, «alegres en la esperanza» (*Rm* 12,12)?

En su carta de febrero de 2017, el prelado del Opus Dei dirige la mirada hacia la única respuesta verdaderamente lúcida a esta pregunta; una respuesta que se alza con un sí decidido: «haz, Señor, que desde la fe en tu Amor vivamos cada día con un amor siempre nuevo, en una alegre esperanza»[1]. Aunque a veces la desesperanza pueda parecer menos ingenua, lo es solo al coste de cerrar los ojos al Amor de Dios y su

permanente cercanía. Lo recordaba el papa Francisco en una de sus catequesis sobre la esperanza: «La esperanza cristiana es sólida. Por eso no decepciona (…). No está fundada sobre lo que nosotros podemos hacer o ser, y tampoco sobre lo que nosotros podemos creer. Su fundamento, es decir el fundamento de la esperanza cristiana, es lo más fiel y seguro que existe: el amor que Dios mismo nos tiene a cada uno de nosotros. Es fácil decir: Dios nos ama. Todos lo decimos. Pero (…) cada uno de nosotros ¿es capaz de decir: estoy seguro de que Dios me ama? No es tan fácil decirlo. Pero es verdad»[2].

La gran esperanza

En su predicación y en sus conversaciones, san Josemaría ponía muchas veces la mirada en la vida de los primeros cristianos. La fe era para ellos, antes que una doctrina que había que aceptar o un modelo de vida que realizar, el *regalo* de una vida nueva: el don del Espíritu Santo, que había sido derramado en sus almas tras la resurrección de Cristo. Para los primeros cristianos, la fe en Dios era objeto de experiencia, y no solo de adhesión intelectual: Dios era Alguien realmente presente en su corazón. San Pablo escribía a los fieles de Éfeso, refiriéndose a su vida antes de conocer el Evangelio: «vivíais entonces sin Cristo, erais ajenos a la ciudadanía de Israel, extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (*Ef* 2,11-12). Con la fe, en cambio, habían recibido la esperanza, una esperanza que «no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm* 5,5).

A la vuelta de veinte siglos, Dios no deja de llamarnos a esta «gran esperanza», que relativiza todas las demás esperanzas y decepciones. «Nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar»[3].

Es bueno considerar si nos hemos *acostumbrado* a la realidad de un Dios que salva —un Dios que viene a llenarnos de esperanza—, hasta el

punto de no percibir a veces en ella mucho más que una idea, sin fuerza real sobre nuestra vida. La Cruz, que parecía un gran fracaso a los ojos de quienes esperaban en Jesús, se convirtió con la Resurrección en el triunfo más decisivo de la historia. Decisivo, porque no se trata de un éxito limitado a Jesús: con él vencemos todos. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» en el Resucitado (*1 Jn* 5,4). Los discípulos de Emaús miraban al pasado con nostalgia. «Nosotros esperábamos», decían (*Lc* 24,21): no sabían que Jesús caminaba con ellos, que les abría un futuro apasionante, a prueba de cualquier otro desengaño. «Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia. ¡Vive!: *Jesus Christus heri et hodie: ipse et in sæcula!* (...) ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!»[4].

Dejarnos tocar por el Amor de Dios

San Pablo describía así la raíz de la vida cristiana: «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal* 2,19-20). Para el Apóstol, el cristianismo consiste en primer lugar en que Cristo ha muerto por nosotros, ha resucitado y, desde el Cielo, ha enviado a nuestros corazones su Espíritu Santo, que nos transforma y nos abre los ojos a una vida nueva. «Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente "vida". Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza»[5]. Como a la samaritana, María Magdalena, Nicodemo, Dimas, los discípulos de Emaús, Jesús nos da un modo nuevo de mirar: de mirarnos a nosotros mismos, a los demás, a Dios. Y solo desde esta nueva mirada que nos da, cobran sentido el esfuerzo por mejorar y la lucha por imitarle: tomados por sí mismos, serían «empeño vano» (*Qo* 2,11).

Al morir en la Cruz «por nosotros los hombres y por nuestra salvación»[6], Cristo nos liberó de una vida de relación con Dios centrada en preceptos y límites negativos, y nos liberó para una vida hecha de Amor: «os habéis revestido del hombre nuevo, que se renueva para lograr un conocimiento pleno según la imagen de su creador» (*Col* 3,10). Se trata, pues, de *conocer* el Amor de Dios y de *dejarse tocar* por Él, para retomar —desde esa experiencia— el camino de la santidad. Encontrar a Dios y dejarnos transformar por Él es lo esencial. El

Prelado del Opus Dei lo ha recordado, poco después de su elección: «¿Cuáles son las prioridades que el Señor nos presenta en este momento histórico del mundo, de la Iglesia y de la Obra? La respuesta es clara: en primer lugar, cuidar con delicadeza de enamorados nuestra unión con Dios, partiendo de la contemplación de Jesucristo, rostro de la Misericordia del Padre. El programa de san Josemaría será siempre válido: "Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo"»[7]. La unión con Dios nos permite vivir la Vida que Él nos ofrece. Buscar el rostro de Cristo, y dejarnos mirar por Él es un camino espléndido para ahondar en esa vida de Amor.

Dejarnos mirar por Cristo

Jesucristo es el *rostro* de la Misericordia de Dios, porque en Él Dios nos habla con un lenguaje a nuestra medida: un lenguaje de escala humana que viene al encuentro de la sed de un amor fuera de toda escala que Él mismo ha puesto en cada uno de nosotros. «Y tú (...) ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo? Como nos enseña san Pablo, "la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores" (*Rm* 5,8). Pero ¿entendemos de verdad la fuerza de estas palabras?»[8].

Para descubrir el rostro de Jesús es necesario recorrer el camino de la adoración y de la contemplación: «¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!»[9]. Se trata, como decía el Papa en otra ocasión, de «mirar a Dios, pero sobre todo [de] sentirse mirado por Él»[10]. Parece sencillo: *dejarse mirar*, simplemente *ser* en la presencia de Dios... pero lo cierto es que nos cuesta terriblemente en un mundo hiperactivo y saturado de estímulos como el nuestro. Por eso es necesario pedir a Dios el don de entrar en su silencio y de dejarse mirar por Él: convencerse, en definitiva, de que *estar* en su presencia es ya una oración maravillosa y tremendamente eficaz, aun cuando no saquemos de ella ningún propósito inmediato. La contemplación del rostro de Cristo tiene en sí misma un poder

transformador que no podemos medir con nuestros criterios humanos. «Pongo ante mí al Señor sin cesar; con Él a mi derecha, no vacilo. Por eso se alegra mi corazón, se goza mi alma, hasta mi carne descansa en la esperanza» (*Sal* 16, 8-9).

El rostro de Jesús es también el rostro del Crucificado. Al constatar nuestra debilidad, podríamos pensar, con un rasero exclusivamente humano, que le hemos decepcionado: que no podemos dirigirnos a Él, como si no hubiera sucedido nada. Sin embargo, esos reparos dibujan solo una caricatura del Amor de Dios. «Hay una falsa ascética que presenta al Señor en la Cruz rabioso, rebelde. Un cuerpo retorcido que parece amenazar a los hombres: me habéis quebrantado, pero yo arrojaré sobre vosotros mis clavos, mi cruz y mis espinas. Esos no conocen el espíritu de Cristo. Sufrió todo lo que pudo —¡y por ser Dios, podía tanto!—; pero amaba más de lo que padecía... Y después de muerto, consintió que una lanza abriera otra llaga, para que tú y yo encontrásemos refugio junto a su Corazón amabilísimo»[11].

¡Qué bien comprendía san Josemaría el Amor que irradia el rostro de Jesús! Desde la Cruz, nos mira y nos dice: «Te conozco perfectamente. Antes de morir he podido ver todas tus debilidades y bajezas, todas tus caídas y traiciones... y conociéndote tan bien, tal como eres, he juzgado que *vale la pena dar la vida por ti*». La de Cristo es una mirada amorosa, *afirmativa*, que ve el bien que hay en nosotros —el bien que *somos*— y que Él mismo nos concedió al llamarnos a la vida. Un *bien* digno de Amor; más aún, digno del Amor más grande (cfr. *Jn* 3,16; 15,13).

Caminar con Cristo dejando huella en el mundo

La mirada de Jesús nos ayudará a reaccionar con esperanza ante las caídas, los resbalones, la mediocridad. Y no es simplemente que seamos buenos tal como somos, sino que Dios cuenta con cada uno de nosotros para transformar el mundo y llenarlo de su Amor. También esa llamada está contenida en la mirada amorosa de Cristo. «Me dirás, Padre, pero yo soy muy limitado, soy pecador, ¿qué puedo hacer? Cuando el Señor nos llama no piensa en lo que somos, en lo que éramos, en lo que hemos hecho o de dejado de hacer. Al contrario: Él, en ese momento que nos llama, *está mirando todo lo que podríamos dar, todo el amor*

que somos capaces de contagiar. Su apuesta siempre es al futuro, al mañana. *Jesús te proyecta al horizonte*, nunca al museo»[12].

La de Cristo es la mirada del Amor, que *afirma* siempre a quien tiene delante y exclama: «¡Es bueno que existas!, ¡qué maravilla tenerte aquí!»[13]. Al mismo tiempo, conociéndonos perfectamente, *cuenta con nosotros*. Descubrir esta doble *afirmación* de Dios es el mejor modo de recobrar la esperanza y de sentirnos de nuevo atraídos camino arriba, hacia el Amor, y lanzados después al mundo entero. Esa es, a fin de cuentas, nuestra seguridad más firme: Cristo ha muerto por mí, porque creía que valía la pena hacerlo; Cristo, que me conoce, confía en mí. Por eso exclamaba el Apóstol: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?» (*Rm* 8,31-32).

De esa seguridad nacerá nuestro deseo de retomar el camino, de lanzarnos al mundo entero para dejar en él la huella de Cristo. Sabemos que muchas veces tropezaremos, que no siempre lograremos realizar lo que nos propongamos... pero que, en definitiva, no es eso lo que cuenta. Importa, en cambio, seguir adelante, con la mirada puesta en Cristo: «*expectantes beatam spem*», despiertos y atentos a su alegre esperanza[14]. Él es quien nos salva y cuenta con nosotros para llenar el mundo de paz y de alegría. «Dios nos ha creado para estar de pie. Hay una canción hermosa que cantan los alpinos cuando suben a la montaña. La canción dice así: "En el arte de subir, lo importante no es no caer, sino no permanecer caído"»[15]. De pie. Alegres. Seguros. En camino. Con la misión de encender «todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo» que llevamos en el corazón[16].

Volver al índice

Notas

1 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 33.

2 Francisco, Audiencia general, 15-II-2017.

3 Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi* (30-XI-2007), n. 31.

4 San Josemaría, *Camino*, n. 584.

[5] Benedicto XVI, *Spe salvi,* n. 27.

[6] *Misal Romano*, Símbolo niceno-constantinopolitano.

[7] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 30 (cfr. *Camino*, n. 382).

[8] Francisco, Mensaje, 15-VIII-2015.

[9] Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium* (26-XI-2013), n. 264.

[10] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio*, Ediciones B, Barcelona 2013, p. 54.

[11] San Josemaría, *Via Crucis*, estación XII, n. 3.

[12] Francisco, Vigilia de oración, 30-VII-2016.

[13] Cfr. J. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2012, 435-444.

[14] *Misal Romano*, Rito de la Comunión.

[15] Francisco, Homilía, 24-IV-2016.

[16] *Camino*, n. 1.

Caminos de contemplación

Juan Francisco Pozo - Rodolfo Valdés

Una de las actitudes que los Evangelios resaltan más de Jesús mientras cumple su misión es la frecuencia con la que acude a la oración. El ritmo de su ministerio está, en cierto sentido, marcado por los momentos en que se dirige al Padre: se recoge en oración antes de su Bautismo (cfr. *Lc* 3,21), la noche previa a la elección de los Doce (cfr. *Lc* 6,12), en el monte antes de la Transfiguración (cfr. *Lc* 9,28), en el Huerto de los Olivos mientras se prepara para afrontar la Pasión (cfr. *Lc* 22,41-44). El Señor dedicaba mucho tiempo a la oración: al anochecer, o la noche entera, o muy de madrugada, o en medio de jornadas de intensa predicación; en realidad oraba constantemente, y recordó repetidamente a los discípulos «la necesidad de orar siempre y no desfallecer» (*Lc* 18,1).

¿Por qué ese ejemplo y esa insistencia? ¿Por qué es necesaria la oración? En realidad, responde a los deseos más íntimos del hombre, que ha sido creado para entrar en diálogo con Dios y contemplarle. Pero la oración es, sobre todo, un don de Dios, un regalo que Él nos ofrece: «El Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, el caminar del hombre es siempre una respuesta»[1].

Para imitar a Cristo y participar de su Vida, es imprescindible ser almas de oración. A través de la contemplación del Misterio de Dios, revelado en Jesucristo, nuestra vida se va transformando en la suya. Se hace realidad aquello que san Pablo comentaba a los corintios: «Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor» (*1 Co* 3,18). Todos los cristianos estamos llamados a reflejar en nuestro rostro la faz de Cristo: en esto consiste ser apóstoles, en ser mensajeros del amor de Dios, que se experimenta en primera persona

durante los ratos de oración. Se entiende, por tanto, la actualidad de la invitación que nos dirigía el Prelado del Opus Dei a «adentrarse más en la oración contemplativa en medio del mundo, y ayudar a los demás a ir por "caminos de contemplación"»[2].

Acoger el don de Dios

El apóstol crece al ritmo de la oración. «La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez»[3]. Por eso, es fundamental desarrollar «un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás»[4].

Los Evangelios nos presentan a distintos personajes cuya vida cambió al encontrar a Cristo. Se convirtieron en portadores de su mensaje de salvación. Uno de ellos es la mujer samaritana que, como relata san Juan, fue simplemente a buscar agua al pozo junto al que Jesús estaba sentado, descansando. Es Él quien comienza el diálogo: «Dame de beber» (Jn 4,10). A primera vista, la samaritana no se muestra muy dispuesta a continuar la conversación: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (*Jn* 4,9). Pero el Señor le hace ver que, en realidad, Él es esa agua que ella busca: «Si conocieras el don de Dios… (…), el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4,10.14).

Una vez traspasado el corazón de la samaritana, le revela con claridad y sencillez que conoce su pasado, pero lo hace con tal amor que ella no se siente desanimada ni rechazada. Todo lo contrario: Jesús la invita a participar de un universo nuevo, le hace entrar en un mundo que vive con esperanza, pues ha llegado el momento de la reconciliación, el momento en que se abren las puertas de la oración para todos los hombres: «Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. (…) Llega la hora, y es esta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (*Jn* 4,21.23).

En el diálogo con Jesús, la samaritana descubre la verdad sobre Dios y sobre su propia vida. Acoge el don de Dios y se convierte radicalmente. Por eso, la Iglesia ha visto en este pasaje evangélico una de las imágenes más sugerentes sobre la oración: «Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él»[5]. Así pues, la oración es una manifestación de la iniciativa de Dios, que sale en búsqueda del hombre y espera su respuesta para transformarlo en su amigo. En ocasiones, puede parece que somos nosotros quienes tomamos la iniciativa de dedicar un tiempo a Dios, pero, en realidad, esto es ya una respuesta a su llamada. La oración se vive como un llamamiento recíproco: Dios me busca y me espera, y yo necesito de Dios y le busco.

Tiempo para Dios

La historia de la samaritana se repite en muchas almas: Jesús pide un poco de atención, intenta suscitar un diálogo dentro del corazón, en un momento que quizá parece inoportuno. ¡Da la impresión de que esos minutos diarios son demasiados, que no hay espacio en una agenda tan apretada! Sin embargo, dedicar tiempo al Señor no es una tarea entre otras, una carga más en un horario muchas veces exigente. Es, más bien, un *regalo* infinitamente valioso, una perla preciosa o un tesoro escondido en la normalidad de la vida ordinaria, que necesitamos cuidar con delicadeza.

La elección del momento de la oración depende de una voluntad que quiere dejarse conquistar por el Amor: no se hace oración cuando se tiene tiempo, sino que se toma el tiempo para hacer oración. Cuando uno supedita la oración a los huecos que aparezcan en su horario, posiblemente no conseguirá hacerla con regularidad. Al mismo tiempo, la elección del momento revela los secretos del corazón, pues manifiesta el lugar que ocupa el amor a Dios en la jerarquía de nuestros intereses diarios[6]. «Se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes; una vez más, es el momento de la verdad del corazón y de clarificar preferencias»[7]. El Señor es lo primero. Por este motivo, es muy conveniente determinar el horario adecuado para la oración, quizá aconsejándose en la dirección espiritual, para adaptar ese plan a las circunstancias personales.

Por otra parte, no hay que perder de vista que orar es siempre posible: el tiempo del cristiano es el de Cristo resucitado, que está con nosotros todos los días (cfr. *Mt* 28,20). San Josemaría hizo muchos ratos de oración en el coche, durante los viajes que realizaba por motivos apostólicos; en el tranvía, o caminando por las calles de Madrid, cuando no tenía otra posibilidad. Quienes están llamados a santificarse en medio de la vida ordinaria pueden encontrarse en situaciones parecidas: un padre o una madre de familia, algunas veces quizá no tendrán otra opción que orar al Señor mientras atienden a los hijos pequeños: será muy grato a Dios. En todo caso, nos ayudará a elegir el tiempo y el lugar más oportunos no perder de vista que el Señor nos espera, y tiene preparadas las gracias que necesitamos para ofrecérnoslas en la oración.

El combate de la oración

Considerar que la oración es un arte implica reconocer que siempre se puede crecer en ella, dejando actuar cada vez más a la gracia de Dios. En este sentido, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, la oración es también *combate*[8]. Es lucha, en primer lugar, contra nosotros mismos. Las distracciones invaden la mente cuando intentamos crear el silencio interior. Al mismo tiempo, podemos utilizarlas a nuestro favor, pues nos descubren aquello a lo que el corazón está apegado, y pueden convertirse en una luz para pedir ayuda a Dios[9].

Por otra parte, el mundo actual está marcado por la multiplicación de las posibilidades tecnológicas, que facilitan la comunicación en muchos sentidos, pero que también aumentan las ocasiones de distracción. Sin duda nos encontramos ante un nuevo reto para el crecimiento de la vida contemplativa: aprender a vivir el silencio interior, mientras estamos rodeados de mucho ruido exterior. En muchos ámbitos se percibe la primacía de la gestión sobre la reflexión o el estudio; nos hemos habituado a trabajar en *multi-tasking*, prestando atención simultánea a muchas tareas, lo que fácilmente puede llevar a vivir en el inmediatismo de la acción-reacción. Sin embargo, ante este panorama, se han revalorizado algunas actitudes como la atención o la concentración, que se presentan como un modo de proteger la capacidad de detenerse y profundizar en lo que realmente vale la pena.

En todo caso, el silencio interior se presenta como una condición necesaria para la vida contemplativa. Nos libera del apego a lo inmediato, a lo fácil, a lo que distrae pero no llena, de modo que nos podamos centrar en nuestro verdadero bien: Jesucristo, que nos sale al encuentro en la oración. El recogimiento implica un movimiento que va, de la dispersión en muchas actividades, hacia la interioridad. Ahí es más sencillo encontrar a Dios y reconocer su presencia en lo que Él hace cotidianamente en nuestras vidas —detalles de la vida ordinaria, luces recibidas, actitudes de otras personas—, y así poder manifestarle nuestra adoración, arrepentimiento, petición, etc. Por eso, el recogimiento es fundamental para un alma contemplativa en medio del mundo: «La verdadera oración, la que absorbe a todo el individuo, no la favorece tanto la soledad del desierto, como el recogimiento interior»[10].

A la búsqueda de luces nuevas

Al ser también búsqueda del hombre, la oración implica el deseo de no conformarse con un modo rutinario de dirigirse al Señor. Si todas las relaciones duraderas implican el afán continuo de renovar el amor, la relación con Dios que se fragua especialmente en los momentos dedicados exclusivamente a Él, también debería caracterizarse por este deseo.

«En tu vida, si te lo propones, todo puede ser objeto de ofrecimiento al Señor, ocasión de coloquio con tu Padre del Cielo, que siempre guarda y concede luces nuevas»[11]. Ciertamente, Dios concede esas luces contando con la búsqueda apasionada de sus hijos, con la disposición de escuchar con sencillez la palabra que nos dirige, dejando de lado la idea de que ya no hay nada nuevo por descubrir. En esto es un ejemplo la actitud de la samaritana junto al pozo: aunque su vida de fe estaba fría, guardaba dentro de su corazón el deseo de la llegada del Mesías.

Esta aspiración se traducirá en volver a llevar los sucesos diarios al diálogo con el Señor, pero sin pretender conseguir una solución inmediata y a nuestra medida. Es más importante pensar qué quiere el Señor. Tantas veces, lo único que espera es que nos pongamos con sencillez frente a Él, y que hagamos una memoria agradecida de todo aquello que el Espíritu Santo está obrando silenciosamente en nosotros. Otras veces nos llevará a tomar los Evangelios y contemplar con calma

alguna escena, participando en ella «como un personaje más»[12], para dejarse interpelar por Cristo. Alimentar la oración es también partir, en nuestro diálogo con el Señor, de los textos que la Iglesia pone en nuestros labios en la liturgia que hemos celebrado ese día. Las fuentes de la oración son inagotables: si sabemos acudir a ellas con ilusión nueva, el Espíritu Santo hará el resto.

Cuando no se encuentran las palabras

En algunas ocasiones ocurrirá que, a pesar del esfuerzo, no consigamos entablar un diálogo con Dios. Cómo consuela, entonces, recordar aquella indicación del Señor: «Al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que piensan que por su locuacidad van a ser escuchados» (*Mt* 6,7). Es el momento de volver a confiar en la acción del Espíritu Santo en el alma, que «acude en ayuda de nuestra flaqueza: porque no sabemos lo que debemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» (*Rm* 8,26).

Al hilo de las palabras de san Pablo a los romanos, Benedicto XVI describía cuál es la actitud de abandono que impregna la oración: «Queremos orar, pero Dios está lejos, no tenemos las palabras, el lenguaje, para hablar con Dios, ni siquiera el pensamiento. Solo podemos abrirnos, poner nuestro tiempo a disposición de Dios, esperar que él nos ayude a entrar en el verdadero diálogo. El Apóstol dice: precisamente esta falta de palabras, esta ausencia de palabras, incluso este deseo de entrar en contacto con Dios, es oración que el Espíritu Santo no solo comprende, sino que lleva, interpreta ante Dios. Precisamente esta debilidad nuestra se transforma, a través del Espíritu Santo, en verdadera oración, en verdadero contacto con Dios»[13].

No hay motivos, por tanto, para desanimarse si sentimos la dificultad de mantener un diálogo con el Señor. Cuando el corazón parece que está a disgusto con las realidades espirituales, el tiempo de meditación se hace largo, el pensamiento divaga en otras cosas, o la voluntad se resiste y el corazón está seco, quizá nos sirvan las siguientes consideraciones:

«La oración —recuérdalo— no consiste en hacer discursos bonitos, frases grandilocuentes o que consuelen…

Oración es a veces una mirada a una imagen del Señor o de su Madre; otras, una petición, con palabras; otras, el ofrecimiento de las buenas obras, de los resultados de la fidelidad…

Como el soldado que está de guardia, así hemos de estar nosotros a la puerta de Dios Nuestro Señor: y eso es oración. O como se echa el perrillo, a los pies de su amo.

—No te importe decírselo: Señor, aquí me tienes como un perro fiel; o mejor, como un borriquillo, que no dará coces a quien le quiere»[14].

La fuente que cambia el mundo

La vida de oración nos abre las puertas al trato con Dios, relativiza los problemas a los que a veces damos una importancia desmesurada, nos recuerda que estamos siempre en manos de nuestro Padre del Cielo. Sin embargo, no nos aísla del mundo, ni es una escapatoria para los problemas diarios. La verdadera oración es *significativa*, es decir, incide en nuestra vida, la ilumina, y nos abre a nuestro entorno con una perspectiva sobrenatural. «Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios»[15].

En la oración, el Señor no quiere apagar únicamente nuestra sed, sino que desea que esa experiencia nos lleve a compartir con muchas otras personas la alegría del trato con Él. Es lo que sucedió en el corazón de la samaritana: después del encuentro con Jesús, se apresuró a darlo a conocer a la gente de su entorno: «Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que atestiguaba: "Me ha dicho todo lo que he hecho"» (*Jn* 4,39). Señal de la oración auténtica es el deseo de compartir la experiencia de Cristo con los demás, porque «¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer?»[16].

Santa María es Maestra de oración. Ella, que supo guardar las cosas de su Hijo, meditándolas en su corazón (cfr. *Lc* 2,51), acompañó a los discípulos de Jesús en la oración (cfr. *Hch* 1,14), mostrándoles el camino para recibir con plenitud el don del Espíritu Santo, que los haría lanzarse a la aventura divina de la evangelización.

Volver al índice

Notas

1 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2567.

2 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8 (cfr. san Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 67).

3 Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 264.

4 *Ibidem*.

5 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2560. Cfr. san Agustín, *De diversis quaestionibus octoginta tribus*, 64, 4.

6 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2710.

7 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2732.

8 Cfr. *Ibidem*, nn. 2725 y ss.

9 Cfr. *Ibidem*, n. 2729.

10 San Josemaría, *Surco*, n. 460.

11 San Josemaría, *Forja*, n. 743.

12 San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 222.

13 Benedicto XVI, Audiencia general, 16-V-2012.

14 *Forja*, n. 73.

15 San Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6-I-2001), n. 33.

16 Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 264.

Formación integral y afectividad

Julio Diéguez

Jesucristo es, sin duda, el amor de nuestra vida. No *el mayor entre otros*, sino *aquel que da sentido a todos los demás amores* y a los intereses, ilusiones, ambiciones, trabajos, iniciativas que llenan nuestros días y nuestro corazón. De aquí que sea fundamental mantener en nuestra vida espiritual *la centralidad de la persona de Jesucristo*[1]: Él es el camino para entrar en comunión con el Padre en el Espíritu Santo. En Él, se devela el misterio de *quién es el hombre*[2], a qué está llamado. Caminar con Cristo implica crecer en conocimiento propio, ahondar también en el propio misterio personal. Por eso, dejar que Jesús sea el centro de nuestra vida lleva, entre otras cosas, a «redescubrir con luces nuevas el valor antropológico y cristiano de los diferentes medios ascéticos; llegar a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad, corazón, relaciones con los demás»[3].

Esa persona *a la que hay que llegar* somos nosotros mismos, son todos aquellos a los que alcanzamos con nuestra amistad, con nuestro apostolado. La formación que recibimos e impartimos ha de alcanzar a la inteligencia, a la voluntad y a los afectos, sin que ninguno de estos elementos quede descuidado o simplemente *sometido* a los otros. En estas páginas nos centraremos sobre todo en la formación de la afectividad, dando por supuesta la enorme relevancia de que se apoye en una buena formación intelectual. Considerar la importancia de la formación integral nos permitirá *redescubrir* la gran verdad que encierra la identificación que san Josemaría establecía entre fidelidad y felicidad[4].

Formarse para entrar en sintonía con Cristo

Algunas personas tienden a considerar la formación como un *saber*. Así, tendría buena formación quien a lo largo de su vida ha recibido buenos contenidos doctrinales, ascéticos, profesionales, etc. Sin

embargo, llegar a la integridad de la persona requiere pensar en la formación, más bien, como un *ser*. Un buen profesional *conoce* la ciencia y la técnica que requiere su profesión, pero tiene algo más. Ha desarrollado hábitos —modos de ser— que le disponen a aplicar bien esa ciencia y esa técnica que posee: hábitos de atención a los demás, de concentración en el trabajo, de puntualidad, de digerir éxitos y fracasos, de perseverancia, etc.

Del mismo modo, ser un buen cristiano no consiste simplemente en conocer —al nivel adecuado a la propia situación en la Iglesia y en la sociedad— la doctrina sobre los sacramentos, o sobre la oración, o sobre las normas morales generales y profesionales. Se trata de un objetivo mucho más alto: sumergirse en el misterio de Cristo para conocer su anchura, su profundidad (cfr. *Ef* 3,18), dejar que su Vida entre en la nuestra, y poder repetir con san Pablo que «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (*Gal* 2,20). Es decir, consiste en ser *alter Christus, ipse Christus*[5], otro Cristo, el mismo Cristo, dejar que la gracia nos vaya transformando progresivamente para configurarnos con Él. Ese dejar actuar a la gracia no es algo meramente pasivo; no consiste solo en evitar poner obstáculos, ya que el Espíritu Santo no nos transforma en Cristo sin nuestra cooperación libre, voluntaria. Pero tampoco esto último basta: entregarnos al Señor, darle nuestra vida, no es solamente darle nuestras decisiones, nuestros actos; es también darle nuestro corazón, nuestros afectos, incluso nuestra espontaneidad. Para eso es imprescindible una buena formación intelectual y doctrinal que configure la cabeza, que incida en nuestras decisiones, pero es también necesario que esa doctrina cale y llegue a nuestro corazón. Y esto requiere lucha… y requiere tiempo. Dicho de otro modo, es necesario adquirir virtudes, y precisamente en eso consiste la formación.

No es raro encontrarse con personas que temen que la insistencia en las virtudes acabe conduciendo al *voluntarismo*. Nada más lejos de la realidad. Quizá, en la raíz de esta confusión se encuentre una visión errada de la virtud. Esta se considera un simple suplemento de fuerza en la voluntad, que hace a quien la posee capaz de cumplir la norma moral, incluso cuando se opone a la propia inclinación. Se trata de una idea bastante difundida y, efectivamente, de origen voluntarista. La virtud consistiría entonces en la capacidad de ir contra la corriente de las propias inclinaciones cuando la norma moral así lo requiere. Naturalmente, hay algo de verdad en esto. Sin embargo, se trata de una

visión incompleta, que transforma las virtudes en cualidades frías, que llevarían a la negación práctica de las propias inclinaciones, intereses y afectos y que, sin querer, acabarían convirtiendo la *indiferencia* en un ideal. Como si la vida interior y la entrega a Dios consistieran en llegar a no sentirse atraído por nada que pudiera obstaculizar las propias decisiones futuras.

Plantear la formación de este modo impediría llegar a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad y afectos no estarían creciendo juntos, llevándose de la mano, ayudándose mutuamente, sino que alguna de esas facultades estaría aplastando a alguna de las otras. El desarrollo de la vida interior, en cambio, requiere esa integración y, desde luego, no lleva a empequeñecerse, a perder intereses y afectos; no tiene como objetivo que no nos afecten las cosas, que no nos *importe lo importante*, que no nos *duela lo doloroso*, que no nos *preocupe lo preocupante* o que no nos *atraiga lo atractivo*. Al contrario, conduce a expandir el corazón, a llenarlo de un amor grande, desde el que mira a todos esos sentimientos y consigue, por eso, verlos en un contexto más amplio que da recursos para afrontar aquellos que plantean una dificultad, y ayuda a captar el sentido positivo y trascendente de los que resultan agradables.

El Evangelio nos muestra el interés sincero del Señor por el descanso de los suyos: «Venid vosotros solos a un lugar apartado y descansad un poco» (*Mc* 6,31), o también la reacción de su corazón ante el sufrimiento de sus amigos, como Marta y María (cfr. *Jn* 11,1-44). No podemos imaginar que en esos momentos Jesucristo estuviera *actuando*, como si, en el fondo, por su unión con su Padre, lo que sucedía a su alrededor le resultara indiferente. San Josemaría hablaba de amar al mundo y de hacerlo *apasionadamente*[6], impulsaba a poner el corazón en Dios y, por Él, en los demás, en el trabajo que nos ocupa, en la labor apostólica, porque «el Señor no nos quiere secos, tiesos, como una materia inerte»[7]. La disponibilidad, por ejemplo, no es la disposición de aquel a quien le da igual una cosa que otra, porque ha conseguido perder todo interés, quizá para evitar sufrir cuando se le pida algo que le contraría; sino la disposición grandiosa de quien sabe prescindir en un momento de algo bueno y atractivo para concentrarse en otra cosa en la que Dios le espera, porque vivir para Dios es lo que profundamente desea. Se trata de alguien, en definitiva, con un corazón grande, con intereses, con ambiciones buenas, que sabe superar cuando

conviene, no porque las niegue o porque intente que no le afecten, sino porque su interés en amar y servir a Dios es mucho más grande aún. Y no solo es que sea más grande: es que se ha ido convirtiendo en lo que da sentido y contiene en sí todos los otros intereses.

Gozar con la práctica de las virtudes

La formación de las virtudes requiere lucha, vencer la propia inclinación cuando se opone a los actos buenos. Esta es la parte de verdad que contiene el concepto reductivo —voluntarista— de virtud, al que nos referíamos antes. Pero la virtud no consiste en esa capacidad de oponerse a la inclinación, sino más bien en la formación de la inclinación. El objetivo no es, pues, ser capaces de dejar habitualmente a un lado la afectividad para poder guiarse por una regla externa, sino más bien formar la afectividad de modo que seamos capaces de gozar en el bien que realizamos. La virtud consiste precisamente en ese gozo en el bien, en la formación —digámoslo así— del *buen gusto*: «[Dichoso el hombre] que se complace en la Ley del Señor, y noche y día medita su Ley» (*Sal* 1,2). En definitiva, la virtud es la formación de la afectividad, y no el hábito de oponerse sistemáticamente a ella.

Mientras la virtud no está formada, la afectividad puede plantear una resistencia al acto bueno, que habrá que vencer. Con todo, el objetivo no es simplemente conseguir vencerla, sino más bien desarrollar el gusto por ese comportamiento. Cuando se posee la virtud, el acto bueno puede seguir costando, pero se hace con alegría. Pongamos algún ejemplo. Levantarnos puntualmente por la mañana —«el minuto heroico»[8]— es algo que probablemente nos costará siempre: quizá no llegue el día en que al sonar el despertador no nos apetezca permanecer un rato más en la cama. Sin embargo, si nos esforzamos habitualmente en vencer la pereza por amor a Dios, llega el momento en que hacerlo nos alegra, mientras que ceder a la comodidad nos desagrada, nos deja un mal sabor de boca. Paralelamente, a una persona justa, llevarse un producto del supermercado sin pagar no solo le resulta *prohibido*, sino también feo, desagradable, discordante con sus disposiciones, con su corazón. Esta configuración de la afectividad, que genera la alegría ante el bien y el disgusto ante el mal, no es una consecuencia colateral de la virtud, sino un componente esencial de ella. Por eso la virtud nos hace capaces de disfrutar del bien.

No es esta una idea meramente teórica. Al contrario, tiene una gran incidencia práctica saber que cuando luchamos no estamos *acostumbrándonos a fastidiarnos*, sino aprendiendo a disfrutar del bien, aunque de momento eso exija ir contra corriente. De este modo, la formación de las virtudes hace que las facultades y los afectos aprendan a centrarse en lo que verdaderamente puede satisfacer las aspiraciones más profundas, y otorguen lugares secundarios —siempre subordinados a los principales— a lo que simplemente está en el orden de los medios. En última instancia, formarse en las virtudes es aprender a ser feliz, a gozar *de* y *con* lo grandioso; es, en definitiva, prepararse para el Cielo.

Si formarse es crecer en virtudes y las virtudes consisten en un cierto orden en los afectos, se puede concluir que toda formación es formación de la afectividad. Quizá, al leer esto, alguien podría objetar que, en el esfuerzo por adquirir virtudes, su intento era más operativo que afectivo, e incluso añadir que llamamos virtudes a unos hábitos *operativos*. Es verdad. Pero si las virtudes nos ayudan a *hacer* el bien es porque nos ayudan a *sentir* correctamente. El ser humano siempre se mueve hacia el bien. El problema moral es, en última instancia, por qué lo que no es bueno se nos aparece —se presenta a nuestros ojos— como bueno en una situación concreta. Que esto suceda se debe a que el desorden de las tendencias lleva a exagerar el valor del bien al que se dirige alguna de ellas. Así, en cierta situación, este bien se considera más deseable que otro con el que ha entrado en conflicto y que, sin embargo, posee mayor valor objetivo, porque responde al bien global de la persona.

Tal vez esto se comprenda mejor con un ejemplo. En una situación determinada, podemos encontrarnos ante la tesitura de decir o no la verdad. La tendencia natural que tenemos a la verdad nos la presentará como un bien. Sin embargo, tenemos también una tendencia natural al aprecio de los demás que, en este caso concreto, si nos parece que la verdad nos haría quedar mal, nos presentará la mentira como conveniente. Esas dos tendencias entran en conflicto. ¿Cuál de ellas prevalecerá? Depende de cuál de los dos bienes sea más importante para nosotros, y, en esta valoración, la afectividad juega un papel decisivo. Si está bien ordenada, ayudará a la razón a percibir que la verdad es muy valiosa y que el aprecio de los demás no es deseable si exige renunciar a ella. Este amor a la verdad, por encima de otros bienes que también nos atraen, es precisamente lo que denominamos

sinceridad. En cambio, si el afán por quedar bien es más fuerte que la atracción de la verdad, es fácil que la razón se engañe, y, aun sabiendo que eso no es bueno, juzgue conveniente mentir. Así, aunque sepamos perfectamente que no se debe mentir, consideramos que en este caso nos conviene hacerlo.

La afectividad ordenada ayuda a hacer el bien porque ayuda antes a percibirlo. Por eso interesa mucho formarla. Ahora bien, ¿cómo es posible conseguirlo? Antes de intentar dar respuesta a esta pregunta, nos interesa señalar algo que conviene saber para afrontar adecuadamente este tema.

Los sentimientos y la voluntad

Acabamos de afirmar que una afectividad ordenada ayuda a actuar bien. Lo mismo se puede decir en el sentido contrario: actuar bien nos ayuda a ordenar la afectividad. Sabemos por experiencia —y conviene no olvidarlo, si no queremos caer fácilmente en frustraciones y desánimos— que no podemos controlar directamente nuestros sentimientos: si nos envuelve el desánimo, no podemos resolver el problema *decidiendo* sin más sentirnos alegres. Lo mismo sucede si queremos en un cierto momento sentirnos más audaces, o menos tímidos, o si deseamos no tener miedo o vergüenza, o no sentir la atracción sensible hacia algo que juzgamos desordenado. Otras veces, quizá desearíamos tratar con soltura a una persona ante la que sentimos un cierto rechazo involuntario por razones que reconocemos nimias, pero no conseguimos superarlo, y nos damos cuenta de que proponerse sin más tratarla con sencillez no resuelve la dificultad. En definitiva, no basta una decisión voluntaria para que los sentimientos se ajusten a nuestros deseos. Sin embargo, que la voluntad no controle directamente los sentimientos no significa que no tenga ningún influjo sobre ellos.

En ética, denominamos *político* al control que la voluntad puede ejercer sobre los sentimientos, porque es semejante al que un gobernante tiene sobre las decisiones de sus súbditos. No puede controlarlas directamente, ya que ellos son libres; pero puede tomar ciertas medidas —por ejemplo, disminuir los impuestos— esperando que produzcan ciertos resultados —por ejemplo, un aumento del consumo o de la

inversión— a través de la voluntad libre de los ciudadanos. También nosotros podemos realizar ciertos actos que esperamos que susciten unos sentimientos concretos. Por ejemplo, podemos detenernos a considerar el bien que hará una labor apostólica para la que buscamos ayuda, como medio para sentirnos más audaces al solicitar un donativo para su puesta en marcha. O podemos considerar nuestra filiación divina esperando que nos afecte menos, a nivel sensible, un revés profesional. También sabemos que ingerir una cierta dosis de alcohol puede provocar un estado transitorio de euforia; y que si voluntariamente damos vueltas en nuestra cabeza a un mal trato recibido, provocaremos reacciones de ira. Estos serían algunos ejemplos del influjo, siempre indirecto, que la voluntad puede ejercer a corto plazo sobre los sentimientos.

Mucho más importante, sin embargo, es el influjo que la voluntad ejerce a largo plazo sobre la afectividad, porque es precisamente lo que le permite *darle forma*, formarla. Se trata de un influjo que se produce incluso sin que el sujeto se lo proponga. Esto sucede porque los actos voluntarios no solo pueden causar algo en el mundo externo a nosotros, sino que sobre todo producen un efecto interior: contribuyen a crear una connaturalidad afectiva con el bien hacia el que se mueve la voluntad. Explicar cómo esto se produce excede el planteamiento de estas páginas, pero en todo caso, nos interesa resaltar dos puntos.

Querer el bien

El primero es que el bien hacia el que la voluntad se mueve —y con el que se crea la connaturalidad— puede ser muy distinto del que se percibe desde fuera. Dos personas que realizan un mismo encargo pueden estar haciendo dos cosas muy distintas: una puede estar sencillamente intentando no quedar mal ante quien se lo ha encomendado, mientras la otra tiene la intención de servir. La segunda está formando una virtud y la primera no, porque el *bien* que persigue y con el que se configura es el de evitar quedar mal ante la autoridad. Es cierto, sin embargo, que esa actuación puede suponer un paso adelante respecto a una actitud precedente (negarse a hacerlo), pero mientras no sea seguida de pasos ulteriores, no estará formando la virtud, por numerosas que sean las repeticiones del acto. Por eso es tan importante rectificar, purificar constantemente la intención para ir

progresivamente apuntando a los motivos por los que realmente vale la pena hacer algo, y así configurarnos afectivamente con ellos.

Todos tenemos experiencia, propia o ajena, de cómo limitarse a respetar unas reglas acaba fácilmente convirtiéndose en un peso. El ejemplo del hijo mayor de la parábola nos previene de ese peligro (cfr. *Lc* 15,29-30). Al mismo tiempo, buscar sinceramente el bien que las reglas tratan de promover nos alegra y nos libera. En definitiva, podríamos decir que no forma el *hacer*, sino el *querer*: no solo importa lo que hago, sino también lo que quiero cuando lo hago[9]. La libertad es, pues, decisiva: no basta hacer algo, hay que querer hacerlo, hay que hacerlo «porque nos da la gana, que es la razón más sobrenatural»[10], porque solo así formamos la virtud, es decir, aprendemos a disfrutar del bien. Un mero cumplimiento, que se traduzca en «cumplo y miento»[11], no promueve la libertad, ni el amor, ni la alegría. En cambio, sí los promueve entender por qué una actuación determinada es grandiosa y vale la pena, y dejarse guiar por esas razones al actuar.

Una formación de largo alcance

El segundo punto que conviene considerar es que el proceso de connaturalización afectiva con el bien es ordinariamente lento. Si la virtud consistiera solo en la capacidad de superar la resistencia afectiva para hacer el bien, podríamos alcanzarla en un tiempo mucho más corto. Sin embargo, ya sabemos que la virtud no está formada mientras el bien no tenga un reflejo positivo en la afectividad[12]. Consecuencia de esto es la necesidad de ser paciente en la lucha, porque alcanzar algunos de los objetivos que vale la pena proponerse puede requerir un tiempo largo, quizás años. La resistencia al acto bueno que seguiremos experimentando durante ese tiempo no hemos de interpretarla como un fracaso, o como señal de que nuestra lucha no es sincera o es poco decidida. Se trata de un camino progresivo, en el que cada paso es ordinariamente pequeño y casi imperceptible. Solo después de un cierto tiempo, mirando hacia atrás, advertiremos que hemos recorrido más camino del que nos parecía.

Si, por ejemplo, tenemos reacciones de ira que querríamos superar, comenzaremos esforzándonos por reprimir sus manifestaciones externas. Quizás al principio nos parecerá que no conseguimos nada,

pero si somos constantes, las ocasiones en que vencemos —inicialmente escasas— irán haciéndose más y más frecuentes y, al cabo de un tiempo —quizá largo—, llegaremos a conseguirlo de modo habitual. Con todo, eso no basta, pues nuestra meta no era reprimir unas manifestaciones externas, sino modelar una reacción interna, es decir, ser más mansos y pacíficos, de modo que esa reacción más serena sea la propia de nuestro modo de ser. La lucha es, por tanto, mucho más larga, pero ¿quién podría negar que es mucho más bonita, liberadora e ilusionante? Es una lucha que apunta a alcanzar una paz interior en la búsqueda y puesta en práctica de la voluntad de Dios, y no al mero sometimiento *violento* de los sentimientos.

Al explicar el principio de que *el tiempo es superior al espacio*[13], el Papa Francisco señala que «darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*»[14]. En la vida interior, vale la pena poner en marcha procesos realistas y generosos, y es preciso esperar a que produzcan sus frutos. «Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite»[15]. Nos interesa mucho, efectivamente, que la conciencia de nuestra limitación no paralice la aspiración a la plenitud que Dios nos ofrece. Como nos importa también que esta noble ambición no ignore ingenuamente que somos limitados.

Apuntar alto en la formación, proponerse no solo *realizar* actos buenos, sino *ser* buenos, tener un buen corazón, nos permitirá distinguir el acto *virtuoso* de lo que podríamos denominar el acto *conforme a una virtud*. Este último sería el acto que corresponde a una virtud y contribuye paso a paso a formarla, pero que, al no proceder todavía de un hábito ya maduro, requiere frecuentemente sobreponerse a una afectividad que empuja en dirección contraria. El acto virtuoso sería, en cambio, el de quien goza en la realización de ese bien, incluso cuando le supone un esfuerzo. Este es el objetivo.

Una formación integral, que alcanza a modelar la afectividad, es lenta. Quien quiere formarse así no ha de caer en la ingenuidad de pretender que los sentimientos se sometan a la propia voluntad, pisoteando los que no le gustan o tratando de provocar los que desearía tener.

Entiende que su lucha debe centrarse más bien en las decisiones libres con las que, al intentar seguir la voluntad de Dios, da respuesta a esos sentimientos, acogiendo o rechazando la sugerencia de comportamiento que conllevan. Porque son esas decisiones las que —indirectamente y a largo plazo— acaban modelando la interioridad de la que proceden esos afectos.

Un mundo dentro de ti

A medida que la virtud se va formando, no solo se realiza el acto bueno con más naturalidad y gozo, sino que también se posee mayor facilidad para identificar cuál es ese acto. «Para poder "distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (*Rm* 12,2), sí es necesario el conocimiento de la ley de Dios en general, pero esta no es suficiente: es indispensable una especie de "connaturalidad" entre el hombre y el verdadero bien. Tal connaturalidad se fundamenta y se desarrolla en las actitudes virtuosas del hombre mismo»[16].

Este dinamismo se debe en buena parte a que la afectividad es la primera voz que oímos a la hora de valorar la oportunidad de un comportamiento: antes de que la razón examine si es o no conveniente realizar algo placentero, ya hemos experimentado su atracción. La virtud, en cuanto hace afectivamente atractivo el bien, consigue que la voz de la afectividad incluya ya una cierta valoración moral —esto es, en referencia al bien global de la persona— del acto en cuestión. Hace que, por volver al ejemplo que hemos visto antes, aunque nos atraiga la posibilidad de quedar bien, la mentira se nos presente como una acción desagradable.

De modo implícito, pero claro, encontramos expresado esto en un brevísimo punto de *Camino*: «¿Para qué has de mirar, si "tu mundo" lo llevas dentro de ti?»[17]. San Josemaría está poniendo una mirada exterior en relación con el mundo interior. Y es esa relación la que le permitirá valorar la mirada, que aparecerá como conveniente o inconveniente según esté constituido el mundo interior. Cuando la virtud está formada, no es preciso *reprimir* una mirada inadecuada, porque aparece ya desde el principio como innecesaria: el mundo interior —*mi mundo*— la rechaza. Si se tiene una interioridad rica, lo que hace daño no solo se evita de hecho, sino que no presenta mayor

peligro, porque repugna: no se percibe solo como malo, sino también —y antes— como feo, desagradable, desentonado, descolocado… Por supuesto que puede atraer de algún modo, pero es fácil rechazar esa atracción, porque rompe la armonía y la belleza del clima interior. En cambio, si no *llevas un mundo dentro de ti*, evitar esa mirada te supondrá un esfuerzo notable.

Realismo

Lo que venimos diciendo muestra cómo el crecimiento en las virtudes nos va haciendo más y más realistas. Algunas personas tienen la idea —normalmente no formulada— de que vivir según las virtudes supone cerrar un ojo a la realidad; eso sí, por un motivo muy alto y porque de ese comportamiento, que implica cerrarse en parte a este mundo, esperamos un premio en el otro. Se trata de una idea reductiva. En realidad, vivir como Cristo, imitar sus virtudes, es lo que verdaderamente nos abre a la realidad, y no permite que nuestra afectividad nos engañe en el momento de valorarla y de decidir cómo responder a ella.

La pobreza, por ejemplo, no supone renunciar a considerar el valor de los bienes materiales en vista de la vida eterna. Es más, solo la persona que vive desprendida valora los bienes materiales en su justa medida: ni piensa que son malos, ni les concede una importancia que no tienen. Quien, en cambio, no se esfuerza en vivir así, acabará otorgándoles un valor mayor del que poseen y eso incidirá en sus decisiones: será poco realista, aunque aparezca ante otros como un auténtico hombre de mundo, que sabe moverse en ciertos ambientes. La persona sobria sabe disfrutar de una buena comida; la que no lo es, en cambio, otorga a ese placer una importancia de la que objetivamente carece. Algo similar se podría decir de cualquier otra virtud. Como Jesús dijo a Nicodemo: «El que obra según la verdad viene a la luz» (*Jn* 3,21).

Un círculo *virtuoso*

En definitiva, orientar nuestra afectividad desarrollando las virtudes es aclarar nuestra mirada; es como limpiar las gafas de las manchas que el pecado original y los pecados personales han dejado en ellas y que nos dificultan ver el mundo como realmente es. «Digámoslo

tranquilamente: la irredención del mundo consiste precisamente en la ilegibilidad de la creación, en la irreconocibilidad de la verdad; una situación que lleva necesariamente al dominio del pragmatismo y, de este modo, hace que el poder de los fuertes se convierta en el dios de este mundo»[18].

Una afectividad ordenada ayuda a la razón *a leer la creación, a reconocer la verdad*, a identificar lo que verdaderamente nos conviene. Ese juicio correcto de la razón facilita la decisión voluntaria. El acto bueno que sigue a esa decisión contribuye a connaturalizarnos con el bien perseguido y, por tanto, a ordenar la afectividad. Es un auténtico círculo *virtuoso* que nos conduce a sentirnos progresivamente más libres, señores de los propios actos y, en consecuencia, nos capacita para entregarnos realmente al Señor, porque solo quien se posee puede entregarse.

La formación es integral solo cuando alcanza todos estos niveles. Dicho de otro modo, solo hay verdadera formación cuando las diversas facultades que intervienen en el actuar humano —la razón, la voluntad, la afectividad— están *integradas*: no pelean, sino que colaboran. Si no se alcanzara a modelar los afectos, es decir, si las virtudes se entendieran solo como una fuerza adicional en la voluntad, que la hace capaz de ignorar el nivel afectivo, las normas morales y la lucha con que tratamos de vivirlas serían represivas y no se alcanzaría una auténtica unidad de vida. Siempre experimentaríamos dentro de nosotros fuerzas que tiran poderosamente en sentidos contrarios y que generan inestabilidad. Una inestabilidad que conocemos bien, porque es nuestro punto de partida, pero que vamos superando paso a paso, a medida que conducimos esas fuerzas hacia la armonía, de modo que llegue el momento en que esa «razón más sobrenatural» que es «porque me da la gana», signifique: *porque me gusta, porque me atrae, porque cuadra con mi modo de ser, porque encaja con el mundo interior que me he formado*; en definitiva, porque he ido aprendiendo a hacer míos los sentimientos de Jesucristo.

Caminamos así hacia la meta, a la vez altísima y atractiva, que san Pablo nos señala: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (*Flp* 2,5), y nos damos cuenta de que así *nos revestimos del Señor Jesucristo* (cfr. *Rm* 13,14). «La vida de Cristo es vida nuestra (…). El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de

Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, *non vivo ego, vivit vero in me Christus* (*Gal* 2,10), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí»[19]. Y ya que la fidelidad consiste precisamente en esto, en vivir, en querer, en sentir como Cristo, no porque nos *disfracemos* de Cristo, sino porque sea ese nuestro modo de ser, entonces, al seguir la voluntad de Dios, al ser fieles, somos hondamente libres, porque hacemos lo que nos va, lo que nos gusta, lo que *nos da la gana*. Profundamente libres y profundamente fieles. Profundamente fieles y profundamente felices.

Volver al índice

Notas

1 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

2 Cfr. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes* (7.XII.1965), n. 22.

3 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

4 San Josemaría, *Surco*, n. 84: «Tu felicidad en la tierra se identifica con tu fidelidad a la fe, a la pureza y al camino que el Señor te ha marcado». Cfr. también, por ejemplo, San Josemaría, *Instrucción, mayo-1935/14-IX-1950*, n. 60; *Instrucción, 8-XII-1941*, n. 61; *Amigos de Dios*, n. 189.

5 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 96.

6 Baste mencionar, como ejemplo, el título de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, nn. 113-123.

7 *Es Cristo que pasa*, n. 183.

8 San Josemaría, *Camino*, n. 206.

9 En realidad, desde el punto de vista moral, *lo que hago* es precisamente *lo que quiero cuando lo hago*. Para nuestro objetivo, sin embargo, no es necesario que nos detengamos a explicar por qué esto es así.

10 *Amigos de Dios*, n. 17.

11 Cfr. Beato Álvaro, Carta, septiembre 1975, n. 8 (AGP, Biblioteca, P17).

12 Como se sigue de lo dicho hasta ahora, esto no significa que el bien no cueste ningún esfuerzo o, lo que es lo mismo, que el mal ya no tenga atractivo de ningún tipo.

[13] Cfr. Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), nn. 222-225.

[14] *Ibidem*, n. 223. La cursiva es del original.

[15] *Ibidem*.

[16] San Juan Pablo II, Enc. *Veritatis splendor* (6-VIII-1993), n. 64. El texto se refiere a santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II-II, q. 45, a. 2.

[17] *Camino*, n. 184.

[18] Joseph Ratzinger - Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Volumen II, cap. 7, 3.

[19] *Es Cristo que pasa*, n. 103.

La razón más sobrenatural

José Ignacio Murillo

Al comenzar su predicación, en la sinagoga de Nazaret, el Señor lee ante los presentes un pasaje de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para promulgar el año de gracia del Señor» (*Lc* 4,18-19; *Is* 61,1-2). Y, tras enrollar el libro, declara: «Hoy se ha cumplido esta escritura que acabáis de oír» (*Lc* 4,21).

Jesús se presenta de este modo como libertador. Ante todo, de aquello que constriñe la libertad interior: la ceguera de la ignorancia, la cautividad del pecado, la opresión del diablo. De hecho, no son infrecuentes en su predicación las alusiones a la libertad y a la liberación para aquellos que le siguen: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn* 8,31).

Un Dios salvador, que ama la libertad

Los primeros cristianos tenían una profunda y exultante conciencia de libertad. Jesús era para ellos el Salvador. No los había liberado de un yugo para imponerles otro distinto, sino que había roto todas las ataduras que les impedían llevar una vida plena. Esta plenitud que ahora se les presentaba como posible se revela en la alegría que rezumaban sus vidas. «Estad siempre alegres —exhorta Pablo—, orad sin cesar, dad gracias por todo; esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús» (*1 Tes* 5,16-18).

En el principio, Dios crea al hombre como señor de lo creado. «El Artífice sumo fabricó nuestra naturaleza como una especie de instrumento, apto para el ejercicio de la realeza; y para que el hombre fuera completamente idóneo para ello, le dotó no solo de excelencias en cuanto al alma, sino en la misma figura del cuerpo. Y es así que el alma

pone de manifiesto su excelsa dignidad regia (...) por el hecho de no reconocer a nadie por señor y hacerlo todo por su propio arbitrio. Ella, por su propio querer, como dueña de sí, se gobierna a sí misma. ¿Y de quién otro, fuera del rey, es propio semejante atributo?»[1].

Por el pecado el hombre se ve reducido a la esclavitud, pero Dios le levanta con la esperanza de una salvación futura (cfr. *Gn* 3,15). Este deseo de redimirnos se manifiesta, por ejemplo, cuando libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto y le promete una tierra, que deberá conquistar, pero que será ante todo la tierra prometida: un don de Dios donde podrá rendirle culto con libertad. «Yo soy el Señor, tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de la esclavitud» (*Ex* 20,2). Y añade: «No tendrás otro dios fuera de mí» (*Ex* 20,3). Es precisamente así como Dios presenta a su pueblo los mandamientos del decálogo, como las condiciones para que sea verdaderamente libre y no recaiga de nuevo en la servidumbre. Dios no busca imponerse como un tirano, sino poner a su pueblo en condiciones de aceptarle libremente como Señor.

Esta apuesta de Dios por la libertad se entiende si el primer mandamiento, del que, según Jesucristo, penden la ley y los profetas (cfr. *Mt* 22,40) no es otro que el amor: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo (cfr. *Mt* 22,37-39). Porque este no es un precepto cualquiera. Otras cosas se pueden imperar e imponer mediante la fuerza y la coacción, pero el amor no se puede reclamar así. Dios lo requiere, como un amante, solo después de haber manifestado el amor que abriga hacia su pueblo, solo tras haber mostrado de numerosas formas su cariño y su cuidado. Y es que al amor verdadero solo se puede invitar; hay que ganárselo, porque solo puede ser fruto de la libertad.

Un sentido para la libertad

Para descubrir y dejarse alcanzar por este Amor, resulta imprescindible «fomentar la libertad interior, que lleva a hacer las cosas por amor»[2]. Precisamente para poder amarle de verdad, Dios nos ha creado libres. Es así como nos mira y como se deleita en nosotros. Nos cuesta entenderlo, porque los seres humanos no sabemos crear seres libres. A lo sumo producimos autómatas, que llevan a cabo aquello para lo que

los hemos diseñado, o remedamos la libertad creando artefactos que funcionan aleatoriamente; pero somos incapaces de suscitar algo que pueda decidir por sí mismo. Sin embargo, esto es lo que hace Dios con nosotros al crearnos y al redimirnos del pecado que limitaba nuestra libertad.

Ser libre no es en primer lugar no estar determinado o condicionado por algo externo, sino ser capaz de respaldar nuestras acciones y nuestras respuestas. Por eso la libertad va de la mano de la responsabilidad. Ser libre es ser capaz de responder y, por tanto, de establecer un diálogo pleno y real con otras personas y, ante todo, con nuestro creador.

No es, por lo tanto, la libertad algo añadido, una característica de la que podríamos prescindir y seguir siendo nosotros mismos. La libertad que Dios quiere para nosotros es verdadera, y tan profunda como nuestro ser. Su reconocimiento es un gran avance del ser humano: «La pasión por la libertad, su exigencia por parte de personas y pueblos, es un signo positivo de nuestro tiempo. Reconocer la libertad de cada mujer y de cada hombre significa reconocer que son personas: dueños y responsables de sus propios actos, con la posibilidad de orientar su propia existencia»[3].

Dios, que nos quiere como somos porque nos ha creado, nos quiere libres porque nos ama por nosotros mismos y solo se conforma con la apertura libre y amorosa de nuestra intimidad: «Dame, hijo mío, tu corazón» (*Prov* 23,26). Así se comprende que «porque me da la gana»[4] sea, para san Josemaría, la razón más sobrenatural para hacer el bien, aquella en la que se anuda el misterio del amor creador y redentor de Dios con la respuesta auténtica de su criatura amada, que tiene en su mano reconocerle como Padre y aceptar con confianza la voluntad de quien solo puede querer el bien de su hijo.

Dios ha puesto nuestro destino en nuestras manos. No, ciertamente, en el sentido de que podamos conseguir por nuestras fuerzas aquello que nos tiene preparado, pero sí porque se encuentra en nuestras manos convertirnos a Él, que es quien nos puede hacer felices[5]. Reconocer esta capacidad de amar a Dios libremente puede, en un primer momento, producirnos temor. Sin embargo, si *nos da la gana* decirle que sí, esta misma convicción de que somos libres nos llena de alegría y esperanza. Como hijos de Dios, nos sentimos seguros en la medida en que

queremos apoyarnos en Él. Pensando en su propia vocación, san Josemaría exclamaba: «¿No os da alegría comprobar que la fidelidad en buena parte depende de nosotros? Yo me entusiasmo pensando que Dios me ama, y que ha querido que su Obra dependa también de mi correspondencia. Y me da gozo poder decirle libremente: Señor, yo también te quiero, cuenta con mi poquedad»[6].

La consideración de nuestra libertad nos ayuda a asentar nuestra vida sobre la realidad de que somos hijos de Dios. No somos un ejemplar intercambiable: nuestra respuesta es insustituible porque somos criaturas queridas por Dios con amor de predilección. Pero podemos perder la conciencia de nuestra libertad en la medida en que no la ejercemos. En ese caso, es lógico que nos sintamos cada vez más limitados, condicionados y aun coaccionados por nuestros estados de ánimo o por el ambiente. Es así como puede plantearse la duda de si somos libres o, incluso, de si ser libre merece la pena o tiene un sentido.

El cristiano sabe, sin embargo, que la libertad tiene un sentido. No solo estamos libres de ataduras, en poder de nuestra propia decisión. De poco sirve liberar a alguien y decirle que puede ir a donde quiera, si no existe un destino al que pueda dirigirse o, si lo hay, no sabe en absoluto cómo llegar a él. Por eso, Dios no solo nos otorga la capacidad de deshacernos de lo que nos limita y aprisiona, sino que abre ante nosotros un horizonte ilimitado, a la altura de nuestros anhelos más profundos. Porque quien ha creado nuestra libertad no es en modo alguno un límite para su despliegue: nos abre la posibilidad de crecer sin medida, pues este es el modo en que imitamos a Dios las criaturas libres, y nos ofrece, unidos a su Hijo unigénito, la posibilidad de desplegar plenamente nuestra personalidad.

Una libertad auténtica

San Josemaría concebía su labor «como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir

que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar»[7].

Tomarse en serio la propia libertad, para quien no conoce a Cristo, es un camino para encontrar a Dios, pues pone en marcha una búsqueda que manifiesta las posibilidades de nuestra condición junto con sus evidentes limitaciones. Pero también quien ya ama a Dios, al ahondar de su mano en su condición de hijo libre y responsable, se pone en condiciones de entablar con Él una relación más profunda y verdadera.

Solo es acorde con la dignidad de los hijos de Dios que se sientan «libres como pájaros»[8], que hagan lo que de verdad quieren, aun cuando, como Cristo, lo que se quiere pase por humillarse y someterse por amor. No se trata, por tanto, tan solo de que actuemos *como si* fuéramos libres: si queremos de verdad seguir a Jesús, hemos de buscar en nosotros esa fuente de libertad auténtica que es nuestra filiación divina y comportarnos de acuerdo con ella, de modo que alcancemos la libertad de espíritu, que «es esta capacidad y actitud habitual de obrar por amor, especialmente en el empeño de seguir lo que, en cada circunstancia, Dios le pide a cada uno»[9].

Hacer pie en ella se traducirá en la espontaneidad y la iniciativa con que nos comportamos, y en que no nos dejamos atenazar por el miedo. Y es que la falta de libertad se revela a menudo en nuestra tendencia a movernos por miedo. Los teólogos denominan temor servil al de quien se aparta del pecado por temor al castigo. Este temor puede ser un inicio para volver a Dios, pero la vida cristiana no puede apoyarse en él, pues «el que teme no es perfecto en el amor» (*1 Jn* 4,19), y hemos de actuar «como quienes van a ser juzgados por la ley de la libertad» (*St* 2,12).

El miedo se puede manifestar en muchos ámbitos de nuestra vida. El que teme, aunque quiere el bien, tiene presente ante todo el mal del que desea huir. Por eso, cuando el miedo es el motor de nuestra conducta, fácilmente nos encogemos y complicamos hasta el punto de que se oscurecen los verdaderos motivos de nuestros actos y los bienes que perseguimos. En cambio, si amamos a Dios, si queremos amarlo, Él nos libera del miedo. Sabemos que todo coopera para el bien de los que aman a Dios (cfr. *Rm* 8,28), y esta convicción ahuyenta nuestros temores infundados y nos permite gustar plenamente la libertad de los hijos de Dios y actuar con alegría y responsabilidad.

Renovar nuestra libertad

Es verdad que no decimos *sí* a Dios de una vez por todas. Somos seres temporales y debemos renovar y hacer crecer en el tiempo nuestra respuesta. Además, porque estamos llamados a responder libremente, el Señor busca en nosotros una respuesta cada vez más auténtica. A veces incluso parece ocultarse, para que nuestra adhesión se vuelva más libre y más plena, para purificarla de motivos externos y circunstanciales, para que no esté movida por el miedo, sino por el amor. Esta circunstancia no debe inquietarnos. Es una invitación a la fidelidad, que no es la conservación de algo que ya se ha hecho, sino la renovación gozosa, en las más diversas circunstancias, de una donación a Dios que quiere ser plena e incondicionada. La fidelidad nos lleva a volver con frecuencia sobre nuestro sí para hacerlo más pleno y para edificar desde él nuestra vida interior, desde ese punto donde se encuentran la gracia de Dios y nuestra más profunda intimidad.

Recordar con frecuencia que no somos autómatas ni animales sometidos al instinto, sino criaturas libres, con un futuro abierto que depende de nuestra iniciativa, nos ayudará a salir del anonimato y a vivir nuestra vida ante Dios y ante los hombres en primera persona, sin delegar en nadie la responsabilidad que lo acompaña. Así seremos capaces de entablar con Dios un diálogo auténtico, una relación personal en la que pueda fraguar una amistad verdadera y profunda. Y fruto de esta amistad con Dios, nuestra alma se desbordará en una acuciante sed por llevar este Amor de Dios y ese sentido de libertad que lo acompaña a todas las personas. También a través de la amistad, porque, para un cristiano, «la amistad misma es apostolado; la amistad misma es un diálogo, en el que damos y recibimos luz; en el que surgen proyectos, en un mutuo abrirse horizontes; en el que nos alegramos por lo bueno y nos apoyamos en lo difícil; en el que lo pasamos bien, porque Dios nos quiere contentos»[10].

Volver al índice

Notas

1 San Gregorio de Nisa, *La creación del hombre*, 4.

2 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

[3] F. Ocáriz, Carta pastoral, 9-I-2018, n. 1.

[4] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 17.

[5] «(...) Pero le dio el libre albedrío, por el que puede dirigirse a Dios, que le haga bienaventurado. Pues lo que podemos por nuestros amigos, de algún modo lo podemos por nosotros mismos», Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I-II, q. 5 a. 5 ad 1.

[6] San Josemaría, *A solas con Dios*, n. 324 (AGP, Biblioteca P10).

[7] *Es Cristo que pasa*, n. 99.

[8] San Josemaría, *Carta 14-IX-1951*, n. 38.

[9] F. Ocáriz, Carta pastoral, 9-I-2018, n. 5.

[10] *Ibidem*, n. 14.

La gratitud nos mueve a la lucha

Justin Gillespie

«Porque es como un hombre que al marcharse de su tierra llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno solo: a cada uno según su capacidad; y se marchó» (*Mt* 25,14-15). La historia de Jesús sobre los talentos nos resulta muy familiar y, como toda la Escritura, nunca deja de invitarnos a una mayor comprensión de nuestra vida de relación con Dios.

En el fondo, la parábola habla de un hombre que *confía* generosamente gran parte de sus riquezas a tres de sus siervos. Al hacerlo, no los trata como a simples sirvientes, sino que los implica en sus negocios. Visto de esta manera, parece que *confiar* es precisamente el verbo adecuado: no les da instrucciones detalladas, diciéndoles exactamente qué hacer. Lo deja en sus manos. A juzgar por su reacción —el afán con el que se esfuerzan por multiplicar la riqueza de su señor—, dos de ellos lo comprendieron enseguida. Experimentaron el gesto de su señor como una señal de confianza. Podríamos incluso decir que lo veían como un gesto de amor, y por eso buscaban amorosamente agradarle, aunque no se les hubieran dado más exigencias o condiciones. «El que había recibido cinco talentos fue inmediatamente y se puso a negociar con ellos y llegó a ganar otros cinco» (*Mt* 25,16). De la misma manera, el que tenía los dos talentos ganó dos más.

El otro sirviente, en cambio, percibe algo muy diferente. Siente que está siendo puesto a prueba y que, por lo tanto, no debe fracasar. Para él, es de suma importancia no tomar una decisión equivocada. «El que había recibido uno fue, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor» (*Mt* 25,18). Teme disgustar a su amo, así como las consecuencias que imagina que podrían resultar de ese enfado. Por eso, le dice: «Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo» (*Mt* 25,24-25). Como cree que su amo es duro e injusto, no siente que se le *confíe* nada. Lo ve

como una prueba onerosa, y no como una oportunidad. Y no queriendo fallar en esa prueba, elige actuar de la manera más segura posible con las pertenencias e intereses de otra persona. El resultado es una actitud fría y despegada: «*Aquí tienes lo tuyo*» (*Mt* 25,25).

Estas dos reacciones, tan diferentes, pueden ayudarnos a considerar cómo estamos respondiendo a lo que Dios nuestro Padre nos ha *confiado*: nuestra vida, nuestra vocación cristiana. Ambas tienen un valor inmenso ante sus ojos. Y Él las ha puesto en nuestras manos. ¿Cómo es nuestra respuesta?

Luchar por agradecimiento, no por miedo

Para los dos primeros siervos de la parábola, la confianza de su señor era un verdadero regalo. Sabían que no se lo merecían, no tenían derecho a esperar de él un encargo semejante. De una manera nueva, entendieron que la relación con su amo no se basaba en el éxito o el fracaso de lo que hacían, sino en cómo les veía él. Más allá de lo que eran *de hecho* en el momento presente, era capaz de intuir lo que *podían llegar a ser*. Visto de esta manera, es fácil imaginar el profundo sentido de gratitud que brotaría de sus corazones. Recibir una mirada de esperanza es un auténtico don, y la respuesta más natural a un regalo es querer dar algo a cambio.

Si no tenemos presente esto, podemos confundir la importancia de la lucha en nuestra vida cristiana. Si nos esforzamos por lograr éxito para *merecer* así ser amados, es muy difícil que la lucha nos lleve a experimentar una paz genuina. Esforzarse por ser amado, aunque sea inconscientemente, siempre significa que los fracasos y los reveses conducirán a un profundo desaliento o, peor aún, a que la amargura invada el alma. En cambio, fundamentar nuestra lucha en la gratitud nos ayuda a evitar ese peligro.

La parábola sugiere también que los dos primeros siervos recibieron aquel don con un sentido de misión, una misión única y personal. El amo, se nos dice, dio a cada uno «según su capacidad» (*Mt* 25,15). Es poco probable que los sirvientes tuvieran alguna experiencia previa de inversión y supervisión de grandes sumas de riqueza. Sin embargo, al confiar en ellos, al mirarles según lo que podían llegar a ser, su señor los llamaba de hecho a ser más, a esforzarse por alcanzar lo que aún no

eran. En otras palabras, con aquel don les confería una misión del todo particular. Y, puesto que vieron el don en estos términos, estuvieron inspirados y animados para estar a la altura de esa llamada. Hicieron suyos los asuntos de su señor y se esforzaron por emprender algo de lo que todavía no tenían experiencia. Se lanzaron a aprender, a crecer y a desafiarse a sí mismos, por gratitud, despreciando cualquier miedo.

Como en la parábola, Dios Padre también nos llama a cada uno de nosotros de acuerdo con lo que Él ve que *podemos llegar a ser*. Esto es lo más importante, y lo que queremos descubrir de nuevo en nuestra oración: cómo nos ve Dios, y no cómo lo hacemos nosotros mismos. Queremos asegurarnos de que nuestra lucha se centre en Él, no en nosotros. Precisamente porque puedo estar seguro de la actitud de Dios hacia mí, puedo olvidarme de mí mismo y lanzarme a desarrollar y hacer crecer las riquezas que me han sido confiadas para su gloria y para el beneficio de los demás. Esta lucha nos llevará a crecer en las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, y en todas aquellas virtudes humanas que nos permiten trabajar con excelencia y ser verdaderos amigos de nuestros amigos.

Una lucha inspirada en el ejemplo de Jesús

Cada uno de nosotros anhela la paz y el consuelo, un descanso a todos nuestros esfuerzos. Jesús lo entiende perfectamente, y por eso nos invita: «Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera» (*Mt* 11,28-30). Este descanso lo experimentaremos plenamente al final de los tiempos, cuando resucitemos y toda la creación se llene de Dios como las aguas llenan los mares (cfr. *Is* 11,9). En el momento presente, en cambio, la paz y el descanso que Jesús nos ofrece van íntimamente ligados a la necesidad de tomar su yugo y *luchar* por seguirle.

«Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga» (*Mc* 8,34). Las palabras de Jesús no son un requisito severo, impuesto arbitrariamente. Al contrario, son fuente de un inmenso consuelo. Cristo va delante de nosotros y experimenta en su propia carne los desafíos, temores y dolores que surgen, en un

mundo marcado por el pecado, al responder libremente a la llamada del Padre. Jesús no nos pide *desde lejos* que luchemos, sino que ha estado allí antes que nosotros; siempre nos precede. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado. Por lo tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y encontremos la gracia que nos ayude en el momento oportuno» (*Hb* 4,15-16). El Señor nos propone algo que Él mismo ya ha vivido.

Hablando del modo en que Simón de Cirene llevó la cruz *con* Jesús, san Josemaría nos anima a cada uno a descubrir en nuestra vida cómo ser *cireneos*: «Ser voluntariamente Cireneo de Cristo, acompañar tan de cerca a su Humanidad doliente, reducida a un guiñapo, para un alma enamorada no significa una desventura, trae la certeza de la proximidad de Dios, que nos bendice con esa elección»[1]. El descubrimiento consiste en que mi lucha —una lucha que podría sentir como injusta, de la misma manera que Simón— la llevo adelante *con* Jesús. Se trata de una unión con Él en el momento presente, en el esfuerzo, y no solo cuando he tenido éxito. Aceptarla voluntariamente, como consecuencia inherente al don de mi vocación cristiana, supone abrir la puerta al descubrimiento de que Jesús mismo está esforzándose *en mí* y *conmigo*. Por lo tanto, «no se lleva ya una cruz cualquiera, se descubre la Cruz de Cristo, con el consuelo de que se encarga el Redentor de soportar el peso»[2].

Al mismo tiempo, el Señor nos invita también a ver los resultados de una vida que abraza la Cruz: la victoria sobre el pecado y la muerte, y su glorificación por el Padre. A causa de la Resurrección, en Jesús tenemos una prueba absolutamente inquebrantable del valor que tiene esforzarse por ser fieles a lo que nuestro Padre Dios nos ha confiado. Como nos dice san Pablo: «la leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente» (*2 Co* 4,17). Junto a Jesús podemos mirar a la Cruz y ver, no un dolor inútil y sin sentido, sino victoria y redención. De este modo, seremos capaces de enmarcar los desafíos y las dificultades que necesariamente surgen cuando tratamos de seguir fielmente a Cristo en su ejemplo por multiplicar y hacer fructífero lo que el Padre le había confiado.

La gracia transfigura la lucha, sin eliminarla

Quizás el sirviente que enterró el talento se sintió abrumado, entristecido incluso por el esfuerzo que implicaba lo que veía hacer a sus compañeros. Comparándose con ellos, y tal vez sintiéndose inadecuado para tal tarea, buscó un camino más fácil y seguro. Así que cavó un hoyo y enterró el regalo que se le había confiado, junto con todas las posibilidades que venían con él. Esta trama básica se repite cada vez que evitamos el esfuerzo y la incomodidad que conlleva perseguir cualquier cosa que valga la pena en la vida. No debemos olvidar que la lucha y el esfuerzo en la búsqueda amorosa del bien no son injustos ni arbitrarios. Forman parte de la naturaleza misma de la vida, la vida que el Señor ha santificado. En nuestro camino en la tierra, la unión con Jesús se producirá precisamente a través de una lucha libre y amorosa por crecer en las virtudes sobrenaturales y humanas. Porque la gracia no sustituye la dinámica propia de la vida humana, sino que la une a Dios.

Si tenemos esto en cuenta, nuestros esfuerzos y nuestra lucha no serán una expresión de autosuficiencia o de *neopelagianismo*. No debemos olvidar nunca que, como escribía san Pablo a los filipenses, «Dios es quien obra en vosotros el querer y el actuar conforme a su beneplácito» (*Flp* 2,13). La lucha, pues, no se opone a la acción de la gracia en nosotros. En el fondo, el crecimiento en las virtudes teologales no es otra cosa que *amor* —divino y humano—, y la santidad, precisamente, es «la plenitud de la caridad»[3].

San Josemaría expresa esta misma verdad teológica desde la perspectiva de la oración: «Luego, mientras hablabas con el Señor en tu oración, has comprendido con mayor claridad que lucha es sinónimo de Amor, y le has pedido un Amor más grande, sin miedo al combate que te espera, porque pelearás por Él, con Él y en Él»[4]. Cuanto más intentemos vivir nuestra lucha como *amor*, más nos conmoverá el deseo de que ese amor, esa *lucha*, aumente. Superaremos la tentación de enterrar lo que hemos recibido por el deseo de evitar las incomodidades y, en su lugar, lo invertiremos en todo el empeño que ese encargo necesariamente implica.

Libres para crecer, libres para aprender

En su carta pastoral del 9 de enero, el Padre nos ayuda a considerar más profundamente la íntima relación entre libertad y lucha en nuestras vidas: «Cuanto más libres somos, más podemos amar. Y el amor es exigente: "todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (*1 Co* 13,7)»[5]. A la vez, cuanto más amamos, más nos sentimos libres, incluso en momentos difíciles o desagradables. «Cuanto más intensa es nuestra caridad, más libres somos. También actuamos con libertad de espíritu cuando no tenemos ganas de realizar algo o nos resulta especialmente costoso, si lo hacemos por amor, es decir, no porque nos gusta, sino porque nos da la gana»[6].

No se trata de una *técnica* para conseguir hacer lo que no nos apetece hacer, borrar una realidad sombría con las palabras 'amor' y 'libertad'. Más bien, se trata de una verdad profunda de nuestras almas que cada uno de nosotros está invitado a descubrir. Cuanto más nos identifiquemos con el don que Dios nos ha concedido, con nuestros talentos y nuestra misión, más dispuestos estaremos a luchar, cuando sea preciso, para cuidar y cultivar ese don. No nos moverán el miedo, ni el peso de la obligación, sino el agradecimiento a Dios y el deseo de corresponder a su Amor. «La fe en el amor de Dios por cada una y por cada uno (cfr. *1 Jn* 4,16) nos lleva a corresponder por amor. Nosotros podemos amar porque Él nos ha amado primero (cfr. *1 Jn* 4,10). Saber que el Amor infinito de Dios se encuentra no solo en el origen de nuestra existencia, sino en cada instante, porque Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos, nos llena de seguridad»[7].

En los últimos tiempos se ha trabajado mucho para entender de nuevo la importancia de la lucha dentro del desarrollo humano integral, especialmente en el área del trabajo profesional y la educación. «Pensad un poco en los colegas vuestros que destacan por su prestigio profesional, por su honradez, por su servicio abnegado: ¿no dedican muchas horas en la jornada —y aun en la noche— a esa tarea? ¿No tenemos nada que aprender de ellos?»[8]. Seguramente podemos aprender de ellos a luchar mejor, y así ser libres para amar más. Además, quienes luchan mejor suelen tener una *lucha abierta*. No ven sus habilidades —sus *talentos*— como algo fijo o determinado. Como los dos primeros siervos de la parábola de Jesús, entienden que lo que se les confía está destinado a crecer a través del esfuerzo y la lucha. Si seguimos este ejemplo, advertiremos que la lucha en sí misma vale la pena: los reveses y las dificultades no aparecerán ya como fracasos, sino

como oportunidades para aprender y mejorar; no experimentaremos el esfuerzo como una carencia, sino como una señal de progreso; y, en lugar de sentirnos heridos porque vean nuestros defectos, desearemos conocer nuestra debilidad y recibir el consejo de otros.

Posiblemente los dos primeros siervos de la parábola creyeron que lo que se les había confiado podía crecer. Fueron atraídos e inspirados por la confianza de su amo. Nosotros podemos sentirnos igualmente inspirados, igualmente libres, cuando descubrimos una vez más cómo el amor de nuestro Padre Dios se encuentra en la misión única que nos ha confiado a cada uno de nosotros. Una misión que implica sacrificio y lucha para llevarla a cabo.

El Señor nos ha confiado una misión maravillosa. Ha querido contar con nosotros para hacer presente su Amor infinito en medio del mundo en que vivimos. Por eso, «saber que Dios nos espera en cada persona (cfr. *Mt* 25,40), y que quiere hacerse presente en sus vidas también a través de nosotros, nos lleva a procurar dar a manos llenas lo que hemos recibido. Y en nuestra vida, hijas e hijos míos, hemos recibido y recibimos mucho amor. Darlo a Dios y a los demás es el acto más propio de la libertad. El amor *realiza* la libertad, la redime: la hace encontrarse con su origen y con su fin, en el Amor de Dios»[9]. Los dos siervos que cultivaron el don de su amo finalmente descubrieron una recompensa mucho mayor que la que podían haber imaginado: «Muy bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en la alegría de tu señor» (*Mt* 25,23). Este es el gozo que buscamos, y es también el gozo que nos acompaña en nuestra lucha, lleno de la esperanza que hizo exclamar a San Pablo: «Porque estoy convencido de que los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros» (*Rm* 8,18).

Volver al índice

Notas

1 San Josemaría, *Amigos de Dios*, 132.

2 *Ibidem*.

3 San Josemaría, *Surco*, 739.

[4] *Ibidem*, n. 158.

[5] F. Ocáriz, Carta pastoral, 9-I-2018, n. 5

[6] *Ibidem*.

[7] *Ibidem*, n. 4.

[8] *Amigos de Dios*, n. 60.

[9] F. Ocáriz, Carta pastoral, 9-I-2018, n. 4.

Amados, llamados, enviados. Sentido de misión (I)

Lucas Buch

Hay una escena en los primeros capítulos del libro de los *Hechos* que no ha perdido un ápice de fuerza. Después de haber sido encarcelados, los apóstoles son milagrosamente liberados por un ángel y, en lugar de huir de las autoridades, vuelven al templo a predicar. De nuevo, son arrestados y conducidos ante los príncipes de los sacerdotes. Estos, sorprendidos de lo que ven, les preguntan: «¿No os habíamos mandado expresamente que no enseñaseis en ese nombre?». Los apóstoles, lejos de arredrarse, responden: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5,28-29).

Los primeros cristianos heredaron esa profunda convicción. El libro de los *Hechos* recoge múltiples ejemplos, y la historia de los primeros siglos del cristianismo es suficientemente elocuente. Con la naturalidad de lo auténtico, una y otra vez nos encontramos con la misma necesidad: «Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20). Los creyentes son capaces de afrontar castigos, e incluso la muerte, sin perder la alegría. Hay algo en su corazón que les hace felices, una plenitud y una Vida que ni siquiera la muerte puede quitarles, y que no pueden dejar de compartir. Para nosotros, que hemos llegado a la Iglesia mucho tiempo después, surge clara una pregunta: ¿Es todo eso algo propio del pasado?, ¿o deberíamos vivir nosotros algo parecido?

La actualidad de la llamada

Quizá nos parece que entre nosotros y aquellos primeros cristianos hay un abismo, que ellos poseían un grado de santidad que jamás podremos alcanzar, que la cercanía física con Jesucristo (o al menos con alguno de los Doce) les hizo poco menos que impecables y les llenó de un encendimiento que nada ni nadie podía apagar. En realidad, basta abrir el Evangelio para darnos cuenta de que no es así.

Muchas veces los apóstoles se presentan como hombres con miserias: tanto como nosotros. Por otra parte, no tienen una especial preparación intelectual. Jesús envía a los primeros setenta y dos cuando llevan apenas unas pocas semanas con Él... (cfr. *Lc* 10,1 - 12). Sin embargo, los fieles de la primera Iglesia tienen muy clara una cosa: que Jesucristo, el Señor, ha muerto y ha resucitado por cada uno de ellos, que les ha entregado el Don del Espíritu Santo y que con ellos cuenta para que esa salvación llegue al mundo entero. No es cuestión de preparación, ni de tener unas condiciones excepcionales para el apostolado; se trata sencillamente de acoger la llamada de Cristo, de abrirse a su don y de corresponder con la propia vida. Tal vez por eso el Papa Francisco ha querido recordarnos, con palabras de san Pablo, que «a cada uno de nosotros el Señor nos eligió "para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor" (*Ef* 1,4)»[1].

La Iglesia de todos los tiempos es consciente de haber recibido de Cristo una llamada y, con ella, una tarea; es más, ella misma *es* esa llamada y *es* esa tarea: la Iglesia «es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre»[2]. No se trata de un hermoso deseo, o de una empresa humana, sino que su «misión continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión del mismo Cristo»[3]. En otras palabras, la Iglesia —y, en ella, cada uno de sus fieles— es continuación de la misión de Cristo, que fue enviado a la tierra para hacer presente y llevar a consumación el Amor de Dios por sus criaturas. Y eso es posible porque el Señor le envió —y nos envía— al Espíritu Santo, que es el principio de ese mismo Amor.

Así pues, también nosotros somos fruto de una llamada, y nuestra vida consiste en una tarea en el mundo y para el mundo. Nuestra vida espiritual y la idea que tenemos del apostolado cambian cuando las consideramos en esta perspectiva. El Señor nos ha buscado y nos envía al mundo para compartir con todos la salvación que hemos recibido. «"Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros..." Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a ti»[4]. *A mí*: a cada una y a cada uno. En la presencia de Dios, podemos considerar: «Soy cristiano porque Dios me ha llamado y me ha enviado...». Y desde el fondo del corazón, movidos por la fuerza de su Espíritu, contestaremos con las palabras del Salmo: «¡Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad!» (cfr. *Sal* 40,8-9).

La experiencia de un *mandato imperativo*

Durante los años cincuenta, cuando viajaba por Europa para visitar a los primeros fieles del Opus Dei que habían marchado a distintos países para poner en marcha la labor apostólica de la Obra, san Josemaría «dirigía a menudo la oración de la tarde de quienes le acompañaban, haciéndoles considerar el texto evangélico en que el Señor dice a los apóstoles: Os he elegido para que vayáis..., *ut eatis*»[5]. Era como un estribillo. Procuraba que las palabras de Jesús resonaran en los corazones de quienes tenía cerca para que se reafirmaran en la verdad que daba sentido a su vida y mantuvieran vivo el sentido de misión que ponía en movimiento su entera existencia: « No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (*Jn* 15,16).

Hemos leído y hemos escuchado muchas historias de las primeras personas que siguieron al Señor en el Opus Dei: el primer círculo, en el asilo de *Porta Coeli*; la primera residencia, en la calle Ferraz; la intensa vida de familia que san Josemaría procuró cultivar durante los años dramáticos de la Guerra Civil; la primera expansión por España; la llegada a Roma; la rápida expansión por todo el mundo... Aquellos jóvenes —y no tan jóvenes— seguían al fundador conscientes de estar siguiendo una auténtica llamada de Dios. A través de la Obra, habían encontrado a Jesucristo y habían descubierto un tesoro por el que valía la pena dar la vida entera: el amor de Cristo, la misión de llevar ese Amor al mundo entero, de acercar a muchas personas a su calor, de encender los corazones en ese fuego divino. No necesitaban que nadie se lo recordase: les urgía extender el incendio. Es muy comprensible: «El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión»[6].

Unos eran jóvenes y entusiastas; otros, quizá, más fríos y racionales; pero todos estaban convencidos de que, detrás de aquel joven sacerdote y de la obra que tenía entre manos, había un querer explícito de Dios. Por eso fueron capaces de seguir la invitación del Señor, dejar todas las cosas y seguirle. Habían experimentado aquello que san Josemaría les repetía: «No olvidéis, hijos míos, que no somos almas que se unen a otras almas, para hacer una cosa buena. Esto es mucho... pero es poco. Somos apóstoles que *cumplimos un mandato imperativo de Cristo*»[7]. Y, como seguían a Jesús con una libertad alegre, aquel mandato no les

pesaba. Al contrario. Es lo que también les solía decir el fundador: «Esa convicción sobrenatural de la divinidad de la empresa acabará por daros un entusiasmo y amor tan intenso por la Obra, que os sentiréis dichosísimos sacrificándoos para que se realice»[8]. No necesitaban que nadie les glosara el sentido de estas palabras: lo vivían.

«No hacemos apostolado, ¡somos apóstoles!»

Contemplar las historias de los comienzos no nos deja indiferentes. Han pasado muchos siglos desde la predicación apostólica. No han pasado aún cien años desde la fundación de la Obra. Toda la historia de la Iglesia nos permite comprender que la llamada del Señor sigue resonando a través de los siglos, en el corazón de cada creyente —en el nuestro—. El Amor se ha presentado en nuestra vida, hemos sido alcanzados por Cristo (cfr. *Flp* 3,12): a cada una y a cada uno nos corresponde abrazar ese Amor y dejar que nuestras vidas sean transformadas por Él. Una cosa va unida a la otra. Cuanto más centrada está nuestra vida en Cristo, más «se fortalece el sentido de misión de nuestra vocación, con una entrega plena y alegre»[9].

Los primeros y las primeras en la Obra, como aquellos primeros cristianos, encontraron a Jesucristo, abrazaron con todas sus fuerzas su Amor y la misión que les presentaba, y vieron cómo su vida se transformaba de un modo maravilloso. En ellos se cumplió lo mismo que el Padre ha querido recordarnos poco después de su elección: «Somos libres para amar a un Dios que llama, a un Dios que es amor y que pone en nosotros el amor para amarle y amar a los demás. Esta caridad nos da plena conciencia de nuestra misión, que no es "un apostolado ejercido de manera esporádica o eventual, sino habitualmente y por vocación, tomándolo como el ideal de toda la vida"»[10].

La misión apostólica, que llena la vida entera, no es un encargo que alguien nos impone, ni una carga que hay que sumar a nuestras obligaciones cotidianas; es la expresión más exacta de nuestra propia identidad, que la llamada nos descubrió: «no hacemos apostolado, ¡somos apóstoles!»[11]. Al mismo tiempo, al *vivir esa misión* se refuerza nuestra identidad de apóstoles. En este sentido, la vida de san Pablo es siempre una fuente de inspiración. Cuando se lee la historia de sus

viajes, llama la atención la cantidad de ocasiones en que su misión no alcanza el resultado esperado. En el primero, por ejemplo, es rechazado por los judíos en Antioquía de Pisidia, y más tarde es expulsado de la ciudad; se ve obligado a huir de Iconio, amenazado de muerte; es lapidado en una ciudad de Licaonia… (cfr. *Hch* 13-14).

Con todo, el apóstol de las gentes no pierde de vista la llamada que Jesús le dirigió camino de Damasco, y luego concretó ya en esa ciudad. Por eso, no se cansa de repetir: «¡El amor de Cristo nos urge!» (*2 Co* 5,14). Incluso cuando escribe a una comunidad que aún no le conoce, no temepresentarse como « Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación, designado para el Evangelio de Dios» (*Rm* 1,1). Ese es él: el «apóstol por vocación». Y enseguida se dirige a aquellos fieles como «elegidos de Jesucristo (…) amados de Dios, llamados a ser santos» (*Rm* 1,6-7). Pablo se sabe llamado por Dios, pero es igualmente consciente de que, en realidad, todos los fieles lo somos[12]. Su sentido de misión le lleva a vivir una fraternidad que va más allá de los lazos terrenos.

De modo análogo, a la pregunta «¿Quién soy yo?», podríamos responder: «Soy alguien amado por Dios, salvado por Jesucristo; elegido para ser apóstol, llamado a llevar a muchas personas el Amor que he recibido. Por eso, el apostolado no es para mí un *encargo*… sino una necesidad». Tras haber encontrado a Jesucristo, sabemos que somos sal y luz, y por eso no podemos dejar de dar sabor, de iluminar, dondequiera que estemos. Este es uno de aquellos descubrimientos que revolucionan la vida espiritual, y que nadie puede hacer por mí.

Con la fuerza del Espíritu Santo

Cuando descubrimos al Señor en nuestra vida, cuando nos sabemos amados, llamados, elegidos, y nos decidimos a seguirle, «es como si se encendiera una luz dentro de nosotros; es un impulso misterioso, que empuja al hombre a dedicar sus más nobles energías a una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio»[13].

La misión apostólica es, en primer lugar, «como si se encendiera una luz dentro de nosotros». La oscuridad propia de la existencia, que consiste en no conocer con certeza el sentido de nuestra vida, se desvanece. La invitación que Jesucristo nos dirige nos permite

comprender nuestro pasado y, al mismo tiempo, nos ofrece una ruta clara para el futuro. Jesús mismo vivió así su vida en la tierra. Cuando multitud de personas le piden que se quede en un lugar, Él sabe que debe continuar su viaje, «porque para esto he sido enviado» (*Lc* 4,43). Incluso al encarar su Pasión permanece sereno y confiado, y ante el juez romano no duda: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (*Jn* 18,37).

Vivir con *sentido de misión* es saberse en todo momento enviados por el Señor para llevar su Amor a quienes tenemos cerca: para eso hemos sido creados. Y es también decidir en cada momento qué hacer, en función de esa misión que da contenido y finalidad a nuestro paso por la tierra. Puede haber dificultades, obstáculos, contradicciones; habrá momentos de oscuridad; pero la estrella que marca el norte sigue brillando siempre en el firmamento. Mi vida tiene un porqué, hay una luz que me permite orientarme.

Esa luz de la misión es al mismo tiempo *impulso*. Pero no lo es como una fuerza humana. Por supuesto, habrá en nuestra vida momentos de entusiasmo sensible, en que experimentaremos un deseo encendido de pegar el fuego de Cristo a quienes tenemos cerca. Sin embargo, cualquiera que lleve algo de tiempo siguiendo al Señor ha podido comprobar que el impulso humano viene y va. Eso no tiene nada de malo: es humano, y los santos son los primeros que lo han vivido, como nos recuerda, sin ir más lejos, la vida del beato Álvaro del Portillo. Como es sabido, poco después de pedir la admisión en la Obra tuvo que escribir al fundador para reconocer que se le había pasado el entusiasmo[14].

En todo esto, conviene no perder de vista que la auténtica fuerza, el dinamismo que nos lleva a salir de nosotros mismos para servir a los demás «no es una estrategia, sino la fuerza misma del Espíritu Santo, Caridad increada»[15]. En efecto, «ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu», y por eso precisamente, «para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él "viene en ayuda de nuestra debilidad" (*Rm* 8,26). Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente»[16]. Los fieles del Opus Dei le invocamos a diario en la Santa Misa, en algunas oraciones vocales como el Santo Rosario o las *Preces* de la Obra. En

ocasiones, nos ayudará acudir también a alguna oración dirigida especialmente a Él, como la secuencia de Pentecostés, el himno *Veni Creator Spiritus*, o tantas otras oraciones que a lo largo de los siglos se le han dedicado. En todas ellas le pedimos que venga, que nos transforme, que nos llene del Amor y la fuerza que movieron al Señor. Le pediremos entonces: «Espíritu de amor, creador y santificador de las almas, cuya primera obra es transformarnos hasta asemejarnos a Jesús, ayúdame a parecerme a Jesús, a pensar como Jesús, a hablar como Jesús, a amar como Jesús, a sufrir como Jesús, a actuar en todo como Jesús»[17].

Así, el impulso transformador del Espíritu Santo nos dará un corazón encendido como el de Jesucristo, y la misión apostólica se convertirá en la sangre que moverá nuestro corazón. Poco a poco, como señalaba san Josemaría en el texto que se ha citado más arriba, tomará forma para nosotros en «una actividad que, con la práctica, llega a tomar cuerpo de oficio»[18]. Si nos dejamos llevar por el Amor de Dios, si permanecemos atentos a sus inspiraciones y hacemos caso a esos pequeños gestos que Él nos indica, el apostolado se convierte en el oficio que constituye nuestra propia identidad. No necesitaremos *proponérnoslo*, y tampoco precisaremos estar en un lugar o en un contexto determinados para actuar como apóstoles. Del mismo modo que alguien *es* médico (y no solo *hace de* médico), y no deja de serlo en ningún lugar o circunstancia (en un autobús donde se marea una persona, durante las vacaciones, entre semana y en fin de semana, etc.), nosotros *somos apóstoles* en todo lugar y circunstancia. En el fondo, se trata de algo tan sencillo como ser lo que ya somos: «los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (*Rm* 8,14). Lo principal es que permanezcamos abiertos a la acción del Paráclito, atentos para «reconocer cómo podemos cumplir mejor esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo»[19] y que constituye la realización de nuestra propia vida.

Volver al índice

Notas

1 Francisco, Ex. ap. *Gaudete et exsultate* (19-III-2018), n. 2.

2 Concilio Vaticano II, Decreto *Ad Gentes* (7-XII-1965), n. 2.

[3] *Ibíd.*, n. 5.

[4] San Josemaría, *Camino*, n. 904.

[5] A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 3, Rialp, Madrid 2003, p. 339.

[6] Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 9.

[7] San Josemaría, *Instrucción 19-III-1934*, n. 27.

[8] San Josemaría, *Instrucción 19-III-1934*, n. 49.

[9] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8. Cfr. San Josemaría, *Forja*, n. 270.

[10] *Ibidem*, n. 9.

[11] *Ibidem*.

[12] De ahí viene precisamente el término Iglesia, *ekklesía*, que literalmente significa «convocación», puesto que «en ella, Dios "convoca" a su Pueblo desde todos los confines de la tierra» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 751).

[13] San Josemaría, *Carta 9-I-1932*, n. 9.

[14] Cfr. *Camino*, edición crítico-histórica, Rialp, Madrid 2004, comentario al n. 994.

[15] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 9.

[16] Francisco, *Evangelii gaudium*, nn. 261 y 280, respectivamente. En ese mismo documento, nos sugería: «Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma» (*Ibid.*, n. 259).

[17] A. Riaud, *La acción del Espíritu Santo en las almas*, Palabra, Madrid 1983[5], pp. 49-50. Algunas oraciones al Paráclito se pueden encontrar en el volumen preparado por A. Burgos, *Oraciones y plegarias al Espíritu Santo*, Palabra, Madrid 1998.

[18] San Josemaría, *Carta 9-I-1932*, n. 9.

[19] Francisco, *Gaudete et exsultate*, n. 174.

Apóstoles en medio del mundo. Sentido de misión (II)

Lucas Buch

San Lucas describe con vivos trazos la vida de los primeros creyentes en Jerusalén después de Pentecostés: «Todos los días acudían al Templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo. Todos los días el Señor incorporaba a los que habían de salvarse» (*Hch* 2,46-47). Con todo, pronto llegarían las contradicciones: la prisión de Juan y Pedro, el martirio de Esteban y, finalmente, la persecución abierta.

En ese marco precisamente, narra el evangelista algo sorprendente: «Los que se habían dispersado iban de un lugar a otro anunciando la palabra del Evangelio» (*Hch* 8,4). A cualquiera le llama la atención que, en momentos en que su vida estaba en serio peligro, no renunciaran a seguir anunciando la salvación. Y no es un suceso aislado, sino que refleja un dinamismo constante. Un poco más adelante se encuentra una noticia similar: « Los que se habían dispersado por la tribulación surgida por lo de Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, predicando la palabra solo a los judíos» (*Hch* 11,19). ¿Qué movía a aquellos primeros fieles a hablar del Señor a quienes encontraban, incluso en el mismo momento en que huían de una persecución? Les mueve la alegría que han encontrado y que les llena el corazón: «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (*1 Jn* 1,3). Lo anuncian, sencillamente, «para que nuestra alegría sea completa» (*1 Jn* 1,3). El Amor que se ha cruzado en su camino… deben compartirlo. La alegría es contagiosa. Y eso, ¿no podríamos vivirlo también los cristianos de hoy?

La vía de la amistad

Un detalle de esta escena del libro de los *Hechos* es muy significativa. Entre aquellos que se habían dispersado «había algunos chipriotas y

cirenenses, que, cuando entraron en Antioquía, hablaban también a los griegos, anunciándoles el Evangelio del Señor Jesús» (*Hch* 11,20). Los cristianos no se movían en círculos especiales, ni esperaban llegar a lugares idóneos para anunciar la Vida y la Libertad que habían recibido. Cada uno compartía su fe con naturalidad, en el ambiente que le era más cercano, con las personas que Dios ponía en su camino. Como Felipe con el etíope que volvía de Jerusalén, como el matrimonio de Aquila y Priscila con el joven Apolo (cfr. *Hch* 8,26-40; 18,24-26). El Amor de Dios que llenaba su corazón les llevaba a preocuparse por todas esas personas, compartiendo con ellas aquel tesoro «que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban»[1]. Si partimos de la cercanía con Dios, podremos dirigirnos a quienes nos son más cercanos para compartir lo que vivimos. Más aún, querremos acercarnos a más y más gente, para compartir con ellos la vida nueva que el Señor nos da. De este modo, ahora como entonces, podrá decirse que « la mano del Señor estaba con ellos y un gran número creyó y se convirtió al Señor» *(Hch* 11,21).

Una segunda idea que podemos considerar a la luz de la historia es que, más que por una acción estructural y organizada, la Iglesia crecía —y crece— por medio de la caridad de sus fieles. La estructura y la organización llegarían más tarde, precisamente como fruto de esa caridad y al servicio de ella. En la historia de la Obra hemos visto algo similar. Quienes primero siguieron a san Josemaría querían a los demás con un cariño sincero, y ese era el ambiente en que el mensaje de Dios se fue abriendo camino. Como se cuenta de la primera academia: «“Los de Luchana 33” eran amigos unidos por el mismo espíritu cristiano que transmitía el Padre. Por eso, quien se encontró a gusto en el ambiente formado en torno a don José María y a las personas que estaban junto a él, regresó. De hecho, si al piso de Luchana se acudía por invitación, en cambio se permanecía por amistad»[2].

Nos hace bien recordar estos aspectos de la historia de la Iglesia y de la Obra cuando, con el crecimiento que han tenido a lo largo de los años, existe el riesgo de que confiemos más en las obras de apostolado que en la labor que puede hacer cada una o cada uno. El Padre ha querido recordárnoslo últimamente: «Las circunstancias actuales de la evangelización hacen aún más necesario, si cabe, dar prioridad al trato personal, a este aspecto relacional que está en el centro del modo de

hacer apostolado que san Josemaría encontró en los relatos evangélicos»[3].

En realidad, es natural que sea así. Si el dinamismo propio del apostolado es la caridad que es don de Dios, «en un hijo de Dios, amistad y caridad forman una sola cosa: luz divina que da calor»[4]. La amistad es amor y, para un hijo de Dios, es auténtica caridad. Por eso, no se trata de procurar tener amigos *para* hacer apostolado, sino que amistad y apostolado son manifestaciones de un mismo amor. Más aún, «la amistad misma es apostolado; la amistad misma es un diálogo, en el que damos y recibimos luz; en el que surgen proyectos, en un mutuo abrirse horizontes; en el que nos alegramos por lo bueno y nos apoyamos en lo difícil; en el que lo pasamos bien, porque Dios nos quiere contentos»[5]. No está de más que nos preguntemos: ¿Cómo cuido a mis amigos?, ¿comparto con ellos la alegría que procede de saber lo mucho que le importo a Dios? Y, por otra parte, ¿procuro llegar a más gente, a personas que quizá nunca han conocido a un creyente, para acercarlas al Amor de Dios?

En las encrucijadas del mundo

«Porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, pues es un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no evangelizara!» (*1 Co* 9,16). Estas palabras de san Pablo son un reclamo continuo para la Iglesia. De igual modo, su conciencia de haber sido llamado por Dios para una misión es un modelo siempre actual: «Si lo hiciera por propia iniciativa, tendría recompensa; pero si lo hago por mandato, cumplo una misión encomendada» (*1 Co* 9,17). El apóstol de las gentes era consciente de haber sido llamado para llevar el nombre de Jesucristo «ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel» (*Hch* 9,15), y por eso tenía una santa urgencia por llegar a todos ellos.

Cuando, en su segundo viaje, el Espíritu Santo le condujo a Grecia, el corazón de Pablo se dilataba y se encendía a medida que percibía la sed de Dios a su alrededor. En Atenas, mientras esperaba a sus compañeros, que se habían quedado en Berea, cuenta san Lucas que «se consumía en su interior al ver la ciudad llena de ídolos» (*Hch* 17,16). Se dirigió en primer lugar —como solía— a la sinagoga. Pero le pareció poco, y en cuanto pudo fue también al ágora, hasta que los

mismos atenienses le pidieron que se dirigiera a todos para exponer «esa doctrina nueva de la que hablas» (*Hch* 17,19). Y así, en el areópago de Atenas, donde se daban cita las corrientes de pensamiento más actuales e influyentes, Pablo anunció el nombre de Jesucristo.

Como el apóstol, también nosotros «estamos llamados a contribuir, con iniciativa y espontaneidad, a mejorar el mundo y la cultura de nuestro tiempo, de modo que se abran a los planes de Dios para la humanidad: *cogitationes cordis eius*, los proyectos de su corazón, que se mantienen de generación en generación (*Sal* 33 [32], 11)»[6]. Es natural que en muchos fieles cristianos nazca el deseo de llegar a aquellos lugares que «tienen gran incidencia para la configuración futura de la sociedad»[7]. Hace dos mil años, eran Atenas y Roma. Hoy, ¿cuáles son esos lugares? ¿Hay en ellos cristianos que puedan ser en ellos «el buen olor de Cristo» (*2 Co* 2,15)? Y nosotros, ¿no podríamos hacer algo por acercarnos a aquellos lugares, que a menudo no son ya ni siquiera lugares físicos? Pensemos en los grandes espacios en que muchas personas toman decisiones importantes, vitales para su vida... pero pensemos también en esos mismos centros de nuestra ciudad, de nuestro barrio, de nuestro lugar de trabajo. Cuánto puede hacer, en esos lugares, la presencia de quien promueve una visión más justa y solidaria del ser humano, que no distingue entre ricos o pobres, sanos o enfermos, connacionales o extranjeros, etc.

Bien pensado, todo esto forma parte de la misión propia de los fieles laicos en la Iglesia. Como propuso el Concilio Vaticano II, ellos «están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad»[8]. Esa llamada, común a todos los fieles laicos, se concreta de modo particular en quienes hemos recibido la vocación al Opus Dei. San Josemaría describía el apostolado de sus hijas e hijos como «una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad»[9]. Los veía preocupados por «llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña»[10], poniéndole, con su trabajo, «en la cumbre de todas las actividades de la tierra»[11].

Con el deseo de mantener vivo ese rasgo constitutivo de la Obra, el Padre nos animaba, en su primera carta extensa como prelado, a «promover en todos una gran ilusión profesional: a los que todavía son estudiantes y han de albergar grandes deseos de construir la sociedad, y a los que ejercen una profesión; conviene que, con rectitud de intención, fomenten la santa ambición de llegar lejos y de dejar huella»[12]. No se trata de *estar a la última* por un prurito de originalidad, sino de tomar conciencia de que, para los fieles del Opus Dei, «el estar al día, el comprender el mundo moderno, es algo natural e instintivo, porque son ellos —junto con los demás ciudadanos, iguales a ellos— los que hacen nacer ese mundo y le dan su modernidad»[13]. Es una hermosa tarea, que exige de nosotros un constante empeño por salir de nuestro pequeño mundo y levantar los ojos al horizonte inmenso de la salvación: ¡el mundo entero espera la presencia vivificante de los cristianos! Nosotros, en cambio, «¡cuántas veces nos sentimos tironeados a quedarnos en la comodidad de la orilla! Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas (cfr. *Lc* 5,4). Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cfr. *2 Co* 5,14) y podamos decir con san Pablo: "¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!" (*1 Co* 9,16)»[14].

El desvelo por todas las iglesias

Junto al deseo de llevar la salvación a muchas personas, está en el corazón del apóstol «el desvelo por todas las iglesias» (cfr. *2 Co* 11,28). A veces puede resultar llamativo que, junto a una honda visión de fe y un ardiente celo misionero, Pablo se ocupe en sus cartas de ciertas necesidades materiales. Como cuando escribe a los de Corinto: «En cuanto a la colecta en favor de los santos, haced también vosotros como mandé a las iglesias de Galacia. El primer día de la semana, que cada uno de vosotros ponga aparte lo que le parezca bien y lo guarde, para que no se tengan que hacer las colectas cuando llegue yo» (*1 Co* 16,1-2). El apóstol pasa de lo más santo y elevado a lo más prosaico, porque todo eso forma parte de una misma preocupación y tiene un mismo origen: el fuego de Amor que arde en su corazón de apóstol. En realidad, necesidades en la Iglesia las hubo desde el principio: el libro

de los *Hechos* cuenta cómo Bernabé « tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles» (*Hch* 4,37). La colecta para Jerusalén, sobre la que Pablo insiste en varias de sus cartas, es otro ejemplo vivo.

La Obra no ha sido, tampoco en este punto, una excepción. El afán apostólico ha ido siempre de la mano con la preocupación por las necesidades concretas. Así, apenas una semana después de llegar por primera vez a Roma, el 30 de junio de 1946, san Josemaría escribía por carta a los miembros del Consejo General, que estaba entonces en Madrid: «Yo pienso ir a Madrid cuanto antes y volver a Roma. Es necesario —¡Ricardo![15]— preparar seiscientas mil pesetas, también con toda urgencia. Esto, con nuestros grandes apuros económicos, parece cosa de locos. Sin embargo, es imprescindible adquirir casa aquí»[16]. Las necesidades económicas en relación con las casas de Roma no habían hecho más que empezar, y, como los primeros cristianos, todos en la Obra las veían como algo muy propio. En los últimos años, don Javier solía contar con emoción la historia de los dos sacerdotes que llegaron a Uruguay para comenzar la labor del Opus Dei. Después de un tiempo en el país, recibieron un donativo importante, que les hubiera sacado del apuro en que se encontraban. Sin embargo, no dudaron un momento en enviarlo enteramente para las casas de Roma.

Las necesidades materiales no terminaron en vida de san Josemaría, sino que permanecen —y permanecerán— siempre. Gracias a Dios, las labores se multiplican por todo el mundo, y además hay que pensar en el mantenimiento de las que existen ya. Por eso, es igualmente importante que se mantenga vivo el común sentido de responsabilidad ante esas necesidades. Como nos recuerda el Padre, «nuestro amor a la Iglesia nos moverá a procurar recursos para el desarrollo de las labores apostólicas»[17]. No es cuestión solamente de que pongamos de nuestra parte, sino sobre todo de que ese esfuerzo nazca del amor que tenemos a la Obra.

Disponibilidad para hacer el Opus Dei en la tierra

Conocemos bien la alegría que le daba a san Josemaría la entrega alegre que veía en sus hijas y en sus hijos. Era una manifestación de la fe que tenían en el origen divino de su llamada. En una de sus últimas cartas,

agradeció al Señor que hubieran vivido una «total disponibilidad —dentro de los deberes de su estado personal, en el mundo— para el servicio de Dios en la Obra»[18]. Los momentos de incertidumbre y contestación que se vivían en la Iglesia y en el mundo hacían brillar con una luz muy especial esa entrega generosa: «jóvenes y menos jóvenes, han ido de acá para allá con la mayor naturalidad, o han perseverado fieles y sin cansancio en el mismo lugar; han cambiado de ambiente si se necesitaba, han suspendido un trabajo y han puesto su esfuerzo en una labor distinta que interesaba más por motivos apostólicos; han aprendido cosas nuevas, han aceptado gustosamente ocultarse y desaparecer, dejando paso a otros: subir y bajar»[19].

En efecto, aunque la labor principal de la Obra sea el apostolado personal de cada uno de sus fieles[20], no hay que olvidar que se promueven también, de modo corporativo, algunas actividades sociales, educativas y benéficas. Son manifestaciones distintas del mismo amor ardiente que Dios ha puesto en nuestros corazones. Además, la formación que da la Obra requiere «una cierta estructura»[21], reducida pero imprescindible. El mismo sentido de misión que nos lleva a acercarnos a muchas personas, y a procurar ser levadura en los centros de decisión de la vida humana, mantiene en nosotros una sana preocupación por estas necesidades de toda Obra.

Muchos fieles del Opus Dei, célibes y casados, trabajan en labores apostólicas de muy distinto tipo. Algunos se ocupan de las tareas de formación y gobierno de la Obra. Aunque no constituyen la esencia de su vocación, estar abierto a esos encargos forma parte de su modo concreto de ser Opus Dei. Por eso el Padre les anima a tener, junto a una «gran ilusión profesional», «una disponibilidad activa y generosa para dedicarse cuando sea preciso, con esa misma ilusión profesional, a las tareas de formación y gobierno»[22]. No se trata de aceptar esas tareas como un encargo impuesto, que nada tiene que ver con la propia vida. Al contrario, es algo que nace de la conciencia de haber sido llamados por Dios para una tarea grande y, como san Pablo, de querer hacerse «siervo de todos para ganar a cuantos más pueda» (*1 Co* 9,19). Esas tareas son, de hecho, una «labor profesional, que exige una específica y cuidadosa capacitación»[23]. Por eso, cuando se aceptan encargos de este tipo se reciben con *sentido de misión*, para vivirlos con el deseo de aportar cada uno su granito de arena. Y por la misma razón, no les deben sacar del mundo, sino que, en su caso, serán el modo en que

permanezcan en medio del mundo, reconciliándolo con Dios, y el *quicio* en torno al cual gire su santificación.

En la primera Iglesia, los discípulos tenían «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). Vivían pendientes unos de otros, con una encantadora fraternidad: «¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me abrase de dolor?» (*2 Co* 11,29). Desde el lugar en que habían encontrado la alegría del Evangelio, llenaban el mundo de luz. Todos sentían la preocupación de acercar a muchas personas a la salvación cristiana. Todos deseaban colaborar en la labor de los apóstoles: con su propia vida entregada, con su hospitalidad, con ayudas materiales o poniéndose a su servicio, como los compañeros de viaje de Pablo. No es un cuadro del pasado, sino una maravillosa realidad, que vemos encarnada en la Iglesia y en la Obra, y que estamos llamados a encarnar hoy, con toda la actualidad de nuestra libre correspondencia al don de Dios.

Volver al índice

Notas

1 Francisco, Ex. ap. *Gaudete et exsultate* (19-III-2018), n. 131.

2 J.L. González Gullón, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Rialp, Madrid, p. 196.

3 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 9.

4 San Josemaría, *Forja*, n. 565.

5 F. Ocáriz, Carta pastoral, 9-I-2018, n. 14.

6 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

7 *Ibidem*, n. 29.

8 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium* (21-IX-1964), n. 31.

9 San Josemaría, *Instrucción 19-III-1934*, n. 42.

10 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 105.

11 *Ibidem*, n. 183.

12 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

[13] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 26.

[14] Francisco, *Gaudete et exsultate*, n. 130.

[15] Ricardo Fernández Vallespín era entonces el Administrador General de la Obra y, por tanto, quien tenía el encargo de velar por las necesidades económicas.

[16] A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, Rialp, Madrid, p. 45.

[17] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

[18] San Josemaría, *Carta 14-II-1974*, n. 5.

[19] *Ibidem*.

[20] Cfr. *Conversaciones*, n. 51.

[21] *Ibidem*, n. 63.

[22] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-17, n. 8.

[23] San Josemaría, *Carta 29-IX-1957*, n. 9.

Agradar a Dios

Diego Zalbidea

En plena guerra civil española, tras varios meses escondido en diversos lugares, san Josemaría decidió abandonar la capital del país. Era preciso llegar a un sitio donde su vida no corriera peligro, y recomenzar de nuevo su misión apostólica. Con un grupo de sus hijos espirituales, atravesó los Pirineos en un viaje lleno de peligro y consiguió llegar a Andorra. Tras pasar por Lourdes, se dirigió a Pamplona, donde el obispo le acogió y le ofreció alojamiento. Allí, al poco de llegar, en las Navidades de 1937, hizo un curso de retiro en soledad. En un momento de oración, escribía: «Meditación: mucha frialdad: al principio, solo brilló el deseo pueril de que "mi Padre-Dios se ponga contento, cuando me tenga que juzgar". —Después, una fuerte sacudida: "¡Jesús, dime algo!", muchas veces recitada, lleno de pena ante el hielo interior. —Y una invocación a mi Madre del cielo —"¡Mamá!"—, y a los Custodios, y a mis hijos que están gozando de Dios... y, entonces, lágrimas abundantes y clamores... y oración. Propósitos: "ser fiel al horario, en la vida ordinaria"»[1].

Son unas notas íntimas en las que explica cómo se siente su alma, cómo son sus afectos, su estado de ánimo, y lo hace con gran intensidad: hielo, lágrimas, deseos... Busca amparo en sus amores: el Padre, Jesús, María. Y sorprendentemente, en medio de la gran tribulación externa que se vivía en ese momento, saca un propósito que podría parecer nimio: cuidar el horario en la vida ordinaria. Sin duda, esta es una de las grandezas de san Josemaría: conjugar una relación afectiva con Dios, íntima y apasionada, con la fidelidad en la lucha diaria en cosas ordinarias, en apariencia insignificantes.

Un riesgo para quienes desean agradar a Dios

Agradar a alguien es lo contrario de entristecerlo, decepcionarlo. Como queremos amar a Dios y agradarle, es lógico que tengamos miedo a

defraudarlo. Sin embargo, en ocasiones, el miedo puede traer a nuestra mente y a nuestro corazón justo lo que tratamos de evitar. Por otra parte, el miedo es un sentimiento *negativo*, que no puede ser fundamento de una vida plena. Tal vez por eso «en las Sagradas Escrituras encontramos 365 veces la expresión "no temas", con todas sus variaciones. Como si quisiera decir que todos los días del año el Señor nos quiere libres del temor»[2].

Hay una forma de temor ante la que el Padre nos ponía en guardia al comienzo de su primera carta extensa. Nos animaba a «exponer el ideal de la vida cristiana sin confundirlo con el perfeccionismo, enseñando a convivir con la debilidad propia y la de los demás»; a «asumir, con todas sus consecuencias, una actitud cotidiana de abandono esperanzado, basada en la filiación divina»[3]. Una persona santa teme ofender a Dios. Teme igualmente no corresponder a su Amor. El perfeccionista, en cambio, teme no estar haciendo las cosas suficientemente bien y, por eso, teme que Dios esté enfadado. No es lo mismo santidad que perfeccionismo, aunque en ocasiones podemos confundirlos.

Cuántas veces nos llenamos de enfado al contemplar que nos hemos dejado llevar, una vez más, por nuestras pasiones, que hemos vuelto a pecar, que somos débiles para cumplir los propósitos más sencillos. Nos entristecemos, y llegamos a pensar que Dios está decepcionado: perdemos la esperanza de que pueda seguir amándonos, de que realmente podamos vivir una vida cristiana. En esas ocasiones, conviene recordar que la tristeza es aliada del enemigo: no nos acerca a Dios, sino que nos aleja de Él. Confundimos nuestro enfado y nuestra rabieta con una supuesta *decepción de Dios*. Pero el origen de todo eso no es el Amor que le tenemos, sino *nuestro yo* herido, nuestra fragilidad no aceptada.

Al leer de labios de Cristo en el Evangelio: «Sed perfectos», deseamos seguir ese consejo, hacerlo vida nuestra, pero corremos el riesgo de entenderlo como «hacedlo todo perfectamente». Podemos llegar a pensar que, si no lo hacemos todo con perfección, no agradamos a Dios, no somos auténticos discípulos. Con todo, Jesús aclara en seguida el sentido de sus palabras: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5,48). Se trata de la perfección que Dios nos abre al hacernos partícipes de su naturaleza divina. Se trata de la perfección del

Amor eterno, del Amor más grande, del «Amor que mueve al Sol y las demás estrellas»[4], el mismo Amor que nos ha creado libres y nos ha salvado «siendo todavía pecadores» (*Rm* 5,8). Para nosotros, esa perfección consiste en vivir como hijos de Dios, conscientes del valor que tenemos a sus ojos, sin perder nunca la esperanza ni la alegría que nace de sentirnos hijos de tan buen Padre.

Ante el peligro del perfeccionismo podemos considerar que agradar a Dios no está en nuestras manos, pero sí en las de Él. « En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó» (*1 Jn* 4,10). Por eso, debemos renunciar a señalar a Dios cómo tiene que reaccionar ante nuestra vida. Somos criaturas, y por eso hemos de aprender a respetar su libertad, sin imponerle *por qué* o *por qué no* se supone que debe amarnos. De hecho, nos ha demostrado su Amor y, por eso, lo primero que espera de nosotros es que le dejemos amarnos, a su modo.

Dios nos ama libremente

¿Por qué nos cuesta comprender la lógica de Dios? ¿No hemos podido ver, tantas veces, hasta dónde está dispuesto a llegar Dios Padre para conseguir hacernos felices? ¿No es verdad que Jesús se ciñe la toalla ante los apóstoles y les limpia los pies?

En palabras de san Pablo, Dios no perdonó a su propio Hijo para hacernos posible la felicidad para siempre (cfr. *Rm* 8,32). Ha querido amarnos con el Amor más grande, hasta el extremo. Sin embargo, a veces, nosotros continuamos pensando que Dios nos amará en la medida en que *estemos a la altura*, o seamos capaces de *dar la talla*. No deja de ser paradójico. ¿Necesita un niño pequeño hacerse *merecedor* del amor de sus padres? Quizá es más bien a nosotros mismos a quienes estamos buscando con tanta preocupación por *merecer*. Nos puede la inseguridad, la necesidad de buscar puntos de referencia estables, fijos, y pretendemos encontrarlos en nuestras obras, en nuestras ideas, en nuestra percepción de la realidad.

En cambio, nos basta mirar a Dios, Padre nuestro, y descansar en su Amor. En el Bautismo de Jesús y en su Transfiguración, la voz de Dios Padre refiere que se complace en su Hijo. Nosotros también hemos sido bautizados y, por su Pasión, participamos de su vida íntima, de sus

méritos, de su gracia. Eso hace que Dios Padre pueda mirarnos complacido, encantado. La Eucaristía nos transmite, entre otras cosas, un mensaje muy claro sobre lo que Dios siente por nosotros: tiene hambre de estar junto a cada uno, ilusión por esperarnos el tiempo que sea preciso, deseos de intimidad y amor correspondido.

La lucha de un alma enamorada

Descubrir el Amor que Dios nos tiene es el motivo más grande que podemos hallar para amar. De igual modo, «la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más»[5]. No son ideas abstractas. Lo vemos en ejemplos tan humanos como el endemoniado de Gerasa, quien, tras ser liberado por Jesús y ver cómo sus connacionales rechazaban al Maestro, «le suplicaba quedarse con él» (*Mc* 5,18). Lo vemos también en Bartimeo, quien, tras ser curado de su ceguera, «le seguía por el camino» (*Mc* 10,52). Lo vemos finalmente en Pedro, quien solo tras haber descubierto la hondura del Amor de Jesús, que le perdona y confía en él después de su traición, puede responder a su llamada: «Sígueme» (*Jn* 21,19). El descubrimiento del Amor de Dios es el motor más potente para nuestra vida cristiana. De ahí nace nuestra lucha.

San Josemaría nos animaba a considerarlo desde la perspectiva de nuestra filiación divina: «Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres! Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza! Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios?»[6]. La presencia de Dios no llena de temor a sus hijos. Ni siquiera cuando caen. Sencillamente, porque Él mismo ha querido decirnos del modo más claro posible que, también cuando caemos, nos está esperando. Como el padre de la parábola, está deseoso de venir a nuestro encuentro en cuanto le dejemos, y echarse a nuestro cuello y llenarnos de besos (cfr. *Lc* 15,20).

Ante el posible temor a contristar a Dios, podemos preguntarnos: ¿este temor me une a Dios, me hace pensar más en Él?, ¿o me centra en mí: en mis expectativas, en mi lucha, en mis logros? ¿Me lleva a pedir perdón a Dios en la Confesión, y llenarme de gozo al saber que me

perdona?, ¿o me conduce a la desesperanza? ¿Me sirve para recomenzar con alegría?, ¿o me encierra en mi tristeza, en mis sentimientos de impotencia, en la frustración que nace de una lucha basada en mis fuerzas… y en los resultados que *consigo*?

La sonrisa de María

Un suceso de la vida de san Josemaría puede servirnos para comprender esto mejor. Se trata de una de las anotaciones sobre su vida interior que escribía para hacer más sencilla la tarea de su director espiritual. Aunque sea un poco larga, vale la pena citarla por entero:

«Esta mañana —como siempre que lo pido humildemente, sea una u otra hora la de acostarme— desde un sueño profundo, igual que si me llamaran, me desperté segurísimo de que había llegado el momento de levantarme. Efectivamente, eran las seis menos cuarto. Anoche, como de costumbre también, pedí al Señor que me diera fuerzas para vencer la pereza, al despertar, porque —lo confieso, para vergüenza mía— me cuesta enormemente una cosa tan pequeña y son bastantes los días, en que, a pesar de esa llamada sobrenatural, me quedo un rato más en la cama. Hoy recé, al ver la hora, luché… y me quedé acostado. Por fin, a las seis y cuarto de mi despertador (que está roto desde hace tiempo) me levanté y, lleno de humillación, me postré en tierra, reconociendo mi falta —*serviam*!—, me vestí y comencé mi meditación. Pues bien: entre seis y media y siete menos cuarto vi, durante bastante tiempo, cómo el rostro de mi Virgen de los Besos se llenaba de alegría, de gozo. Me fijé bien: creí que sonreía, porque me hacía ese efecto, pero no se movían los labios. Muy tranquilo, le he dicho a mi Madre muchos piropos»[7].

San Josemaría se había propuesto algo que quizá también supone una lucha para nosotros algunas veces: levantarse puntual. Y no lo había conseguido. Era algo que le humillaba. Sin embargo, no confunde su rabieta y su humillación con la magnanimidad del corazón de Dios. Y vio a la Virgen que le sonreía, después de ese fracaso. ¿No es verdad que tendemos a pensar que Dios está contento con nosotros cuando hacemos las cosas bien? ¿Por qué confundimos nuestra satisfacción personal con la sonrisa de Dios, con su ternura y su cariño? ¿No se

conmueve el Señor igualmente cuando nos levantamos otra vez después de una nueva caída?

Muchas veces habremos dicho a la Virgen que hable bien de nosotros al Señor —*ut loquaris pro nobis bona*—. Alguna vez, incluso nos hemos habremos imaginado esas conversaciones entre Ella y su Hijo. En nuestra oración, bien podemos introducirnos en esa intimidad y tratar de contemplar el amor de María y de Jesús por cada uno de nosotros.

«Buscar la sonrisa de María no es sentimentalismo devoto o desfasado, sino más bien la expresión justa de la relación viva y profundamente humana que nos une con la Madre que Cristo nos ha dado. Desear contemplar la sonrisa de la Virgen no es dejarse llevar por una imaginación descontrolada»[8]. Benedicto XVI lo recordó en Lourdes, hablando de la pequeña Bernadette. En su primera aparición, antes de presentarse como la Inmaculada, la Virgen solamente le sonrió. «María le dio a conocer primero su sonrisa, como si fuera la puerta de entrada más adecuada para la revelación de su misterio»[9].

Nosotros queremos ver y vivir también en esa sonrisa. Nuestros errores —por grandes que puedan llegar a ser— no son capaces de borrarla. Si nos levantamos de nuevo, podemos buscar con la mirada sus ojos y nos volveremos a contagiar de su alegría.

Volver al índice

Notas

1 San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1429 (20-XII-1937), en *Camino,* edición crítico-histórica, Rialp, Madrid 2004, nota al n. 746.

2 Francisco, Mensaje, 25-III-2018.

3 F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

4 Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Paraíso, Canto 33.

5 Francisco, Ex. ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 264.

6 San Josemaría, *Camino*, n. 265.

7 San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 701; en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, nt. 139, p. 469.

[8] Benedicto XVI, *Homilía,* 15-IX-2008.

[9] *Ibidem*.

Compartir este libro…

© Copyright 2018 - Oficina de Información del Opus Dei

www.opusdei.org

«Tu rostro, Señor, buscaré»: la fe en el Dios personal

La fe cristiana es una fe con Rostro, una fe que dice: no estás solo en el mundo… hay Alguien que ha querido que existas, que te ha dicho «¡vive!».

LA LUZ DE LA FE13 de febrero de 2018

«De ti piensa mi corazón: "Busca su rostro". Tu rostro, Señor, buscaré»(*Sal* 27,8). Este verso del salmista responde a un motivo que recorre la Sagrada Escritura, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*[1]: toda la historia de Dios con los hombres, que sigue hoy su curso, entre los pliegues de sus páginas. En este anhelo se expresa, pues, algo que late también —de un modo más o menos explícito— en el corazón de los hombres y mujeres del siglo XXI. Porque si durante años podía parecer que el declive de la religión en el mundo occidental era imparable, que la fe en Dios era ya poco más que un mueble obsoleto frente a la cultura moderna y el mundo científico, de hecho sigue viva la búsqueda de Dios y de un sentido trascendente para la propia existencia.

HOY SE HA VUELTO MÁS DIFÍCIL RECONOCER EL ROSTRO DE UN DIOS PERSONAL, O ADVERTIR DE MODO VITAL SU CERCANÍA

En esta búsqueda de lo sagrado, no obstante, se ha dado un notable cambio cualitativo. El cuadro de las creencias es hoy más complejo y fragmentado que en el pasado. En la Iglesia católica ha caído la práctica y han aumentado quienes se declaran cristianos, pero no aceptan algunos aspectos de la doctrina de fe o de la moral. También se da una tendencia a mezclar libremente creencias diversas (por ejemplo, el cristianismo y el budismo). Ha aumentado el número de personas que dicen creer en una fuerza impersonal y no en el Dios de la fe cristiana, así como el de los miembros de las religiones no cristianas, especialmente orientales, o movimientos *New Age*. Para muchos, la imagen de lo divino se difumina en los contornos de una fuerza cósmica, de una fuente de energía espiritual o de un ser distante e indiferente. En definitiva, se puede decir que en la presente atmósfera cultural se ha vuelto más difícil *reconocer el rostro de un Dios personal*, considerar verdaderamente creíble el mensaje cristiano sobre el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo, o advertir de modo vital su cercanía.

Si hay culturas en las que la visión impersonal de Dios se debe a que la fe cristiana ha tenido poco influjo sobre ellas, en el mundo occidental se trata más bien de un fenómeno cultural complejo: «un extraño olvido de Dios» por el que «parece que todo marche igualmente sin él»[2]. Este olvido, que no puede evitar un cierto «sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos»[3], se manifiesta entre otras cosas en la tendencia a concebir la religión desde una óptica individual, como un "consumo" de experiencias religiosas, en función de las propias necesidades espirituales. Aunque desde esta óptica es difícil comprender que Dios nos llama a una relación personal, tampoco lo facilitaba una concepción bastante extendida tiempo atrás, que veía la práctica religiosa fundamentalmente como una "obligación" o un mero deber exterior hacia Dios. Resulta iluminante en ese sentido la mirada penetrante del beato John Henry Newman sobre la historia: «cada siglo es como los demás, aunque a quienes viven en él les parece peor que cualquiera de los anteriores»[4].

El contexto en el que la fe cristiana se desenvuelve en la actualidad reviste, ciertamente, una nueva complejidad. Pero también hoy —como ayer— es posible redescubrir la fuerza arrolladora de una fe con Rostro, una fe que nos dice: no estás solo en el mundo; hay Alguien que ha querido que existas, que te ha dicho «¡vive!» (cfr. *Ez* 16,6) y que te quiere feliz para siempre. El Dios de Jesucristo, al que se ha criticado de «haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida»[5], quiere realmente que tengamos vida, y vida en abundancia (cfr. *Jn* 10,10), es decir, una felicidad que nadie ni nada nos podrá quitar (cfr. *Jn* 16,22).

El misterio de un Rostro y los ídolos sin rostro

De modo especial en Occidente, algunas personas perciben hoy la espiritualidad y la religión como antagónicas: mientras en la "espiritualidad" perciben autenticidad y cercanía —se trata de sus

experiencias, de sus sentimientos—, en la religión ven sobre todo un cuerpo de normas y creencias que les resulta ajeno. La religión aparece así, quizá, como un objeto de interés histórico y cultural, pero no como una realidad esencial para la vida personal y social. Junto a otros factores, esto puede deberse a ciertas carencias en la catequesis, porque, de hecho, la fe cristiana está llamada a hacerse experiencia en la vida de cada uno, como lo son los encuentros interpersonales, la amistad, etc. «La vida interior —escribía san Josemaría— si no es un encuentro personal con Dios, no existirá»[6]. En esa misma línea, ha escrito el Papa Francisco: «invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él»[7].

EL ENCUENTRO CON DIOS NO RESPONDE A LA LÓGICA INMEDIATA DE LO AUTOMÁTICO: NO SE ACCEDE A UNA PERSONA COMO SE ACCEDE A UNA WEB, SIGUIENDO SENCILLAMENTE UN LINK

Este encuentro, sin embargo, no responde a la lógica inmediata de lo automático. No se accede a una persona como se accede a una web, siguiendo sencillamente un *link*; ni se descubre verdaderamente a una persona como se encuentra un objeto cualquiera. Incluso cuando parece que el hallazgo de Dios ha sido repentino, como sucede con algunas conversiones, los relatos de los conversos suelen mostrar cómo aquel paso se había venido preparando desde mucho tiempo antes, a fuego lento. El camino hacia la fe, y la vida misma del creyente, tiene mucho de espera paciente. «¡Debemos vivir a la espera de este encuentro!»[8]. Los vaivenes de la historia de la salvación —tanto los que se relatan en la Escritura como los que vemos en la actualidad— muestran cómo Dios sabe esperar. Dios espera porque trata con personas. Pero también por eso, porque Él es Persona, el hombre debe aprender a esperar. «La fe, por su propia naturaleza, requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión; es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio de un Rostro, que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno»[9].

El episodio del becerro de oro en el desierto (Cfr. *Ex* 32,1-8) es una imagen perenne de esa impaciencia de los hombres con Dios. «Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de espera»[10]. Se entienden así las advertencias insistentes de los profetas del Antiguo Testamento acerca de la idolatría[11], que atraviesan los siglos hasta hoy. Ciertamente, a nadie le gusta que le llamen idólatra: la palabra tiene una connotación de sumisión y de irracionalidad que la hace poco conciliadora. Sin embargo, es interesante observar que los profetas dirigían el término sobre todo a un pueblo *creyente*. Porque la idolatría no es solo ni principalmente un problema de «las gentes» que no invocan el Nombre de Dios (cfr. *Jr* 10,25): tiende a hacerse un lugar también en la vida del creyente, como una "reserva" por si Dios no fuera a llenar las expectativas del corazón, como si Dios no fuera suficiente. «Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades, porque los ídolos «tienen boca y no hablan» (*Sal* 115,5). Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos»[12]. Esta es, pues, la tentación: asegurarse un rostro, aunque no sea más que el nuestro, como en un espejo. «En lugar de tener fe en Dios, se prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido, porque lo hemos hecho nosotros»[13]. Se deja por imposible la búsqueda del Dios personal, del Rostro que quiere ser acogido, y se opta por rostros que elegimos nosotros: dioses "personalizados" —con el sabor agridulce que a veces deja este adjetivo—; dioses «de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra, que ni ven, ni oyen, ni conocen» (*Dn* 5,23), pero que se prestan a nuestros deseos.

DIOS ESPERA PORQUE TRATA CON PERSONAS; PERO TAMBIÉN POR ESO, PORQUE ÉL ES PERSONA, EL HOMBRE DEBE APRENDER A ESPERAR

Podemos vivir aferrados a esas seguridades durante un tiempo, más o menos largo. Pero es fácil que un revés profesional, una crisis familiar, un hijo problemático o una enfermedad grave hagan derrumbarse esa seguridad. «¿Dónde están los dioses que te hiciste? Que se levanten, si es que pueden salvarte» (*Jr* 2,28). El hombre se da cuenta entonces de que está solo en el mundo; como Adán y Eva en el paraíso tras el pecado, cae en la cuenta de que está desnudo, suspendido en el vacío (cfr. *Gn* 3,7). «Llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor»[14].

Textos para rezar

El Dios personal

¿En qué sentido el cristianismo puede superar las insuficiencias de los ídolos y saciar esa inquietud? Mientras para otras religiones o espiritualidades «Dios queda muy lejos, parece que no se da a conocer, no se hace amar»[15], el Dios cristiano «se ha dejado ver: en el rostro de Cristo vemos a Dios, Dios se ha hecho "conocido"»[16]. El Dios cristiano es el *Alguien* por quien suspira el corazón humano. Y Él mismo ha venido a mostrarnos su rostro: «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida (…) os lo anunciamos» (*1 Jn* 1,3). Cuando todas las seguridades humanas fallan, cuando la vida y su sentido se vuelven inciertos, entra en escena el «Verbo de la vida». Quien le rechaza queda como prisionero de su necesidad de amor[17]; quien le abre las puertas, y decide no agarrarse a sus propias seguridades o a su desesperación, quien se reconoce ante Él como un pobre enfermo, un pobre ciego, puede descubrir su rostro personal.

Ahora bien, ¿qué significa que Dios es *persona*, que tiene rostro? Y sobre todo, ¿tiene sentido esta pregunta? Cuando Felipe pide a Jesús que les muestre al Padre, responde el Señor: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (*Jn* 14,9). El hecho de que Dios se haya hecho hombre en Jesús, de que a través de su humanidad se haya manifestado Dios en persona ―evento que es el centro mismo de la fe cristiana―, muestra que esta pregunta no designa una quimera sino que tiene una meta real.

Sin embargo, si Dios tiene rostro personal, si se ha revelado en Jesucristo, ¿por qué se esconde a nuestra mirada? «¿No lo daría uno todo con tal de que se le permitiera verlo andar por la calle, oír el timbre de su voz, penetrar su mirada, sentir su "poder", percibir con la experiencia más íntima quién es él?»[18] ¿Por qué, si Dios vino al mundo, ha vuelto ahora a esconderse en su misterio? En realidad, el Génesis ―que no solo versa sobre los orígenes, sino también sobre los ejes mismos de la historia― muestra que es más bien el hombre quien se esconde de Dios por el pecado (cf. *Gn* 3,9-10).

Con todo, imaginando que Jesús se hubiera quedado en la tierra, ¿verdaderamente sería más personal la relación con Él? Cada uno dispondría, en el mejor de los casos, de unos pocos instantes en la vida para estar con Él. Unas palabritas, y una foto, como con los famosos... Admitiendo, pues, que Dios «se esconda»... se puede decir que lo hace precisamente porque quiere entablar una relación personal con cada hombre y cada mujer: de tú a tú, de corazón a corazón. En la relación con Dios sucede, en el modo más intenso posible, algo que es propio todas las relaciones personales: que nunca acabamos de conocer al otro del todo; que es necesario buscarle. «Sí, por detrás de las gentes te busco. / No en tu nombre, si lo dicen, / no en tu imagen, si la pintan. / Detrás, detrás, más allá»[19].

«El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (*Jn* 14,9). La Encarnación de Dios hace de la personalidad humana un camino apto para acercarse al misterio del Dios personal. De hecho se trata del único camino, porque no conocemos de modo directo ningún otro modo de existencia personal. Al recorrerlo, sin embargo, es necesario evitar el *antropomorfismo*: la tendencia a describir un Dios a la medida del hombre, algo así como un ser humano agrandado, perfeccionado. Ya el hecho mismo de que Dios sea una Trinidad de personas muestra cómo su Ser personal desborda los marcos de nuestra propia experiencia; pero no la hace por eso inútil para intentar acercarnos a su Misterio, con las alas de la fe y de la razón[20].

Retomemos, pues, la pregunta: ¿Qué significa ser persona? Una persona se distingue de los seres no personales en que «*se posee* a sí misma por la voluntad y *se comprende* perfectamente por la inteligencia: es la trascendencia de un ser que puede decir "yo"»[21]. Trascendencia, porque el "yo" de cada persona ―incluso de quienes no pueden decir "yo"― hace de ella una realidad irreductible al resto del universo; por así decir, cada persona es un abismo. «Un abismo llama a otro abismo» (*Sal*42,8), dice el verso de un salmo, en el que san Agustín reconoce el misterio de la persona humana[22]. Pues bien, decir que Dios es persona significa que se trata de un "Yo" que es dueño de sí y que es distinto de mí, pero que a la vez no está junto a mí como cualquier otra persona humana. Dios es, como decía también san Agustín en una expresión de una profundidad y belleza difíciles de superar, *interior intimo meo*: Él está más profundamente dentro de mí que yo mismo[23], porque se encuentra en el origen más profundo de mi ser. Es Él quien ha pensado en mí, y quien ya nunca dejará de hacerlo.

DIOS ESTÁ MÁS PROFUNDAMENTE DENTRO DE MÍ QUE YO MISMO, PORQUE SE ENCUENTRA EN EL ORIGEN MÁS PROFUNDO DE MI SER

Precisamente aquí se dibuja una frontera decisiva entre nuestro ser personal y el de Dios. Nuestra existencia es radicalmente dependiente de Dios: somos *porque Él ha querido*; nuestro ser está en sus manos. «En el comienzo de la filosofía occidental aparece repetidamente la cuestión del *arjé*, el principio de todas las cosas, y se le dan variadas y profundas respuestas. Pero hay solo una respuesta que responda realmente: darse cuenta religiosamente de que mi principio está en Dios. Digámoslo mejor: en la voluntad de Dios, dirigida hacia mí, de que he de ser, y ser el que soy»[24]. Dios ha decidido que yo exista, y sea precisamente tal como soy; por eso puedo aceptarme y considerarme un bien. Es lo que sucede cada vez que el hijo se descubre amado por sus padres, cada vez que una mirada, una sonrisa, un gesto le dice: «¡Para mí es bueno que existas!»[25]: se reconoce enteramente dependiente… y al mismo tiempo querido sin reservas.

«Él nos hizo y somos suyos» (*Sal* 100,3). Esta dependencia radical ¿supone una forma de dominio? Para responder afirmativamente haría falta decir que, cuando una madre sonríe a su hijo pequeño, lo hace con afán de dominarlo. ¿Es el dominio el único modo de relación entre personas? Más aún, ¿es el principal? Frente a la *lógica del dominio* se nos presenta enseguida otra más poderosa: la *lógica del amor*. Frente a la posición de quien dice a otro: «Tienes que ser como digo yo», se alza el grito más hondamente personal: «¡Es bueno que existas… como eres!». Esa es la palabra que se dirige a la persona amada, al hijo enfermo, al padre anciano, cuando se le afirma tal como es… y se le quiere.

Reconocer que yo *no soy mi origen*, pues, no supone sin más aceptar mi finitud: esa es una conclusión que se queda en la superficie de las cosas. En realidad, significa abrirme a la infinitud de Dios; significa reconocer que «en cuanto yo existo, somos dos. Mi existencia es en su misma esencia, relación. Solo subsisto porque soy pronunciado por otro. Reconocer esa absoluta dependencia es simplemente ratificar lo que soy. Solo existo porque soy amado. Y existir será para mí amar a mi vez, responder a la gracia con la acción de gracias»[26]. La Revelación cristiana nos da a conocer a un Dios que se rige por esta lógica. Un Dios que crea por Amor, por una sobreabundancia de Amor. Más: un Dios que *es* Amor. Y precisamente en el encuentro con él descubrimos nuestro rostro personal: descubrimos quiénes somos.

El rostro de Dios

«No somos el producto casual y sin sentido de la evolución —apuntaba Benedicto XVI al ser elegido para la sede de Pedro—. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»[27]. Esta realidad no es simplemente objeto de una *captación intelectual*. En otras palabras, no basta decir: «De acuerdo, ya lo entiendo». Es una *chispa* que enciende la vida entera: da una visión del cristianismo que supera en mucho la de un sistema intelectual y transforma la existencia desde su raíz.

RECONOCER QUE YO NO SOY MI ORIGEN SIGNIFICA ABRIRME A LA INFINITUD DE DIOS; RECONOCER QUE SOLO EXISTO PORQUE SOY AMADO

Desde esta nueva visión, la oración adquiere un lugar central en la existencia, tal como vemos en la vida de Jesús[28]. Lejos de algunas concepciones que desfiguran su sentido, la oración no consiste en un vaciamiento de sí, ni en un servil acatamiento de una voluntad ajena. Lo ilustra bien el Papa Francisco, al describir cómo reza: «siento como si estuviera en manos de otro, como si Dios me estuviese tomando la mano. Creo que hay que llegar a la alteridad trascendente del Señor, que es Señor de todo, pero que respeta siempre nuestra libertad»[29]. La oración es, entonces, en primer lugar, descubrir que estamos *con Dios*: Alguien vivo, real, que no soy yo mismo; Alguien en quien descubro realmente quién soy, en quien descubro mi verdadero rostro.

Al reconocernos creados por Dios, pues, no nos sentimos *negados*, sino precisamente *afirmados*. Alguien nos ha dicho: «¡Es bueno que existas!». Y ese Alguien, además, lo ha ratificado y lo ha definido para siempre al dar su vida por cada uno de nosotros. La alternativa ante Dios no es someterse o rebelarse, sino cerrarse al amor o, sencillamente, *dejarse amar* para responder *amando*. Nuestro Origen es el Amor, y para el Amor hemos sido elegidos y llamados por Dios. Por eso, cuando en el cielo «veamos el rostro de Dios, sabremos que siempre lo hemos conocido. Ha formado parte, ha hecho, sostenido y movido, momento a momento, desde dentro, todas nuestras experiencias terrenas de amor puro. Todo lo que era en ellas amor verdadero, aun en la tierra era mucho más Suyo que nuestro, y solo era nuestro por ser Suyo»[30]. *Lucas Buch - Carlos Ayxelá*

Textos para rezar

* * *

Lecturas para profundizar

Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium, 24-11-2013, nn. 264-267: "El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva"*).

Francisco, Enc. Lumen Fidei, 29-6-2013, nn. 8-39.

Benedicto XVI, Audiencia, 16-1-2013.

Consejo Pontificio para la Cultura, Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso (2003), *Jesucristo, portador de agua viva. Una reflexión cristiana sobre la «Nueva Era»* (acerca del cristianismo, ante el auge del *New Age* y otras espiritualidades*).*

Congregación para la doctrina de la fe (1989) *Orationis Formas. Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana* (acerca de la relación personal con Dios, como aspecto esencial de la oración cristiana)

---

[1] «Tendré que ocultarme de tu rostro, vivir errante y vagabundo por la tierra» (*Gn* 4,14); «No podrás ver mi rostro, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo» (*Ex* 33,20); «El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su gracia» (*Nm* 6,25); ¿Por qué me escondes tu rostro y me tratas como a tu enemigo? (*Jb* 13,24); «¿Cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?» (*Sal* 42,3); «No apartaré de vosotros mi rostro, porque soy misericordioso» (*Jr* 3,12); «Verán su rostro y llevarán su nombre grabado en la frente» (*Ap* 22,4).

[2] Benedicto XVI, Homilía, 21-VIII-2005.

[3] *Ibídem*.

[4] J.-H. Newman, *Lectures on the Prophetical Office of the Church*, Londres 1838, p. 429.

[5] Francisco, Enc. *Lumen Fidei*, 29-VI-2013, n. 2.

[6] *Es Cristo que pasa*, n. 174.

[7] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 3.

[8] Francisco, Audiencia general, 11-X-2017.

[9] Francisco, *Lumen Fidei*, n. 13.

[10] *Ibídem*.

[11] Cfr. por ejemplo *Ba* 6,45-51; *Jr* 2,28; *Is* 2,8; 37,19.

[12] Francisco, *Lumen Fidei*, n. 13.

[13] *Ibídem*.

[14] *Amigos de Dios*, n. 260

[15] Benedicto XVI, *Lectio divina*, 12-II-2010.

[16] *Ibidem.*

[17] Cfr. U. Borghello. *Liberare l'amore*, Milano, Ares 2009, p. 34.

[18] R. Guardini, *El Señor*, IV.6, "Revelación y misterio".

[19] P. Salinas, *La voz a ti debida* en *Poesías Completas*, Barral 1971, p. 223.

[20] Con la imagen de las "alas" se refiere san Juan Pablo II a la fe y la razón, al inicio de su encíclica *Fides et Ratio* (14-IX-1998).

[21] J. Daniélou, *Dios y nosotros*, Cristiandad, Madrid 2003, p. 95 (el subrayado es nuestro).

[22] Cfr. San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 41, nn. 13-14.

[23] San Agustín, *Confesiones* III.6.11.

[24] R. Guardini, *La aceptación de sí mismo – Las edades de la vida*, Guadarrama, Madrid 1962, p. 29.

[25] Esta es la definición que da del amor J. Pieper en su conocida obra *Las Virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2012, pp. 435-444.

[26] J. Daniélou, *Dios y nosotros*, p. 108.

[27] Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del pontificado*, 24-IV-2005.

[28] Cfr. Benedicto XVI, Audiencia, 30-XI-2011.

[29] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco*, 54.

[30] C. S. Lewis, *Los cuatro amores*, Rialp, Madrid 1991, p. 153.

«Dale gracias por todo, porque todo es bueno»

Agradecer, ante lo bueno y ante lo malo, es saberse siempre querido por Dios: gracias por estar aquí a mi lado; gracias porque esto te importa.

VIDA ESPIRITUAL 1 de abril de 2018

Acertar con la propia vida: dar con lo esencial, apreciar lo que vale, ver venir lo malo, dejar pasar lo irrelevante. «Si la riqueza es un bien deseable en la vida, ¿hay mayor riqueza que la sabiduría, que lo realiza todo?» (*Sb* 8,5). La sabiduría no tiene precio: todos la querrían para sí. Es un saber que no tiene que ver con las letras, sino con el *sabor*, con la capacidad de percibir cómo sabe el bien. Lo expresa de modo certero el término *sapientia*, traducción del griego *sophia* en los libros sapienciales. En su significado originario, *sapientia* denota buen gusto, buen olfato. El sabio tiene un paladar para saborear lo bueno. *Da nobis recta sapere*, le pedimos a Dios, con una antigua oración[1]: haz que *saboreemos* lo bueno.

«CUANDO PASEN TREINTA AÑOS, ECHARÉIS LA MIRADA ATRÁS Y OS PASMARÉIS. Y NO TENDRÉIS MÁS QUE ACABAR LA VIDA AGRADECIENDO, AGRADECIENDO…» (SAN JOSEMARÍA)

La Escritura presenta esta sabiduría como un conocimiento natural, que brota con facilidad: «la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran. Se adelanta en manifestarse a los que la desean. Quien madruga por ella no se cansa, pues la encuentra sentada a su puerta» (*Sb* 6,12-14).Sin embargo, para adquirir esta connaturalidad es necesario buscarla, desearla, madrugar por ella. Con paciencia, con la insistencia del salmo: «Oh, Dios, Tú eres mi Dios, al alba te busco, / mi alma tiene sed de Ti; / por Ti mi carne desfallece, / en tierra desierta y seca, sin agua» (*Sal* 63,2). Y esta búsqueda es la tarea de una vida. Por eso, la sabiduría va llegando también con los años. La sabiduría, lo ha dicho el Papa tantas veces, haciéndose eco del Sirácide (cfr. *Si* 8,9), es lo más propio de los ancianos: ellos son «la reserva de sabiduría de nuestro pueblo»[2]. Es cierto que la edad también puede traer consigo inconvenientes como el arraigo de algunos defectos del carácter, cierta resistencia a aceptar las propias limitaciones, o dificultades para comprender a los jóvenes. Pero, por encima de todo eso, suele brillar la capacidad de apreciar, de *saborear*, lo verdaderamente importante. Y eso es, a fin de cuentas, la verdadera sabiduría.

A este saber se refería san Josemaría en una ocasión, hablando a un grupo de fieles de la Obra: «Cuando pasen treinta años, echaréis la mirada atrás y os pasmaréis. Y no tendréis más que acabar la vida agradeciendo, agradeciendo…»[3] A la vuelta de los años quedan, sobre todo, motivos de agradecimiento. Se desdibujan los contornos afilados de problemas y dificultades que quizá en su momento nos agitaron fuertemente, y se pasa a verlos con otros ojos, incluso con cierto humor. Se adquiere la perspectiva para ver cómo Dios le ha ido llevando a uno, cómo ha ido dando la vuelta a sus errores, cómo se ha servido de sus esfuerzos… Quienes convivían con el beato Álvaro recuerdan la frecuencia y la sencillez con que decía: «gracias a Dios». Esa convicción de que uno no tiene más que agradecer recoge, pues, un elemento esencial de la verdadera sabiduría. La que Dios va haciendo crecer en el alma de quienes le buscan, y que pueden decir, incluso antes de llegar a la vejez: «Tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus mandatos» (*Sal* 119,100).

Todo es bueno

Desde las estrecheces y angustias de su escondrijo en la Legación de Honduras, san Josemaría escribía en 1937 a los fieles de la Obra que estaban desperdigados por Madrid: «Mucho ánimo, ¿eh? Procurad que todos estén contentos: todo es para bien: todo es bueno»[4]. La misma tónica tiene otra carta, escrita al cabo de un mes, a los que estaban en Valencia: «Que os animéis. Que os alegréis, si, naturalmente, os habéis entristecido. Todo es para bien»[5].

Textos para rezar

«LAS MISERICORDIAS DE DIOS NOS ACOMPAÑAN DÍA A DÍA. BASTA TENER EL CORAZÓN VIGILANTE PARA PODERLAS PERCIBIR» (BENEDICTO XVI)

Todo es bueno, todo es para bien. En estas palabras se transparentan dos textos de la Escritura. De un lado, el *crescendo* de alegría de Dios durante la creación, que desemboca en la conclusión de que «todo lo que había hecho (…) era muy bueno» (*Gn* 1,31). Del otro, aquella máxima de san Pablo —«todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm* 8,28)— que san Josemaría condensaba en una exclamación: «omnia in bonum!» Años antes, en la Navidad de 1931, esas dos fibras de la Escritura se entretejían en una anotación que daría lugar más tarde a un punto de *Camino*. Todo es bueno, todo es para bien. El reconocimiento por las cosas buenas y la esperanza de que Dios sabrá sacar un bien de lo que parece malo:

> Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.
>
> Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...
>
> Dale gracias por todo, porque todo es bueno[6].

Como se puede observar a simple vista, la secuencia de los motivos de agradecimiento no sigue un orden particular: si todo es bueno, lo es la primera cosa que se nos presenta, y la siguiente, y la otra… todas son motivos de agradecimiento. «Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta». Mira adonde quieras, parece decirnos san Josemaría: no encontrarás más que motivos de agradecimiento. Se refleja en estas líneas, en fin, una admiración que se desborda ante la bondad de Dios; un asombro que recuerda el cántico de las criaturas de san Francisco, en el que también todo es motivo de agradecimiento: «Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas (...). Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento y por el aire, y la nube y el cielo sereno, y todo tiempo, por todos ellos a tus criaturas das sustento (...). Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor»[7].

«Porque te da esto y lo otro». Cuántas cosas nos da Dios, y qué fácilmente nos acostumbramos a ellas. La salud, a la que se ha llamado «el silencio de los órganos», es quizá un ejemplo paradigmático: suele suceder que la damos por descontado hasta que el cuerpo empieza a hacerse notar; y quizá solo entonces valoramos, por su ausencia, lo que teníamos. El agradecimiento consiste aquí, en parte, en *adelantarse*; en afinar el oído para percibir el silencio, la discreción con la que Dios nos da tantas cosas. «Las misericordias de Dios nos acompañan día a día. Basta tener el corazón vigilante para poderlas percibir. Somos muy propensos a notar solo la fatiga diaria (…). Pero si abrimos nuestro corazón, entonces, aunque estemos sumergidos en ella, podemos constatar continuamente qué bueno es Dios con nosotros; cómo piensa en nosotros precisamente en las pequeñas cosas, ayudándonos así a alcanzar las grandes»[8].

AGRADECER A DIOS ES DISFRUTAR CON ÉL DE LAS COSAS BUENAS QUE NOS DA, PORQUE EN COMPAÑÍA DE LAS PERSONAS QUERIDAS SIEMPRE SE DISFRUTA MÁS

Sería empequeñecer este agradecimiento pensar que se trata simplemente de la respuesta a una deuda de gratitud. Es mucho más: precisamente porque consiste en *saborear lo bueno*, agradecer a Dios es *disfrutar con Él* de las cosas buenas que nos da, porque en compañía de las personas queridas siempre se disfruta más. Hasta lo más prosaico puede ser entonces motivo para pasarlo bien; para no tomarse demasiado en serio; para descubrir la alegría de vivir «en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: «Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien (…) No te prives de pasar un buen día» (*Si* 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!»[9]

Todo es para bien

Acordarse de agradecer las cosas buenas que Dios nos da es ya en sí mismo un reto. ¿Qué decir de las cosas menos agradables? «Porque te han despreciado»: porque te han tratado con frialdad, con indiferencia; porque te han humillado; porque no han valorado tus esfuerzos... «Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes». Es cuando menos sorprendente la tranquilidad con la que *tener* y *no*

tener aparecen aquí bajo el mismo signo. ¿Realmente es posible agradecer a Dios la falta de salud, trabajo, tranquilidad? Dar gracias porque te falta tiempo —cuántas veces eso nos hace sufrir—; porque te faltan los ánimos, las fuerzas, las ideas; porque esto o aquello te ha salido mal… Pues sí: también entonces, nos dice san Josemaría, dale gracias a Dios.

Esta actitud nos devuelve a las contradicciones que san Josemaría atravesaba cuando escribía esas cartas desde la legación de Honduras, y al contexto de sufrimiento del que surgió la anotación que está en el origen de este punto de *Camino*[10]. La invitación a *agradecer lo malo*, que aparece de un modo más explícito páginas adelante, tiene su origen en una anotación de cinco días antes: «Paradojas de un alma pequeña. —Cuando Jesús te envíe sucesos que el mundo llama buenos, llora en tu corazón, considerando la bondad de Él y la malicia tuya: cuando Jesús te envíe sucesos que la gente califica de malos, alégrate en tu corazón, porque Él te da siempre lo que conviene y entonces es la hermosa hora de querer la Cruz»[11].

A pesar de su cercanía en el tiempo, esta consideración se sitúa en el marco de otro capítulo de *Camino*, uno de los dos que versan sobre la infancia espiritual. Sale así a la luz una clave desde la que se puede comprender el clima espiritual de esa disposición a dar gracias a Dios «por todo, porque todo es bueno». Si el agradecimiento es un signo de la sabiduría que acompaña a la edad y a la cercanía con Dios, solo surge donde hay una actitud de «abandono esperanzado»[12] en las manos de Dios; una actitud que san Josemaría descubrió por la vía de la infancia espiritual: «¿Has presenciado el agradecimiento de los niños? —Imítalos diciendo, como ellos, a Jesús, ante lo favorable y ante lo adverso: «¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno!...»[13]

Agradecer lo malo no es, desde luego, algo que surja espontáneamente. De hecho, al principio puede parecer incluso algo teatral o incluso ingenuo: como si negáramos la realidad, como si buscáramos consolación en… un cuento para niños. Sin embargo, agradecer en esas situaciones no es dejar de ver, sino *ver más allá*. Nos resistimos a agradecer porque percibimos la pérdida, la contrariedad, el desgarro. Nuestra mirada está todavía muy pegada a la tierra, como sucede al niño a quien le parece que se hunde el mundo porque se le ha roto un juguete, porque se ha tropezado, o porque querría seguir jugando. En el momento es un pequeño drama, pero al rato seguramente se le pasa. «En la vida interior, nos conviene a todos ser (…) como esos pequeñines, que parecen de goma, que disfrutan hasta con sus trastazos porque enseguida se ponen de pie y continúan sus correteos; y porque tampoco les falta —cuando resulta preciso— el consuelo de sus padres»[14].

AGRADECER LO MALO NO ES DEJAR DE VER, SINO VER MÁS ALLÁ

El agradecimiento del que nos habla san Josemaría no es una especie de manto que cubre lo desagradable, como por arte de magia, sino un gesto por el que levantamos la mirada a nuestro Padre Dios, que nos sonríe. Se abre paso así a la confianza, un abandono que pone en un segundo plano la contrariedad, aunque nos siga pesando. Agradecer cuando algo nos duele significa *aceptar*: «La mejor manera de expresar gratitud a Dios y a las personas es aceptarlo todo con alegría»[15]. Seguramente lo primero que sale no es un grito de alegría; quizá todo lo contrario. Aun así, aunque el alma se rebele, agradecer: «Señor, no es posible… no puede ser… pero gracias»; aceptar: «yo querría tener más tiempo, más fuerzas… yo querría que esta persona me tratara mejor… yo querría no tener esta dificultad, este defecto. Pero Tú sabes más». Pediremos a Dios que arregle las cosas como nos parece que deberían ser, pero desde la serenidad de que Él sabe lo que hace, y de que saca bienes de donde quizá solo vemos males.

Agradecer lo malo, siempre con palabras de la misma temporada del «gracias por todo», supone «creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños»[16]. Más allá de la forma particular que tome ese abandono en la vida interior de cada uno, esta actitud delinea la convicción de que ante Dios somos muy pequeños, y que así son nuestras cosas. Y, a pesar de eso, a Dios le importan, y más que a nadie en el mundo. De ahí surge en realidad el agradecimiento de *saberse querido*: gracias por estar aquí a mi lado; gracias porque esto te importa. En medio de la aparente lejanía de Dios, percibimos entonces su cercanía: le contemplamos en medio de la vida ordinaria, porque los problemas forman parte de la vida ordinaria. Bajo las cuerdas de la adversidad, surge así el motivo más profundo por el que agradecemos lo bueno y lo malo: gracias, porque encuentro el Amor por todas partes. El verdadero motivo de acción de gracias, la raíz misma de la acción de gracias, es que Dios me quiere, y que todo en mi vida son ocasiones de amar y de saberme amado.

En el sufrimiento por lo que nos falta, por la frialdad, las carencias, las consecuencias de nuestros errores… se esconden, pues, oportunidades para recordar, para despertarnos al Amor de Dios. Caemos en la cuenta de que, aunque nos cueste renunciar a algo, aunque nos cueste aceptar el dolor o la limitación, ¿qué es lo que nos quita eso, después de todo, si tenemos el Amor de Dios? «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?» (*Rm* 8,35).

«LA MEJOR MANERA DE EXPRESAR GRATITUD A DIOS Y A LAS PERSONAS ES ACEPTARLO TODO CON ALEGRÍA» (SANTA TERESA DE CALCUTA)

Resulta posible, así, dar «gracias por todo, porque todo es bueno». La locura cristiana de agradecerlo todo tiene su origen en la filiación divina. Quien se ha dado cuenta de que tiene un Padre que le quiere no necesita, en realidad, nada más. A un Padre bueno, sobre todo, se le agradece. Así es el amor de Jesús por su Padre: Jesús es todo Él agradecimiento, porque lo ha recibido todo de su Padre. Y ser cristiano es entrar en ese amor, en ese agradecimiento: Te doy gracias, Padre, porque siempre me escuchas (cfr. *Jn* 11,41-42).

No te olvides de agradecer

«Bendice, alma mía, al Señor, no olvides ninguno de sus beneficios» (*Sal*103,2). En la Escritura, Dios nos invita con frecuencia a recordar, porque sabe que vivimos habitualmente en el olvido, como los niños que andan con sus juegos y no se acuerdan de su padre. Dios lo sabe, y lo comprende. Pero nos atrae suavemente a sus brazos, y nos susurra de mil modos: *recuerda*. Agradecer es también, pues, una cuestión de memoria. Por eso el Papa habla con frecuencia de «memoria agradecida»[17].

La disposición a agradecer lo que nos contraría, asombrosa como pueda ser, facilita de hecho acordarse de dar gracias a Dios ante las cosas agradables. Por lo demás, la vida de cada día nos brinda muchas ocasiones para *hacer memoria*: detenerse un instante a bendecir la mesa, a agradecer que Dios nos da algo que llevarnos a la boca; dedicar un tiempo de la acción de gracias de la Misa o de nuestra oración personal a darle gracias por las cosas ordinarias de la vida, para descubrir lo que tienen de extraordinario: un trabajo, un techo, personas que nos quieren; agradecer las alegrías de los demás; ver un don de Dios, y otro, y otro, en las personas que nos prestan un servicio... También hay momentos en que la vida nos sale al encuentro con una chispa de belleza: la luz de un atardecer, una atención inesperada hacia nosotros, una sorpresa agradable… Son ocasiones para ver, entre las fibras a veces un poco grises de la vida diaria, el color del Amor de Dios.

Desde muy antiguo, las culturas del mundo han visto en el avance del día hacia la noche una imagen de la vida. La vida es como un día, y un día es como la vida. Por eso, si el agradecimiento es propio de la sabiduría de quien ha vivido mucho, qué bueno es acabar el día agradeciendo. Al detenerse en la presencia de Dios a sopesar la jornada, Dios *agradecerá* que le agradezcamos tantas cosas, «etiam ignotis»[18]: también las que desconocemos; e incluso que le pidamos perdón, con confianza de hijos, por no haber agradecido suficiente.

Carlos Ayxelà

---

[1] Oración «*Veni Sancte Spiritus*», recogida en *Misal Romano*, Misa votiva del Espíritu Santo (A), oración colecta.

[2] Francisco, Audiencia, 4-III-2015.

[3] San Josemaría, notas de una reunión familiar, 21-I-1955, citado en *Crónica*, VII-55, p. 28 (AGP, biblioteca, P01).

[4] San Josemaría, Carta, 17-V-1937, citada en *Camino*, ed. crítico-histórica, comentario al n. 268.

[5] San Josemaría, Carta, 15-VI-1937; citada en *Ibid.*

[6] San Josemaría, *Camino*, n. 268. La anotación original corresponde al 28 de diciembre de 1931.

[7] San Francisco de Asís, *Cántico de las criaturas*, en *Fonti Francescane*, n. 263.

[8] Benedicto XVI, Homilía, 15-IV-2007.

[9] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 4.

[10] Cf. *Camino*, edición crítico-histórica, comentario a los nn. 267 y 268.

[11] *Camino*, n. 873. La anotación original es del 23 de diciembre de 1931.

[12] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

[13] *Camino*, n. 894. El texto parte también de una anotación del 23 de diciembre de 1931.

[14] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 146.

[15] Santa Teresa de Calcuta, *El amor más grande*, Urano, Barcelona 1997, p. 51.

[16] Santo Rosario, *Al lector*. Este texto pertenece al manuscrito original que san Josemaría redactó «de un tirón» durante la novena a la Inmaculada de 1931; cfr. edición crítico-histórica, facsímiles y fotografías, n. 4.

[17] Cfr. p. ej. Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 13; Homilía, 18-VI-2017; Homilía, 12-XII-2017.

[18] San Josemaría, "En las manos de Dios" (2-X-1971), *En diálogo con el Señor*, edición crítico-histórica, Rialp, 2017, p. 307.

Dios existe y no eres tú, ¡relájate!

En el mes de enero estaba haciendo mis ejercicios espirituales anuales, cuando una expresión que nos dirigió el predicador me llegó al alma de una forma especial: «Dios existe y no eres tú; ¡relájate!»… Acaso aquellas incisivas palabras nos puedan ayudar a todos a acoger la llamada a la conversión que Jesús de Nazaret realizó al comienzo de su vida pública, y que la Iglesia reitera al inicio de la Cuaresma: «Convertíos y creed en el Evangelio».

Estamos ante una invitación a descubrir a Dios como el sentido último de cuanto existe y acontece. No se trata de creer en Dios al modo de una convicción teorética, sino de comprender que la existencia de Dios funda el sentido de la totalidad de la vida. El caso del beato Carlos de Foucauld (S. XIX-XX) es significativo para entender lo que quiero expresar. En un primer momento, él vive de espaldas a Dios; posteriormente comienza a orar diciendo: «Dios mío, si existes, haz que yo te conozca»; para terminar concluyendo: «Desde que me enteré de que Dios existe, mi vida ya no tiene sentido sin Él».

Es importante tener en cuenta que, además del 'ateísmo teórico', que niega la existencia de Dios, existe también un 'ateísmo práctico', propio de quien vive la vida sin ninguna coherencia con la fe que profesa; es decir, como si Dios no existiera. Estos ateos prácticos no se han percatado de que, puesto que Dios existe y es creador y señor de todas las cosas, está presente y actúa en el mundo, en nuestras vidas, en sus vidas… En realidad, la frontera entre la creencia y la increencia no es abstracta, sino existencial. Lo determinante no es creer que Dios existe, sino que yo existo para Dios, y que soy su hijo amado, irreemplazable para Él.

Ocurre que la ausencia de fe en Dios (sea en la forma de ateísmo teórico o práctico) genera un gran cansancio. Es un hecho que el hombre moderno se siente muy cansado, incluso agotado (aunque en realidad no es un cansancio proporcional a su trabajo). Existe un cansancio existencial, que es la consecuencia de no haber encontrado sentido a la vida. Es lo que los clásicos designaban como la 'acedia'. ¡Es agotador pretender ser dioses! Es extenuante pretender tener el control último sobre nuestra propia vida, olvidando la existencia de una providencia que nos cuida y nos conduce. La falta de un sentido último de la vida se traduce en una dispersión agotadora, provocada por la falta de unidad interior. Quizás sea por esto, por lo que Jesús nos hizo aquella inolvidable invitación en el Evangelio: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11, 28).

Se trata de que nos percatemos de que solo Dios es Dios, y de que nosotros no lo somos. Y si nosotros no somos Dios, el resto de las cosas por las que tanto nos preocupamos, tampoco lo son. Una grandísima parte de nuestros sufrimientos, preocupaciones y agobios nacen de haber puesto nuestro ego en el centro del universo. La confianza en Dios es fuente de paz, mientras que la desconfianza es estresante.

Pues bien, llegados a este punto, podemos concluir que en la llamada de Cristo a la conversión, se conjugan, como una sola, dos invitaciones: adoración y abnegación; es decir,

poner a Dios en el centro, y relativizarnos a nosotros mismos. Como dice Éloi Leclerc: «Si aprendiésemos a adorar, atravesaríamos la vida con la tranquilidad de los grandes ríos».

Ahora bien, la adoración no consiste solamente en acudir a una capilla de adoración perpetua, sino en tomarse en serio la abnegación interior que se requiere para que Dios sea realmente el centro de nuestra vida. Abnegarse no es otra cosa que arrinconar nuestro amor propio y educar nuestra sensibilidad en la santa indiferencia ignaciana.

Me permito concluir esta Carta cuaresmal con una propuesta práctica sobre cómo ejercitarnos en esa purificación interior, tan íntimamente ligada a la adoración. La tradición cristiana ha propuesto en el inicio de la Cuaresma la tríada: oración, ayuno y limosna. La abnegación más agradable a Dios, será sin duda aquella que más nos ayude a ser libres para la adoración y el ejercicio de la caridad.

Pues bien, ¿no sería, tal vez, especialmente adecuada para esta Cuaresma la abnegación referida al buen uso de la tecnología? ¿Cuántas personas sufren al sentirse atrapadas por la adicción al juego online de las casas de apuestas, a la pornografía en Internet, o al simple uso compulsivo de los teléfonos móviles; hasta el punto de alterar gravemente sus relaciones personales? Necesitamos recuperar nuestra libertad para poder adorar a Dios y para poder servir al prójimo.

Es un hecho que las nuevas tecnologías de la comunicación son un buen siervo, pero un malísimo señor. La herida narcisista que llevamos dentro de nosotros es explotada de forma cruel desde las adicciones tecnológicas, haciendo de nosotros unos esclavos postmodernos fácilmente manipulables. No en vano, la dictadura más consolidada es aquella que consigue que los esclavos sientan placer en serlo.

Pero volvamos a la tesis de partida: la Cuaresma es una oportunidad inmejorable para redescubrir la llamada que nos hace Jesucristo: «Convertíos y creed en el Evangelio»; es decir, «Dios existe y no soy yo». Estamos llamados a vivir en la confianza en Dios (« ¡relájate!»), pero no al modo narcotizante de la Nueva Era, sino fundados en la tríada cuaresmal: adoración, abnegación y ejercicio de la misericordia.

¿Qué planes tienes para después de tu muerte?

En la felicitación de Pascua de Resurrección del año pasado ("Vida Resucitada", 1-04-2018), me atreví a arrancar mi escrito desde una pregunta un tanto irónica: "¿Hay vida antes de la muerte?".

La pérdida de fe en la vida eterna de una buena parte de Occidente, ha llevado a vivir el presente con un estilo de "vida mortecina". La realidad ha resultado ser muy distinta a la que suponían los que creían que la "muerte de Dios" habría de traducirse en disfrutar con más intensidad del momento presente, sin esperar al cumplimiento de una promesa futura de felicidad, que fácilmente podría resultar alienante. Nada más lejos de la realidad. Lo cierto es que tantas heridas como observamos en el panorama actual (agresividad, amargura, y tantas otras que provienen de la crisis antropológica y de la dictadura del relativismo), sugieren una enmienda a la totalidad a aquella profecía que auguraba una cultura liberada del lastre de sus raíces religiosas. Nuestra sociedad del bienestar y de la abundancia, teniéndolo todo carece de lo principal: la esperanza.

El tiempo nos ha demostrado que la escatología cristiana es, por sí misma, contraria a toda alienación; ya que las consecuencias de la victoria de Cristo sobre la muerte no esperan a sentirse hasta el fin de los tiempos, sino que se adelantan encarnándose en la historia. A los hechos me remito: ¡Cuántas experiencias de liberación y de dignificación del ser humano inspiradas por el resucitado! ¡Cuánta paz y alegría, en medio de las dificultades, en aquellos que han sido alcanzados por Él!

A lo largo de este último año he tenido la oportunidad de descubrir a un magnífico filósofo francés, cuyo nombre es Fabrice Hadjadj, varias de cuyas obras han sido ya traducidas al español. Es reconfortante comprobar la potencia de pensamiento que puede llegar a derivarse de la inspiración cristiana. Entre sus obras me llamó la atención una, cuyo título es un buen aguijón a la indiferencia agnóstica: "Tenga usted éxito en su muerte".

Si de la negación de la vida eterna se ha derivado una crisis de sentido para vivir el presente, parece lógico subrayar la importancia de tomar partido ante la pregunta por el más allá de la muerte. Aunque en nuestra "cultura de la avestruz" pueda parecer una excentricidad propia de filósofos frikis, no puede haber una pregunta más clave en esta vida que la siguiente: ¿Qué planes tienes para después de tu muerte?; como tampoco se puede expresar hacia nuestra prójimo un mejor deseo que éste: ¡Que tengas éxito en tu muerte!

El reciente debate sobre la eutanasia, que discute el derecho al suicidio, ofrece una buena oportunidad para formular las preguntas definitivas sobre el sentido de la vida; esas mismas preguntas que con frecuencia solemos pretender ignorar a lo largo de nuestra existencia, como si la muerte no fuese con nosotros…

La vida, muerte y resurrección de Jesucristo, nos muestran que la dignidad del hombre no puede traducirse en la reivindicación de un supuesto derecho a morir, sino en la vocación a entregar la vida. A esto hacen referencia, de una u otra forma, muchos pasajes evangélicos: Los talentos no han de ser enterrados, sino que deben multiplicarse al servicio de los demás

(cfr. Mt 25, 14-30); el que busca salvar su vida, la pierde; mientras que el que la pierda por la causa de Cristo, la encontrará (cfr.: Mt 16, 25); si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto (cfr. Jn 12, 23-25); etc…

El Evangelio es especialmente claro a la hora de mostrarnos que el objetivo de la vida no es conservarla, ni cabe huir de ella cuando llega el sufrimiento; sino que su razón de ser se concreta en una entrega en gratuidad: «Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis» (Mt 10, 8)… Ahora bien, para poder llegar a entender que nuestra vocación es la de "dar la vida", es necesario haber descubierto primero que Dios dio la suya en favor nuestro.

En el citado libro del filósofo Fabrice Hadjadj podemos leer: «*Este es el problema: la gente muere porque no tiene nada por lo que morir. Se dan muerte porque no se les propone una Verdad a la que entregar sus vidas. Se destrozan por no sacrificarse*». Ya en el siglo XII decía San Bernardo de Claraval: «*El desconocimiento de uno mismo genera soberbia; pero el desconocimiento de Dios genera desesperación*». En esa misma línea, Viktor Frankl, un discípulo aventajado de Freud, y conocido fundador de la Escuela de la Logoterapia de Viena, afirmaba: «*Cuando un hombre tiene un porqué, es capaz de afrontar cualquier cómo*». Por ello, la mayor pobreza de nuestra generación es la falta de sentido, y la necesidad más urgente es la de conocer la revelación de Dios en Cristo.

Ahora bien, la Resurrección de Jesús es la clave de nuestra fe en Él; además de ser el principio y la fuente de nuestra resurrección futura. Así nos lo recuerda San Pablo en su Carta a los Romanos: «*Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús*» (Rm 6, 8-11).

¡Feliz Pascua de Resurrección para todos, con el deseo de que la alegría, la paz y la fuerza del resucitado se manifiesten en el día a día de nuestra existencia!

Jesus piztu da! Pazko zoriontsua guztiontzat!

VIDEOS QUE TE PUEDAN INTERESAR PARA REZAR:

- **SANTIDAD EN EL MATRIMONIO: Sanación de los malos hábitos:**
  Segunda de las charlas de Mons. Munilla para familias en el encuentro organizado por la Pastoral Familiar de Getafe, en la parroquia de Santiago Apóstol, iglesia de Santa Maria, en Villaviciosa de Odón .
  https://www.enticonfio.org/2019/12/01/santidad-en-el-matrimonio-2-sanacion-de-los-malos-habitos/

- **CHEQUEO MATRIMONIAL:**
  Charla de D. Jose Ignacio Munilla en un encuentro de matrimonios organizado por la Pastoral Familiar de la Diócesis de San Sebastián
  https://www.enticonfio.org/2019/11/17/chequeo-matrimonial/

- **ENTREVITA A DON JOSÉ IGNACIO MUNILLA SOBRE MATRIMONIO Y DERECHOA LA VIDA**
  Entrevista en Religion en Libertad, sobre el matrimonio y el derecho a la vida, a Mons. Munilla el 1 de abril de 2019
  https://www.enticonfio.org/2019/05/12/entrevista-en-religion-en-libertad-sobre-el-matrimonio-y-el-derecho-a-la-vida/

- **MEJOR CASARSE QUE VIVIR JUNTOS:**
  El obispo de San Sebastián presenta las razones que da el Papa Francisco en Amoris Laetitia, para casarse, el 2 de mayo de 2016.
  https://www.enticonfio.org/2018/09/07/mejor-casarse-que-vivir-juntos-2/

- **PERDONAR ES OLVIDAR: MÁS EN EL MATRIMONIO**
  Recordar viejas afrentas indica que no se perdonó de verdad. Y ese perdón es imprescindible para la convivencia matrimonial. Lo recordó el obispo de San Sebastián, José Ignacio Munilla, el 21 de abril de 2018, durante una conferencia en el seminario de la Diócesis
  https://www.enticonfio.org/2018/09/07/perdonar-es-olvidar-mas-en-el-matrimonio/

-

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, a través de la Madre Iglesia, Dios «concede a sus hijos anhelar, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que [...] por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios» (Prefacio I de Cuaresma).

De este modo podemos caminar, de Pascua en Pascua, hacia el cumplimiento de aquella salvación que ya hemos recibido gracias al misterio pascual de Cristo: «Pues hemos sido salvados en esperanza» (*Rm*8,24).

Este misterio de salvación, que ya obra en nosotros durante la vida terrena, es un proceso dinámico que incluye también a la historia y a toda la creación. San Pablo llega a decir: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (*Rm* 8,19). Desde esta perspectiva querría sugerir algunos puntos de reflexión, que acompañen nuestro camino de conversión en la próxima Cuaresma.

1. La redención de la creación

La celebración del Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario de preparación, conscientes de que ser conformes a Cristo (cf. *Rm* 8,29) es un don inestimable de la misericordia de Dios.

Si el hombre vive como hijo de Dios, si vive como persona redimida, que se deja llevar por el Espíritu Santo (cf. *Rm* 8,14), y sabe reconocer y poner en práctica la ley de Dios, comenzando por la que está inscrita en su corazón y en la naturaleza, *beneficia también a la creación*, cooperando en su redención. Por esto, la creación —dice san Pablo— desea ardientemente que se manifiesten los hijos de Dios, es decir, que cuantos gozan de la gracia del misterio pascual de Jesús disfruten plenamente de sus frutos, destinados a alcanzar su maduración completa en la redención del mismo cuerpo humano.

Cuando la caridad de Cristo transfigura la vida de los santos —espíritu, alma y cuerpo—, estos alaban a Dios y, con la oración, la contemplación y el arte hacen partícipes de ello también a las criaturas, como demuestra de forma admirable el "Cántico del hermano sol" de san Francisco de Asís (cf. Enc. *Laudato si'*, 87). Sin embargo, en este mundo la armonía generada por la redención está amenazada, hoy y siempre, por la fuerza negativa del pecado y de la muerte.

2. La fuerza destructiva del pecado

Efectivamente, cuando no vivimos como hijos de Dios, a menudo tenemos comportamientos destructivos hacia el prójimo y las demás criaturas —y también hacia nosotros mismos—, al considerar, más o menos conscientemente, que podemos usarlos como nos plazca. Entonces, domina la intemperancia y eso lleva a un estilo de vida que viola los límites que nuestra condición humana y la naturaleza nos piden respetar, y se siguen los deseos incontrolados que en el libro de la Sabiduría se atribuyen a los impíos, o sea a quienes no tienen a Dios como punto de referencia de sus acciones, ni una esperanza para el futuro (cf. 2,1-11). Si no anhelamos continuamente la Pascua, si no vivimos en el horizonte de la Resurrección, está claro que la lógica del *todo y ya*, del *tener cada vez más* acaba por imponerse.

Como sabemos, la causa de todo mal es el pecado, que desde su aparición entre los hombres interrumpió la comunión con Dios, con los demás y con la creación, a la cual estamos vinculados ante todo mediante nuestro cuerpo. El hecho de que se haya roto la comunión con Dios, también ha dañado la relación armoniosa de los seres humanos con el ambiente en el que están llamados a vivir, de manera que el jardín se ha transformado en un desierto (cf. *Gn* 3,17-18). Se trata del pecado que lleva al hombre a considerarse el dios de la creación, a sentirse su dueño absoluto y a no usarla para el fin deseado por el Creador, sino para su propio interés, en detrimento de las criaturas y de los demás.

Cuando se abandona la ley de Dios, la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil. El pecado que anida en el corazón del hombre (cf. *Mc* 7,20-23) —y se manifiesta como avidez, afán por un bienestar desmedido, desinterés por el bien de los demás y a menudo también por el propio— lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente, según la codicia insaciable que considera todo deseo como un derecho y que antes o después acabará por destruir incluso a quien vive bajo su dominio.

3. La fuerza regeneradora del arrepentimiento y del perdón

Por esto, la creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una "nueva creación": «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (*2 Co* 5,17). En efecto, manifestándose, también *la creación puede "celebrar la Pascua"*: abrirse a los cielos nuevos y a la tierra nueva (cf. *Ap* 21,1). Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual.

Esta “impaciencia”, esta expectación de la creación encontrará cumplimiento cuando se manifiesten los hijos de Dios, es decir cuando los cristianos y todos los hombres emprendan con decisión el “trabajo” que supone la conversión. Toda la creación está llamada a salir, junto con nosotros, «de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm*8,21). La Cuaresma es signo sacramental de esta conversión, es una llamada a los cristianos a encarnar más intensa y concretamente el misterio pascual en su vida personal, familiar y social, en particular, mediante el ayuno, la oración y la limosna. *Ayunar*, o sea aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas: de la tentación de “devorarlo” todo, para saciar nuestra avidez, a la capacidad de sufrir por amor, que puede colmar el vacío de nuestro corazón. *Orar* para saber renunciar a la idolatría y a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y de su misericordia. *Dar limosna* para salir de la necedad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos, creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en la creación y en nuestro corazón, es decir amarle, amar a nuestros hermanos y al mundo entero, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Queridos hermanos y hermanas, la “Cuaresma” del Hijo de Dios fue un entrar en el *desierto* de la creación para hacer que volviese a ser aquel *jardín* de la comunión con Dios que era antes del pecado original (cf. *Mc*1,12-13; *Is* 51,3). Que nuestra Cuaresma suponga recorrer ese mismo camino, para llevar también la esperanza de Cristo a la creación, que «será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm* 8,21). No dejemos transcurrir en vano este tiempo favorable. Pidamos a Dios que nos ayude a emprender un camino de verdadera conversión. Abandonemos el egoísmo, la mirada fija en nosotros mismos, y dirijámonos a la Pascua de Jesús; hagámonos prójimos de nuestros hermanos y hermanas que pasan dificultades, compartiendo con ellos nuestros bienes espirituales y materiales. Así, acogiendo en lo concreto de nuestra vida la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, atraeremos su fuerza transformadora también sobre la creación.

Vaticano, 4 de octubre de 2018
Fiesta de san Francisco de Asís
Francisco

Notas

Notas

Notas

Notas

Al Estar En La Presencia

Al estar en la presencia de tu divinidad,
Y al contemplar la hermosura de tu santidad,
Mi espíritu se alegra en tu majestad
Te adoro a Ti, te adoro a Ti.
Cuando veo la grandeza de tu dulce amor
Y compruebo la pureza de tu corazón
Mi espíritu se alegra en tu majestad
Te adoro a Ti, te adoro a Ti
Y al estar aquí, delante de Ti, te adoraré,
Postrado ante Ti, mi corazón te adora oh Dios,
Y siempre quiero estar, para adorar,
Y contemplar tu santidad,
Te adoro a Ti Señor, te adoro a Ti
Y al estar aquí, delante de Ti, te adoraré,
Postrado ante Ti, mi corazón te adora oh Dios,
Y siempre quiero estar, para adorar,
Y contemplar tu santidad,
Te adoro a Ti Señor, te adoro a Ti

Despojado (Estación X)

Déjame Señor poder estar
Abrazado al madero de tu Cruz .
No hay prueba de amor que pueda superar
Lo que por mí hiciste Tú.
Déjame Señor poder sentir;
hace tiempo que no consigo llorar.
Mis pecados despojaron tu vestir
Dejando a trozos tu dignidad.
Y ahora quiero subir
hasta la Cruz que Tú me das.
Gastar mi vida para ti:
Yo tengo sed de eternidad .
Y ahora quiero gritar
hasta perder la razón.
Mi alma entera despojar
Y como tú morir de amor.
Déjame Señor poder cubrir
El desnudo de tu cuerpo en soledad.
No tengo más manto para darte aquí
Que un corazón en libertad.
Déjame Señor poderte dar
Mi presente, mi futuro y mi ayer:
Es mi vida entera que quiero ofrendar
A ti mi Dios, mi único Rey.
Y ahora quiero subir
hasta la Cruz que Tú me das.
Gastar mi vida para ti:
Yo tengo sed de eternidad .
Y ahora quiero gritar
hasta perder la razón.
Mi alma entera despojar
Y como tú morir de amor.

Mi peso en tus hombros (Estación II)

¡Pero qué hace ahí tirado, de
jando que le aten un madero a las espaldas!
Si es Dios… ¿Qué hace ahí? ¿Por qué está ahí?
Él quiso morir atado a nuestro peso en sus espaldas.
Y Tú te ataste a mí, te ataste a mil.
Hoy quiero decirte, Señor,
Que te doy las gracias,
Que recuerdo mi peso en tus hombros,
Pues lo único que te ata al leño es tu amor.
No puedes dejar de atarte,
ni de tomarte tan en serio mi pecado:
¡sólo quieres verme liberada!
No es un "amor de quita y pon";
Me quieres como un ciego apasionado.
Señor, contágiame de tu pasión.
Hoy quiero decirte, Señor,
que te doy las gracias,
Que recuerdo mi peso en tus hombros,
Pues lo único que te ata al leño es tu amor.
Unos tontos te atamos a un madero,
otros ignorándote;
Arrastrados por el placer, por la muerte nos dejamos vencer.
¡Y tan fuerte es tu amor, que no te puedes desatar!
¡Y aún conociéndome, no me puedes dejar de amar!
Hoy quiero decirte, Señor,
Que te doy las gracias,
Que recuerdo mi peso en tus hombros,
Pues lo único que tengo es tu amor.

No sé qué viste en mí (Estación I)

Ahí estás Tú, esperando la sentencia en silencio.
Se alza un grito entre la gente,
Que prefiere a un criminal antes que a ti.
Y allí estás Tú, tan llagado que cuesta reconocerte,
Entre burlas e insultos, sin amor sin amigos,
Hemos huido todos de la cruz.
Pues yo también he sido uno de ellos,
He preferido cualquier cosa antes que a ti,
te he dado la espalda un sinfín de veces,
No he dejado que te muevas en mí,
Y aun así dices que me amas, no sé qué viste en mí.
¿Qué viste en mí? Sabes que yo no merezco tanto,
Pero yo necesito, tu amor infinito .
Por favor, no me dejes sin ti.
Ayúdame a que valga la pena,
He he dado cuenta que no puedo estar sin ti .
Que valga la pena: que viva tu condena,
junto a María de rodillas ante ti.
Perdóname, ahora aquí me tienes,
derramado a tus pies.
Sé que cometí el error de anteponer a tus caminos la razón.
Sé que volveré a caer, más de mil veces fallaré a tu perdón,
Y aun así dices que me amas, no sé que viste en mí.

Cirineo (Estación V)	Jerusalem (Estación VIII)	La medida del amor (Estación XI)	Donde estás tú (Estación XIV)
¿Quién ayuda a quién? ¿Quién me abrió los ojos a la eternidad? ¿Quién lavó con sangre mi fragilidad? ¿Quién me ama hasta la muerte de verdad? ¿Quién abraza a quién? Qué ligero el peso si lo llevas Tú. ¿Cuánto suman dos miradas y una Cruz? Quiero ser un Cirineo de Jesús, Quiero ser tu Cirineo, mi Jesús. Dame tu vida, Señor, Dame tus brazos, tu voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor… ¿Quién espera a quién? ¿ Quién me llama por mi nombre como Tú? ¿Quién amó su noche para darme luz? Quiero ser un Cirineo de Jesús, quiero ser tu Cirineo, mi Jesús. Toma mi vida, Señor, toma mis brazos, mi voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor… Toma mi vida, Señor, Toma mis brazos, mi voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor… y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! x2	Busqué sentido en cada piedra, Con lógica quise entender Por qué tu celestial Alteza Se rompió en Jerusalem. Eres piedra donde tropieza Mi sentido y mi razón. Martirio de un corazón, Que mira al cielo y reza. Ojalá algún día pudiera Entender tu decisión, De abrazarte a esa madera Y hacerla trono de tu Amor. Quiero besarte las heridas y ser el bálsamo de tu dolor. Que por una vez tu caricia Me vuelva loca de amor. Estaba sola y llena de reproches, No había consuelo en mi corazón. Y al cruzar nuestras miradas, Sentí tu perdón. Mi dolor en tu flaqueza Encontró a su salvador. Y estas lágrimas deshechas Hoy se encuentran con su Dios. ¿Por qué abrazas tu dolor? ¿Por qué te dejaste llevar? ¿Por qué al morir en una cruz compraste mi libertad? ¿Por qué lo hiciste Jesús?	¿Cuál es la medida del amor? ¿Cuánto alcanzan los latidos del dolor? "Padre mío, dales tu perdón. Aún no saben que esas manos son de Dios". Se conmueve el universo en cada golpe Y el silencio deja hablar al corazón. Un madero y unos clavos empapados De la sangre del más bello Redentor. Tu dolor me vuelve loco, Me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor. En la Cruz clavaron el amor, Y un abrazo se hizo eterno en mi dolor. Clávame contigo, mi Jesús, quiero darme y darlo todo como Tú. Se conmueve el universo en cada golpe Y el silencio deja hablar al corazón. Un madero y unos clavos empapados De la sangre del más bello Redentor. Tu dolor me vuelve loco, me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor. Tu dolor me vuelve loco, Me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor.	Sin nada viniste al mundo, sin nada te vas, Ni tan solo donde reposar. En hora de soledad, de abandono total, Yo quiero dar la cara por ti. Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Ahora todo ya ha pasado, ya somos hijos de Dios, Se ha cumplido nuestra redención . Tú has muerto por mi, Jesús, mi esperanza está en la cruz, ¡quiero que en mi alma vivas Tú! Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Quiero ser como tu madre, que te cuidó hasta el final. Ser como Tú y dar la vida para acabar con el mal. ¡Resucita en mí! ¡Ven ya! Quiero estar donde estás Tú, Esconderte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar.